



EL HOMBRE UVA
ROI SAVA



CASAESCRITURA
(DIC-2008)

A los descendientes de Peter Pan

"Para que todo sea consumado, para que me sienta menos solo, me quedaba esperar que el día de mi ejecución haya muchos espectadores y que me reciban con gritos de odio".

-Albert Camus- "El Extranjero"

Primer día

Olía a tierra mojada en aquel andén de la estación de autobuses. Sería el olor de las primeras lluvias del otoño que me acompañaban desde Burdeos, y que recordaban tanto a mi país.

No conocía aquella ciudad que mis pies adormecidos pisaban por primera vez. Me habían hablado de ella. Me habían dicho que un gran río pasaba por ella mansamente, como solos los ríos en sus tramos medios suelen hacer, que poseía los restos de una muralla, y una catedral del siglo XV ó XVI, pero esta información era vaga y correspondía más que nada a la lectura pausada de cualquier diccionario

enciclopédico provocada por el hastío de una tarde de verano que por la visión directa del lugar.

Me habían hablado también de sus gentes. Gentes adustas propias de climas continentales. Yo las observaba. Y sus ceños fruncidos, sus caras serias casi graníticas esmaltadas por punzones de artesano, sus pasos seguros y perfectos me daban una idea afirmativa del tópico.

Tenía que encontrarme con el Gerente de La Bodega dentro de la Estación de autobuses.

Yo le había avisado de mi llegada por teléfono móvil desde la otra ciudad que servía de puente entre Burdeos y la Capital donde me encuentro ahora.

De esa ciudad de transición que da al mar y donde las olas dan pleitesía a los caminantes con sus suaves ondulaciones que mueren en la madera mojada del pantalán.

Le había dicho al Gerente que me esperase en la estación de autobuses, en el andén número 1, le dije el número 1 porque siempre hay un número 1 en cualquier estación que se precie, y las posibilidades de no encontrarnos disminuirían. Le di una descripción mía por si acaso. Pelo castaño-rubiáceo con entradas a izquierda y derecha normalmente despeinado por una rebeldía mal curada. Barba reciente y bien contorneada a cuchilla de marca inglesa de maquinillas manuales. Ojos tristes y bicolors. Nariz que se queda a medio camino de aguileña. Aspecto desgarrado y casi anoréxico, provocado por mi falta de aclimatación a la láctea comida francesa.

Estatura media-baja. Llevo una maleta oscura y con ruedas que hace ruido al tocar el asfalto caliente. Y fuerte acento de un país del noroeste. El Gerente de La Bodega, en cambio, no me dio ninguna descripción de su aspecto físico, de lo que deduje que tendría algo que ocultar.

Gente que corría, gente que caminaba, gente indiferente, y yo me encontraba en el andén Número 1 y nadie me esperaba. Me apoyé en una columna. Estaba cansado. El viaje desde Francia había sido duro. Siete

horas divididos en dos autobuses. En tres ciudades. En dos países. En dos vidas. Aún sentía el atronador viento de la autopista que nos llevaba al otro país, ese viento que intenta traspasar la ventana semiabierta que llega hasta tus oídos, y que mueve ondulante y anárquico tu pelo enfermo. Un hombre estaba a mi lado. Era francés y no hablaba. Solo leía un periódico francés. Que estaba escrito en francés. Con historias de franceses. El viento no llegaba a molestarle. Solo me molestaba a mí. Pero yo quería que me molestase. Abrí mi maleta. Y saqué un libro que no estaba escrito en francés. Lo había escrito un americano que vivió en Francia mucho tiempo y que relata con absoluta fidelidad y crudeza lo mal que lo pasaba allí. El francés volvió su cabeza hacia mí provocada por la curiosidad. Y vio que el libro que leía no era en francés. De lo que dedujo que yo no era francés. Por eso solo emitió una tibia sonrisa que no nos llevaba a ningún lugar. Él se apeó en Francia. Y yo seguía mi camino hasta esa ciudad de transición del mar respetuoso. Encontrándome solo y nervioso.

En la ciudad de transición me apeé. No tenía tiempo de hacer turismo. Solo pude fijarme en su mar. Cogí otro autobús. Y este autobús me lleva donde me encuentro ahora. Y miraba para el verde de los campos todavía sin labrar. Y la profunda y cargante niebla de las montañas que se veía en el horizonte cercano. Y las gentes sencillas paseando mirando los campos todavía vírgenes contando sus historias sencillas al lado de la carretera. Y yo leía. Y no me atrevía a abrir la ventana. Tenía miedo que el viento trasladase esas historias a mis oídos, convertirme en un *voyeur* malicioso, no estaba en condiciones de ser partícipe de la vida de nadie.

A mi lado estaba sentada una señora de mediana edad. Para mí se pintaba demasiado. Era una explosión de color. Le pregunté a donde se dirigía. Ella

me contestó mirándome con los ojos pintados de azul que se dirigía a una ciudad de cuyo nombre ahora mismo no tengo constancia. Yo le contesté que me dirigía a otra región diferente a la suya, una región famosa por sus vinos. Y ella me dijo si iba a hacer la vendimia, y yo le dije que sí, que ya había estado en Francia y que ahora seguía en esa región, ella me decía que tenía hijos que para pagarse los estudios habían estado en la vendimia por la zona del Centro, me confirmó que era un trabajo duro donde no había lugar para las diversiones, y yo le contesté que ya sabía lo duro que era el trabajo, pero que necesitaba el dinero. La mujer sonrió. Seguro que pensaba que era un ser independiente que trataba de ganarse la vida sin pedir razones, un pájaro que volaba más alto que nadie, que no tenía miedo de la soledad ni del conformismo que ahora observa en sus hijos. Estoy seguro que en esos momentos ella cambiaría a uno de sus hijos por aquel ser solitario y triste que se le había cruzado.

Al final la mujer se apeó en el lugar convenido. Y yo seguí solo. Leyendo el libro de aquel americano que le fascinaba Francia. Observando a la gente que se baja a sus paradas con sus maletas, sus mochilas, sus historias, que me miraban para no encontrarnos jamás. Me entristeció la mirada de aquella mujer. Era una mirada limpia, sincera. Me miraba fijamente y yo lo miraba a ella. Estaba seguro que nos habíamos enamorado en ese instante. O quizás se sentiría asqueada por ser observada por extraños. Pero, ya no había tiempo. Ahora ella se apea y permanezco en mi asiento, sin hacer nada, leyendo mi libro, acordándome de sus ojos, de su cuerpo tras la mochila. Y la veo tras el cristal. Y ella me mira odiándome más si cabe o amándome más si cabe, o asqueada más si cabe. Y yo solo puedo decirle *te quiero-te odio-te asqueo-te perderé para siempre-me olvidaré pronto de ti*

mentalmente. Y el autobús avanza y pierdo su mirada y la endeble silueta de su cuerpo para siempre.

Un brazo me toca levemente por la espalda. Me doy la vuelta. Es el Gerente de la Bodega. No parece el Gerente de La Bodega, La Famosa Bodega. Me lo imaginaba de otra manera. Con ademanes de elegido, con ropas de elegido, pero en cambio, es un hombre de mediana edad, pelo ralo con una gran calva en la coronilla, gafas de pasta negra, nariz chata, pómulos salientes, tiene la cara limpia, sin bigote ni barba, piel de niño, no está curtida, de lo que deduzco que lleva una vida desahogada, mediana estatura, vientre grueso pero sin llegar a obeso, piernas cortas.

Lleva un traje que se compra en cualquier gran almacén. No puedo evitar una ligera sensación de frío. Me parecía demasiado normal, demasiado aburrido. Se presenta sobriamente. Tiene un nombre y apellidos comunes y grises. Yo le respondo también sobriamente. No me pide disculpas por la tardanza. No me da ninguna explicación. Carece de educación. Nos dirigimos a su coche que está a la puerta de entrada de la estación. Es un coche oscuro con nombre de mujer. Levanta la puerta del maletero y allí coloco mi maleta. Abro la puerta del copiloto y me siento a esperarlo, ya que El Gerente se ha entretenido con la puerta del maletero, colocando algunas cosas en otro lugar para que mi maleta encaje a la perfección.

Durante el trayecto apenas hablamos. Él no desea mirarme a los ojos y yo no deseo hablar con nadie. Los movimientos del Gerente me parecen muy previsibles. Él me parece gris ceniza. No abre la ventana del piloto a pesar de que el calor en el interior es intenso. Yo sí abro la ventana y me siento aliviado a pesar del sudor que baja por mi frente. Curiosamente el viento

desprecia al Gerente y solo mis cabellos se mueven traviosos. El Gerente no suda. Y a veces dudo que respire. Pero esto no me intranquiliza ya que si ahora me apetece es estar con una persona así, una persona que esté por encima del mundo y que pueda describir superficialmente sin tener ningún tipo de remordimiento. Y así los dos llegamos a un acuerdo secreto. Intentar por todos los medios desconocernos el uno al otro.

Ahora miro las casas de La Capital, y los edificios altos, y los parques con niños juguetones, y los suburbios de La Capital, que como cualquier ciudad media que se precie tiene sus polígonos industriales y su soledad dominical.

Y abandonamos La Capital. Y la realidad urbana es sustituida por una realidad completamente rural.

Y observo los campos ocres, las montañas ocres, el polvo ocre que se mete entre los ojos y que no deja ver nada. Hay pocos árboles, y menos aún, a los que estoy acostumbrado en mi húmeda mente oceánica. Abundan piedras, tierra rojiza y vides, vides y más vides que casi acarician El Pueblo que nos da la bienvenida con sus casas de techos bajos y la estrechez de sus calles, con el pico de la iglesia acariciando las nubes que se mueven llevadas por el viento del este.

Llegamos al Pueblo. Estamos en la Plaza Mayor, y no nos bajamos del coche, el Gerente por fin va a hablar. Y saca algo del bolsillo. Es un folio doblado. Lo desdobla. Y El Gerente habla mirando el folio. Es un guión. El Gerente habla siguiendo un guión. Ahora estoy seguro, El Gerente de La Bodega es completamente gris.

-En estos momentos te marchas al hostel, allí dormirás todos los días. Un microbús te recogerá a las ocho. No llegues tarde. Si no estás a las ocho el autobús se irá. Podrás desayunar en la posada del pueblo, que está al lado del hostel, el pueblo es pequeño y es imposible que te pierdas. Ficharás en La Bodega, y comerás en La Bodega -y me entregó una ficha con un número que se parecía a una tarjeta de crédito-, acabas a las nueve de la noche, y cuando acabes el microbús te llevará de nuevo al hostel, y cenarás si quieres en la posada donde desayunaste.

-muy bien, le contesté. Y me bajé del coche. Abrí el maletero y cogí mi maleta con ruedas.

Me marché. El coche aceleró y se fue. Aunque de forma imprevista poco después volvió por sus pasos, como si hubiese tenido un olvido imperdonable. El Gerente ojea el folio en blanco que tiene entre sus manos y el volante del automóvil, memoriza lo escrito en dicho DIN A-4 y me mira.

-no te olvides de pedir las facturas por las comidas, y el hospedaje al final de tu contrato.

-muy bien, repetí la contestación rutinariamente, ya enfilando el camino hacia el hostel que estaba enfrente de mi cara con su letrero que parecía suspendido en el espacio.

Y una vez dicho esto El Gerente aceleró el coche y se marchó. No sin antes lanzar al pavimento con rabia el folio DIN A-4 convertido en una pelota que rebotó un par de veces antes de quedar suspendido y quieto.

Era ya de noche. Dormiría en la habitación número 5. Me lo dijo un joven que era el hijo de los dueños del hostel. Le llamaré El Hijo. Enfilé el pasillo. Abrí la puerta. La habitación era sobria. Una cama individual con mantas. Almohada de plumas.

Armario empotrado donde guardar la ropa. Un baño con sus correspondientes jabones y toallas. Una mesilla de noche. Una televisión. Una cruz con Cristo crucificado en la cabecera de la cama. Estaba cansado y no tenía muchas ganas de comer, a pesar de las recomendaciones del joven que insistía en que comiese algo en la tasca del pueblo, o posada como decía El Gerente. Solo deseaba dormir. La noche era fría.

Las estrellas estaban bien sujetas al cielo. Puse mi ropa en el armario. Mis dos pares de zapatos bajo la cama. Los libros que asesinaban mi aburrimiento los dejé encima de la mesilla de noche. Me lavé bien la cara. El baño tenía un armario-espejo donde se guardaba espuma de afeitar y maquillaje. Nunca lo había visto en ningún hostel.

Me alegré por ello, contrarrestando la decepción creada por la falta de ademanes elitistas del Gerente. Estaba semidesnudo. Solo unos calzoncillos y unos calcetines blancos desafiaban a la desnudez absoluta y al frío imperante. Y me dispuse a dormir, sabiendo que mañana sería un día muy duro.

Segundo día

Los astrónomos afirman que el universo se expande ya que la distancia que separa unas galaxias de otras es cada vez mayor, galaxias que arrastran estrellas, miles, millones, trillones, dirigiéndose quién sabe donde, esto provoca que dentro de millones de años y si el hombre aún sigue poblando la tierra, las galaxias junto con sus estrellas estarán tan lejos que ya no se podrán ver desde la tierra, dando lugar a un cielo frío, vacío, y carente de poesía.

Yo procuro nunca hacer caso de los barbudos y observadores astrónomos, éstos viven demasiado pendientes de sus telescopios, de sus fórmulas, de sus cálculos infinitesimales, de sus accesos de racionalidad que les permiten discrepar del amor.

De ahí se deduce que los astrónomos son los únicos seres de la tierra que nunca han amado. No aman a sus mujeres, no aman a sus hijos, no aman a las estrellas, ni los planetas, ni los agujeros negros, ni las galaxias lejanas de las que se nutren, si realmente las quisieran nunca dirían que el futuro sería tan triste. Espero que los astrónomos se equivoquen, y si realmente están en lo cierto, y el desplazamiento al rojo es un hecho, pues que no quede nadie para verlo. Y si queda alguien, que sea tan carente de sentimientos que no le importe en absoluto una noche muerta de un cielo vacío.

Yo no podría soportarlo, lloraría, me arrancarí la piel, pediría explicaciones a Dios. Y Dios también se habría ido con las galaxias y las estrellas y por lo tanto dejaría de darme una respuesta convincente.

Las estrellas ahora son devoradas por la claridad del amanecer, por eso reflexiono sobre el fin, uniendo el presente con el futuro lejano. Las veo desaparecer una tras otra desde mi cama eclipsados por el brillo de la estrella que ofrece la vida. Sé que tengo que levantarme, hoy es mi primer día en esta tierra quemada. He dormido una hora, quizás dos. Tengo los pies fríos, la noche ha sido fría, y no tenía suficientes mantas. He soñado con medusas que me acariciaban los brazos y que me picaban con sus tentáculos. Sentía el dolor que me parecía real, desperté y el dolor cesó. Estoy nervioso. Me ducho con agua fría, no hay agua caliente. Tendré que hablar con El Hijo. Me afeito los contornos de la barba. *After-shave* con ph neutro que reverencia mi piel. Me visto. Bajaré a la posada. Saco de mi maleta con ruedas unas llaves, las tijeras de vendimia, y unos guantes de goma. Aunque finalmente solo me llevo las tijeras ya que supongo que La Bodega proveerá de lo necesario.

No tengo hambre, pero necesito comer de lo contrario seré parte del aire. He desayunado café con leche, con un cruasán, (al café con leche le añadí unas gotas de orujo). La mañana es fría y necesito entrar en calor. Fui servido por El Hijo sobriamente, sin estridencias, sus padres también son dueños de la posada. Le hablé de la carencia de agua caliente, él me contestó que no encienden la caldera hasta las ocho, y que por lo tanto sería conveniente que me duchase por la noche después del trabajo. Le dije si había posibilidad de encenderla antes, y el joven me contestó que no. Que

las cosas se hacen desde siempre así. Y que sí quería ducharme por la mañana que renunciase al agua caliente. Yo le dije que me ducharía al llegar del trabajo, que el agua fría no era nada buena para los huesos. El Hijo se marchó mostrando cierta sonrisa de victoria a servir a otros.

En la posada estaban reunidos: dos hombres gruesos, uno con pelos blancos que rodean su barbilla, el otro tenía un pantalón agarrado por una cuerda a modo de cinturón. Ambos están en la barra, no hablan entre ellos, el de pelos blancos habla con cierta comicidad con El Hijo, el otro es más cauto y de palabras más medidas. Han pedido carajillos. Deduzco que son campesinos o gente de campo que como yo, necesitan entrar en calor ante los rigores del clima. De vez en cuando, sé que se vuelven muy levemente para observarme, saben que no soy del pueblo, el pueblo es pequeño y todos se conocen, me miran como dije antes levemente, casi sin que yo me percate, intentan por todos los medios actuar con normalidad, evitar si puede ser que sus miradas se crucen con las mías, y hacer todo lo necesario para que aquel extraño interfiera en sus vidas lo menos posible. Pero la curiosidad es fuerte, y en ocasiones gana, y veo los ojos de esos dos hombres, ojos de tiempo pasado, ojos cansados por el encierro, ojos de hombres los que la vida es un lugar de paso y mientras les miro solo puedo sorber el último trago del café con unas gotitas de orujo.

Son las ocho en la Plaza Mayor del pueblo. Aparece el microbús. Es puntual. Soy el único que sube en la parada del pueblo. El autobús está casi ocupado. Un asiento al fondo libre. Me siento y miro como las casas se desplazan. Y comienzan los campos enrojecidos por la tierra. Y veo a los hombres y mujeres del autobús. Y son tan extraños como yo. Y escucho idiomas que no son el mío. Y colores de piel que no corresponden con mi tonalidad. E

historias de países lejanos. Y de dioses que permiten rezar cinco veces al día. Ellos también me miran. Y piensan lo mismo. Se preguntan ¿quién soy?, ¿de dónde vengo?, si tengo alguna historia que contar, si huyo como ellos o estoy allí llevado por la aventura, preguntas difíciles de contestar porque yo estoy perdido, porque mi idioma no es el suyo, ni el suyo es el mío, y donde nuestro egoísmo nos impide saber cosas de los demás. Y ya observo en la lejanía la gran mole metálica que es La Bodega. Y ahora ya no está lejos, ahora ya siento todo su brillo aplastándome las pupilas. El microbús se para en la cuneta de la carretera. Una puerta metálica sirve de entrada. Saco la tarjeta para fichar a la entrada. Un hombre de seguridad desde su garita nos observa. Ficho y sigo a esos hombres y mujeres que rutinarios se adentran en la gran mole metálica.

Y la gran mole metálica tiene forma. Forma rectangular de unos cien metros de largo por cuarenta de ancho y unos cuarenta también de alto. Tiene tres pisos. Y decenas de ascensores de diferentes colores dependiendo de quién suba en ellos. En el tercer piso las ventanas están ocultas por gruesas persianas. Y en el segundo hay luces encendidas. En el piso bajo o primero una gran puerta sirve de entrada.

Y en la gran puerta nos adentramos hombres y mujeres sumisamente. Me dirijo hacia el vestuario de los hombres. Las mujeres obviamente van al suyo. Nadie me dice lo que tengo que hacer, ni lo que decir, solo persigo a unos hombres a los que ni siquiera conozco con la esperanza de que mi viaje tenga algún término, El Gerente no me había explicado nada, y supe que no hacía bien su trabajo. Carecemos de superiores y de capataces. Y solo nuestro instinto nos puede salvar. Y ya estoy en el vestuario masculino. Y allí veo una taquilla con mi nombre. Y la taquilla está abierta. Y tal como

pensaba La Bodega proveerá de lo necesario para realizar la labor. Y veo un mono blanco, unos guantes de tela, unas llaves y unas tijeras de vendimia. Me quito la ropa, y me pongo el mono blanco, y los guantes de tela dejando las tijeras que me ofrece La Bodega en la taquilla, prefiero las que usé en Francia y que comprara antes de irme de viaje.

Cierro la taquilla con la llave y me dirijo donde los otros hombres. Hombres que se reúnen por la acumulación de sus afinidades. Y los hombres oscuros se reúnen con otros hombres oscuros, y los hombres de pelo rubio y carácter eslavo se reúnen con otros hombres eslavos, y los que rezan cinco veces al día se reúnen con otros que rezan cinco veces al día, y los naturales del pueblo con otros naturales del pueblo que llegaban en sus coches y yo me marchó sin que nadie tenga afinidad conmigo, atravesando el enorme pasillo que nos lleva a la puerta abierta que lleva al Gran Viñedo que nos responde con su luz cegadora.

Y suena la sirena de bombardeo que nos dice que ya es hora de trabajar.

Y los hombres y las mujeres trabajábamos al unísono. El mismo trabajo. Sin preferencias. Con los mismos dolores de espalda. Las mismas ilusiones. En esas circunstancias no había diferencias. Y había risas entre los hombres y mujeres que compartían afinidades, y las risas en cambio sí eran diferentes compartiendo un variado sustrato de matices. Sobrias y poco histriónicas (derivadas quizás de un clima rudo) entre eslavos. Cargantes y explosivas entre musulmanes. Los latinos reían entre dientes. Y los negros cantaban canciones de tribus animistas, pero que a mí me sonaban a esclavitud y servidumbre. Yo no reía porque nadie me contaba sus anécdotas. Ni cantaba, porque mis canciones eran tristes. Solo mis manos llegaban a los

racimos, y éstos eran arrancados a la madre tierra con fuerza. Y el sol según pasaban las horas subía por el horizonte en su viaje.

Suena la sirena. Es hora de comer.

Y todos cesábamos de cortar. Y nos dirigíamos al comedor. Y el comedor era una prolongación del microbús y El Viñedo, y todos buscaban la afinidad y yo era el único que no la encontraba por ningún lado estando condenado a la más ingrata soledad.

El menú de mi primer día es, sopa de fideos de primero, chuleta de cordero de segundo, y tarta de manzana de postre. Yo no tomé postre, prefería café con leche, sin gotas, el alcohol estaba prohibido a los empleados dentro de la Bodega, curiosa paradoja, así que para beber agua mineral granadina. Al acabar de comer disponíamos de algunos minutos libres antes de que la sirena tocase su canción y algunos aprovechábamos para lavarnos los dientes con rapidez, otros rezaban mirando al este, u otros contaban las últimas noticias de sus países de origen.

Sonaba la sirena. Y volvíamos al trabajo. Y el trabajo resultaba monótono sin novedades reseñables.

Y ya era de noche. Estaba muy cansado. Y la sirena sonaba para decirnos que la jornada había acabado. Y me dirigí al vestuario de los hombres. Guardé el mono y los guantes, y me puse la ropa de calle. Los hombres estaban contentos por haber terminado. Y las risas eran mayores por no ser esclavos.

Abandono la gran mole metálica con esos hombres. Ahora la mole no molesta a la vista. Y en el gran vestíbulo de la entrada nos juntamos con las mujeres, y hay sonrisas compartidas.

El microbús nos espera en la cuneta de la carretera que comunica El Pueblo con La Bodega. Subo y me siento en el mismo asiento de la mañana, y los hombres y mujeres con sus afinidades eligen el mismo sitio que esta mañana, y todo parece que no hubiese ocurrido, como si me encontrase en un bucle donde todo permanecía inalterado.

Fui el primero en bajarme. En la Plaza Mayor del Pueblo unos pocos hombres y mujeres aprovechaban las primeras horas nocturnas para contarse las incidencias del día. En el hostel El Hijo no estaba. Subí hasta mi habitación.

Estaba muy cansado. No cenaría. Me duche con agua caliente. Y ya me fui a la cama con otros calzoncillos y otros calcetines diferentes al del día anterior mirando fijamente para esos pequeños puntos brillantes en el cielo de la noche.

Tercer día

Los climas continentales tienen ciertas características: la primera, gran oscilación en las temperaturas. Así en invierno el frío es intenso, y las temperaturas bajas. Las nevadas son constantes y las lluvias más bien escasas. La gente se recoge en sus casas al abrigo de un buen fuego en la chimenea, y a las historias de los viejos, historias de amores imposibles, de guerras fratricidas, y de monstruos que asaltan la noche. En cambio, en el verano, las temperaturas son altas, llegando a muy altas. Los cielos carecen de nubes, y el bochorno es intenso. Las lluvias también son escasas, y las pocas que hacen acto de presencia suelen tener carácter torrencial, por lo que son muy temidas. Los hombres y mujeres prefieren estar en sus casas evitando la insolación de las horas centrales del día, matando el hastío jugando a cartas en la posada, viendo la televisión, haciendo el amor, o tomando una buena siesta rindiéndose al sopor. En esta época los hombres y mujeres tienen miedo a los mosquitos, ya que éstos sienten la sangre que hierve en el cuerpo de los aldeanos y sienten la imperiosa necesidad de alimentarse para dar sentido a sus exiguas y breves vidas.

La segunda característica de los climas continentales es la sobriedad del paisaje. Los climas continentales se consideran climas de transición entre la exuberancia y el verdor de los climas más oceánicos, y la irregular sequedad de los ocreos de los climas más mediterráneos. En los climas continentales no abundan los bosques, y los pocos bosques que hay son

como oasis rodeados de páramos y pequeñas colinas desnudas donde las piedras les dan un tono rojizo. En dichos bosques son mayoría los robles y castaños, pero por líneas generales, estos robles y estos castaños carecen de la frescura y la vida de los robles y castaños de otros parajes más húmedos. De vez en cuando encontramos árboles más mediterráneos como encinas o olivos.

Asimismo, en los climas continentales abundan los espacios vacíos de vida, lugares donde da el sol de plano, y donde solo algunas pequeñas briznas de hierba tímida se atreven a desafiar el áspero ambiente, esta hierba no es verde, sino marrón, como la tierra de donde sale, y este color es el más abundante, mezclado con el rojo de las piedras resecaadas por el sol.

La tercera característica de los climas continentales es la abundancia del cultivo extensivo. En los climas continentales se cultiva girasol, trigo, cebada, y especialmente vides. Los latifundios, o grandes extensiones de tierra cultivable son comunes, y nadie sabe con exactitud donde rematan las lindes de cada uno de los campos. Se explota de manera que los beneficios sean los mayores posibles, y no se duda en contratar por parte de las grandes multinacionales a temporeros extranjeros para maximizar los beneficios. Adquiere importancia la vid. Y grandes Bodegas diseñadas por arquitectos extranjeros de renombre internacional forman parte ya del paisaje local.

En los climas continentales la pobreza de pastos provoca que la ganadería sea una actividad dura y muy sacrificada, con hombres propensos a romanticismo y a la trashumancia, que llevados por su ansia de soledad llevan a sus rebaños en busca de la utopía de unos pastos mejores hacia el

norte. Estos pastos cruzan las cañadas reales que pasan por las grandes ciudades para asombro de los corredores de bolsa que temen manchar sus trajes caros italianos con boñigas de oveja.

La cuarta característica de los climas continentales es la crisis generalizada de todo aquello que les rodea que les sacude sus espíritus cansados y rotos.

Aquellos que todavía están contaminados con la falsa arrogancia de la juventud abandonan los pueblos continentales porque detestan la dureza y la estacionalidad del campo y se dirigen a las ciudades para trabajar en el sector servicios, mucho mejor pagado y con menor índice de frustración y abandono. Este abandono de los jóvenes provoca que los pueblos continentales se despueblen de manera paulatina, e inexorable.

La llegada de las multinacionales ha traído extranjeros que trabajan sus campos, extranjeros que una vez acabada su estacionalidad vuelven cargados de dineros a sus países volviendo al año que viene.

Por ello, los pueblos continentales es una mezcla surrealista y paradójica de viejos anclados con sus raíces a la profundidad del suelo y extranjeros que son llevados por el viento de paraje en paraje.

Y el frío con los extranjeros es más cruel y despiadado que con los lugareños. Por el frío te das cuenta de que vives rodeado de hostilidad. Tratas de vencerlo de la mejor manera posible. Te pones más ropas. Te colocas en posición fetal para que no escape el calor de tu cuerpo. Atrapas más manta hacia tu vientre. Pero nada calma esa sensación de congelamiento. Tus pelos se erizan. Tu cuerpo tiembla tratando de calmar por desesperada vez los últimos restos de calor humano que te hace

sentirte vivo, ruegas a dios que mañana el frío no sea tan asesino. Y pides al mismo dios que te arrope como un padre que es. Al final consigues dormir porque tus movimientos continuos te llevan a la rendición irrevocable. Pero es tarde. Cuando el sueño ha vencido al dios de las nieves, suena el despertador y te das cuenta que empieza un día más, y sabes que por mucho que dejes de temblar el frío te recuerda que no eres más que un hombre que viven en un lugar extraño, y donde el sol no se atreve a salir porque es tímido y estúpido.

Dormí con la ropa puesta. No me cambié. No olía a sucio. Dormí alrededor de dos horas. Soñé que me caía y me volvía levantar, y que una vez levantado y limpiado el polvo observaba detenidamente el universo con un catalejo de cobre. Me lave la cara. El agua estaba casi congelada. A veces sientes la tentación del corte por culpa de los pequeños fragmentos helados. La tentación remata en cuanto ves tu piel todavía desnuda e infranqueable. Y el frío me hacia estremecer las mejillas.

Juraría que lloraba, pero mis lágrimas se congelaban al contacto con el aire. Me dirijo a la posada. Hoy un hombre todo él blanco, aspecto blanco, con cara blanca, pelos de la barba cortos y blancos, con cabellos blancos descuidados y mirada curiosa de ojos claros. Está tras la barra. Me atiende con corrección. Le pregunto por El Hijo. Está durmiendo, hoy es su día libre, me dice ese hombre, al que llamaré El Padre. Le pido al Padre que me suministre más mantas para combatir el frío, El Padre no evita una sonrisa maliciosa, "ustedes los de fuera no resisten el frío como los de aquí, están fabricados de algodón de azúcar, no saben lo que es la dureza –algodón de azúcar, menuda estupidez de simil, además de la grosería y falta de educación hacia el que te demanda su servicio –, sabrá que su comodidad de

ciudad le costará un poquito más, aquí en el hostel tenemos norma de suministrar dos mantas a cada inquilino, sea verano o invierno, si el inquilino quiere más mantas tendrá que pagar más por el desgaste de lana", me viene a decir, a mí no me importa, solo quiero no morir congelado - pensé para mis adentros, adentros complejos e insoldables-.

Le pedí tres mantas más, le pediría cien o mil, pero temo que mi miedo al congelamiento me convierta en objeto de mofa. Y además, a qué viene eso del desgaste de lana, las mantas son acrílicas o de algodón, si quería hacer una broma o un chascarrillo humorístico ha topado con hueso, yo no estoy para bromas, ni para gracias de desconocidos, solo quiero acabar el trabajo para irme de una vez de este infierno rojizo. Sin esperar a otro comentario jocoso le pedí un café con leche con gotas de orujo y unas magdalenas. Además le dije el número de mi habitación para el traslado de las mantas.

Hoy estaban otros dos hombres diferentes al del día anterior en la barra. Uno era en exceso alto y tenía aspecto de extranjero, el otro era rechoncho y bastante mal encarado. Discutían. El más alto hablaba de la crisis de la agricultura por culpa de los costes, en especial del coste del combustible, que había que bajar el precio unitario en base a bajar impuestos, no tenía acento de lo que deduje que era del lugar y que su apariencia de extranjero no era más que una anomalía. El más bajo le decía que la culpa era del gobierno que beneficiaba más a la gente del mar. Y que solo el que llora mama. Y el que tenía pinta de extranjero decía que la tractorada es la última de las soluciones ya que parar las cosechas a estas alturas de la temporada se consideraría un suicidio. El Padre escuchaba tras la barra y por sus palabras se ponía a favor de la cautela del extranjero. "Hay que buscar soluciones, y tratar de llegar a un acuerdo, si ese acuerdo no se alcanza la

tractorada sería la única solución" repetía El Padre limpiando la barra con un trapo sucio.

Yo mientras metía dentro del café unas magdalenas rancias y observaba la calle vacía de la Plaza, y miraba más allá, y recordaba el verdor de mi tierra y deseé no tener recuerdos.

Me senté en el mismo lugar del día anterior. En un asiento del final del microbús. A mi lado estaba un rumano que miraba para la ventana sin volver la vista y al otro lado un árabe que hablaba con su compañero árabe, que a su vez hablaba con un tercero también árabe. Era la misma distribución del día anterior. Eslavos en las primeras filas. Éstos tenían la tez clara, los ojos verdes o azules, y los cabellos rubios. En las filas intermedias había africanos, que hablaban en sus dialectos tribales. Y en las últimas filas los musulmanes que reían con fuerza, y los dos únicos latinos, el rumano que solo miraba la carretera pasar y yo intentando buscar una explicación para el frío de esta noche y lo rancias que son las magdalenas de este lugar.

Llegamos al arcén de la carretera con La Bodega a nuestros ojos y el microbús se detiene. La entrada. Ficho. El agente de seguridad nos mira. Vemos la gran explanada de tierra que sirve de aparcamiento para clientes y hombres de segundo y tercer piso. Y los ascensores de los hombres del segundo y del tercer piso que suben y bajan, algunos llenos de hombres de segundo piso. Otros vacíos para siempre subiendo y bajando inútilmente. Y la misma puerta de entrada. Y hombres y mujeres vendimiadores nos separamos. Y en los vestuarios masculinos del primer piso me quito la ropa. Y siento el frío que me atormenta de nuevo con su cabezonería continental. Me pongo el mono. Y uno tras otro los hombres vamos saliendo hacia

nuestro destino. Y suena la sirena. Y hombres y mujeres vendimiadores nos dirigimos hacia El Viñedo interminable. Y empezamos a cortar los racimos en ofrenda al dios Baco con nuestras todavía limpias manos.

Mis manos cortan la uva con tacto de cirujano, cuando corto el racimo con sumo cuidado lo coloco en el cestón de plástico, y mientras avanzo arrastro el cestón con mis manos por la tierra enrojecida del viñedo. Cuando las uvas rebosan el cestón, lo llevo apoyado en mi cuello hacia el tractor que espera en la entrada del viñedo, y allí lanzo el fruto, y las uvas ruedan con otras uvas formando un mosaico único e irrepetible. Una vez vaciado el cestón vuelvo a empezar y así hasta llenar de nuevo el cestón.

Las mujeres no llevan el cestón al cuello, sino que se ayudan las unas a las otras entre risas, mujeres esclavas ayudando a mujeres esclavas, mujeres del lugar ayudando a mujeres del lugar, no hay mujeres musulmanas ni negras, los hombres no debemos ayudarnos, somos hombres y si alguien nos ayudara seríamos objeto de mofa, y serías catalogado de débil y afeminado. Y yo no quería ser catalogado de débil por unos seres de los que me separaban millones de años luz.

Suena la sirena, es hora de comer. La sirena es de esas antiaéreas que siembran el pánico.

Y nos adentramos en las entrañas de la gran mole metálica que brilla más que el sol.

Y el menú de hoy es: de primero macarrones con tomate, de segundo bistec de ternera con patatas, y flan de postre. De beber agua mineral granadina.

Yo no tomé postre. Pedí un café con leche a un camarero diferente al del día anterior. No hay que guardar compostura. Si acabas de comer te levantas y te marchas. Normalmente los musulmanes son los primeros en levantarse, y los del lugar los últimos, como si fuese un beneficio adquirido por el nacimiento, aunque no siempre tiene porque cumplirse.

Tienes unos minutos para hacer lo que quieras. Yo me lavo los dientes. Y procuro hacer mis necesidades. Más tarde intento dar un paseo.

Zonas prohibidas para los peones vendimiadores a la hora de dar un paseo:

-la zona de los ascensores. Si no pertenecemos a los colores que los ascensores indican se nos prohíbe subir y bajar por los mismos.

-las zonas del primer piso que corresponden al etiquetaje y almacenaje. A ellos se les prohíbe visitarnos. Y a nosotros se nos prohíbe verlos. Y para que la prohibición sea un hecho los otros hombres del primer piso entran en turnos diferentes, en puertas diferentes.

-el segundo y tercer piso. Terminantemente prohibidos.

-y al supuesto y mitificado piso subterráneo.

-no se nos permite ir a la garita donde se apostan los de seguridad, ni a la gran explanada que sirve de aparcamiento en horas de trabajo.

-los cilindros.

Las zonas prohibidas están señalizadas. El castigo por incumplir estas normas es severo y ejemplarizante. Pasando del despido hasta la simple recriminación por parte de tus compañeros de vendimia.

Zonas permitidas para los peones vendimiadores a la hora de dar un paseo:

-el Viñedo.

-los pasillos, puertas interiores, habitaciones, vestuarios correspondientes, baños, comedores, salón de juegos, enfermería, que corresponde a la zona de recolección.

Decido pasear alrededor de las zonas permitidas. Y observo las hojas ya vacías de fruto. Y me pregunto por el gordo burgués libando el néctar resultante.

Y suena la sirena, es hora de volver a trabajar.

Y la tarde se hace eterna. Y el sol se niega a oscurecernos. Y la espalda, mi pobre espalda rota por el sobre esfuerzo. Intento enderezarla con movimientos gimnásticos.

Los musulmanes me miran y se ríen. Yo intento reírme pero no me sale. ¿qué pensarán?, ¿se reirán de mí o conmigo? Los negros no hacen caso, cantan canciones tribales, y los eslavos ríen, pero de historias suyas, los del lugar me miran pero no dicen nada, ellos saben que conozco su idioma y sus costumbres por lo que serían más fácilmente detectables, solo los musulmanes tienen en cuenta mis movimientos occidentales. Y sigo con el

trabajo y el dolor existe. Y llevo el cestón al cuello y me dirijo al tractor que espera eternamente. Y las uvas caen y su destino es claro, servir de materia prima para el néctar que ha levantado el imperio occidental.

Deseo ser invisible.

Y la noche cae. Y suena la sirena. Y yo no soy yo. Ahora soy un residuo doloroso y sucio, soy el bagazo exprimido y triturado en grandes cubas donde se sacan los licores más saboreados. Me visto con rapidez. Encorvado. Sucio. Ficho. Otro guardián me mira. Yo lo miro y no digo ni emito ningún tipo de movimiento que me hiciese explotar. El conductor de autobús esta esperando. Soy el primero. Emito unos breves buenas noches. El conductor me contesta. Pero no sigue con la conversación. Debería estar feliz por escuchar unas buenas noches más familiares, pero no lo está, simplemente me mira por el espejo y sigue observando al resto de los extranjeros que se acercan entre las tinieblas con sus siluetas alargadas.

Hoy no cenaré. Carezco de apetito. Solo deseo limpiarme. Y el agua caliente baja por mi cuerpo como un bálsamo. Dios, qué placer tan inmenso. Cuando acabo afeitado mi cara. *After Shave* con ph neutro que evita irritaciones. Hace frío. Veo que mi cama está con mayor altura. Me han puesto las tres mantas que he pedido. Emito una sonrisa. Tengo el móvil en mi mesilla. Por primera vez desde que he llegado lo veo. Tengo dos llamadas perdidas y un mensaje. Tanto las llamadas, como el mensaje son de la telefónica. El mensaje me informa de las tarifas que se ofrecen para aquellos que viven lejos de su hogar. Es más barato de lo que yo pensaba, aunque me sería más útil cuando me encontraba en Francia que donde me encuentro ahora.

Tras borrar el mensaje y guardar las llamadas apagué el móvil y lo puse encima de la mesilla de noche. Estiré los brazos hasta el infinito, y tengo un anhelo, un único anhelo. Me apetece tumbarme en la cama y pensar en lo que haría si fuese millonario.

Cuarto día

Soñé eróticamente con una mujer madura. La noche había sido fría, sin embargo las mantas que aumentaban el grosor de mi cama y que anteriormente había solicitado al Padre me protegieron con eficacia. Daba pereza abandonar el calor, debería armarme de valor y salir de la cama. Y lo hice, no sin antes estirar mis brazos al cielo y correr hacia el baño a realizar mis necesidades. Estaba casi desnudo, solo un calzoncillo blanco me evitaba la desnudez absoluta.

Desde mi ventana se observa la plaza. Está vacía, es demasiado temprano. Enciendo el televisor. Dibujos animados. El coyote intentando dar caza al correccaminos. Pobre iluso. Alma de perdedor en cuerpo de carroñero. Me visto con rapidez tratando de que el poco calor que permanece en mi cuerpo no huya como un cobarde al sentir la bala rozar su cabeza. Me lavo la cara. Y me marcho a desayunar.

Hoy está El Padre. Y un hombre al que nunca había visto que tenía aspecto de haber cometido algún delito. Éste estaba en una mesa sorbiendo un café con leche y gotas de orujo. El Padre se acerca a mí. No sonrío. Aquí nadie sonrío. Le pido un café con leche con gotas de orujo y algo para mojar. El Padre se marcha. Recuerdo el sueño.

Una mujer de mediana edad ofreciéndome su cuerpo a cambio de recitarle un poema de Huidobro. ¿Por qué Huidobro?, no hay ninguna razón, simplemente los sueños son aleatorios y caprichosos, podría haber sido otro, Neruda, Lord Byron, Dante, García Lorca, incluso Alberti, un poeta al fin y al cabo, pero la mujer quería a Huidobro, y yo quería esos pechos que aproximaba a mi boca, que eran enormes y cuyos pezones sonrosados me apuntaban directamente sin apenas haber oxígeno que nos separase y yo totalmente sexual le decía que recitaría lo que ella quisiera, y yo recitaba a Huidobro sin conocer ningún poema de Huidobro, y la mujer frotaba sus pechos a mi boca y yo procurando no morir de amor -que manera más pedante de acabar bajo tierra-. Y el sueño remató de una manera completamente cruel y injusta con las luces del día. Y yo excitado debajo de las mantas.

Viene El Padre hacía mí con el café con leche, una botella de orujo y unas magdalenas rancias, que transporta en una bandeja de acero inoxidable. Me sirve el café con leche, al lado las magdalenas, y de la botella de orujo unas gotas son lanzadas al vacío de la taza. Y yo miro intentando no recordar el hecho de que hay personas que se mueren de amor. Y El Padre observa desde su cielo como las gotas caen sin mirarme. Y yo le doy las gracias por las mantas. Y El Padre se gira y me dice "de nada", sin más, sin seguir la conversación, sin emitir una tibia sonrisa, sin alegrarse por mi compañía de lobo solitario. Yo que quería hablarle de mi sueño, preguntarle que le parecía Huidobro, si le gustaba su poesía o prefería a otro poeta, pero El Padre es desconfiado, y supe a partir de ese momento que por ser extraño a su mundo agrícola y rural ese hombre no quería ser amigo mío, aunque hipócritamente yo tampoco quería ser amigo de nadie, y por lo tanto mi enfado es injustificado y desproporcionado.

El Padre se marcha sin atender a mis pensamientos y me deja solo con mi alargada sombra y mi café ardiente.

Y llegan los dos hombres del día anterior, el rechoncho y el que tiene aspecto de extranjero sin serlo. Y se sientan en la barra. Y discuten de lo mismo que el día anterior. Y el hombre que está sentado en las mesas ha terminado su café y ha pagado. El Padre le ha devuelto el cambio y ha intercambiado algunas palabras con el hombre. Palabras que a mí me parecían de cierto reproche. El hombre se marchó. Y los dos hombres de la barra hablan de la conveniencia o no de la tractorada.

¿La Tractorada se hará pronto?, ¿es la única solución?, ¿si hacen la tractorada quiere decir que ya no hay posibilidad de marcha atrás?, ¿la situación es demasiado grave como para ser clementes? -piensa El Padre mientras se dirige a la mesa del hombre reprochado a recoger su taza de café vacía. Los otros dos hombres parecen que se ponen de cierta manera de acuerdo. ¡Una tractorada! repite el rechoncho, ¡una tractorada, ya! atestigua el que tiene pinta de extranjero sin serlo -el extranjero se ha radicalizado de tal manera con respecto al día anterior que hoy me parece otra persona completamente diferente y me doy cuenta de que los seres humanos somos demasiado cambiantes-.

¡Una tractorada! -pienso yo sin hablar, observando como se vaciaba el líquido de la taza por la fuerza succionadora de las magdalenas rancias. Los dos hombres piensan que el gobierno cederá con sus presiones. El Padre tras sus cavilaciones interiores y dudas muertas muestra todo su apoyo a sus reivindicaciones.

"Necesitamos presionarlos para que cedan, nuestros derechos están siendo pisoteados una y otra vez, y esto no puede seguir así, el campo se está muriendo, nuestros jóvenes se marchan, nuestras mujeres se entristecen y se niegan a tener hijos que mantengan abierta la esperanza" arenga el rechoncho todo retórica.

"Deberemos hablar con los pequeños agricultores del pueblo y la comarca, y si me apuran de la región entera, debemos hacernos oír" dice el extranjero sin serlo.

Y yo me he dado cuenta de que casi son las ocho y debo marcharme. No he acabado el café. Y todavía quedan magdalenas rancias que terminar, pero no tengo tiempo.

Me acerco a la barra y El Padre me mira, cesa de escuchar a los dos agricultores y se va a cobrar lo que es suyo. Pago y tengo la sensación de que no era buen momento para pagar, ya que El Padre estaba en una conversación y yo le he molestado.

Estoy en el fondo del microbús. En el mismo asiento de los últimos tres días. Al lado del musulmán que habla con otro musulmán. Y del rumano que mira la carretera pasar. Parece que el tiempo no pasa. En las primeras filas los eslavos con sus historias del frío. Después están los africanos, con sus risas de dientes blancos, después los musulmanes que extrañan a sus mujeres. Finalmente el rumano que mira la carretera pasar, y yo que trato de no desentonar pasando de puntillas.

Y veo los esclavos y como he soñado con Huidobro me apetece observarlos y analizarlos para tratar de conocerlos. Y necesito describirlos porque tengo alma de literato y de niño ingenuo que necesita jugar para calmar el aburrimiento. Al primero le llamaré Dimitri. Podría llamarse de otra manera, pero me gusta Dimitri. Dimitri habla alto para que los demás esclavos lo escuchen. Sonríe con insistencia. De lo que deduzco que en el mundo eslavo es lo que llamamos un extrovertido. Los demás sonríen con él. Es un líder. Siempre se sienta en la primera fila y a su lado tiene a Nadia. Nadia es su novia, amante, o compañera. Lo besa con asiduidad, está estúpidamente enamorada. Y tiene cara de luna llena a punto de reventar al aire. Y pecas coloradas como las niñas malas. Dimitri es un líder y jugará y la engañará con Martina.

Martina se sienta enfrente. Es rubia, exageradamente rubia y blanca, y siempre lleva ropa sugerente para que Dimitri repare en ella. Es la que más sonrío a sus anécdotas esclavas. Al lado de Martina se encuentra Helena. Y Helena es la versión eslava y femenina de mí. Austera, intelectualmente apetecible, y con tendencia a la introspección. La paradoja de las dos esclavas es brutal. Si Martina es exceso, Helena es minimalismo, si Martina es voluptuosidad, Helena es sencillez. Si Martina es simpleza y redondez en las formas, Helena es complejidad extrema en el fondo. Si Martina está enamorada de Dimitri, Helena nunca se enamoraría de Dimitri.

He descrito la primera fila. Ahora me centro en la segunda fila de esclavos.

En la segunda fila está Sergei. Sergei es soñador, intenta contar historias, pero es conocedor de su falta de elocuencia con respecto a Dimitri. Sergei está loco por Martina, pero Martina solo quiere a Dimitri. Al lado de Sergei

está Mijail. Y si Helena es la antítesis de Martina, Mijail es la antítesis de Dimitri. Callado, de apariencia desconfiado, ni siquiera se fija en la extravagancia de Martina. Viene solo a trabajar. Al otro lado del pasillo se encuentra Maria. Maria es la primera vez que viene a trabajar fuera de su país. Lo sé porque la he visto llorar como solo lloraría una persona que nunca ha salido de su tierra y que por necesidad se ve obligado por las circunstancias. Maria es hermosa, excesivamente hermosa y joven. Dimitri sabe de su inexperiencia y tratará de hacer valer su veteranía con ella, de eso estoy seguro.

Finalmente se encuentra Vladimir. Vladimir es eslavo, pero no es de la misma nacionalidad eslava de los anteriores por lo que tiene problemas con el idioma. Si no fuera por su apariencia rubia, de ojos claros, posiblemente Vladimir estaría con el rumano mirando la carretera pasar a través de la ventana.

Llegamos a la bodega. En el vestuario Dimitri se desviste con rapidez. Tiene un buen cuerpo, no un cuerpo de culturista sino un cuerpo del que ha trabajado con sus manos.

Sergei es enclenque, y sus piernas parecen palillos mientras Vladimir tiene una enorme cicatriz en la espalda con forma de corazón. Mijail ni se desviste. Él ha venido solo a trabajar. Dimitri es el primero de los eslavos en salir del vestuario. Es el líder. Después sale Sergei, Mijail y finalmente Vladimir. Y suena la sirena. Y yo corto la uva una vez más. Y observo a los eslavos. Son buenos trabajadores. Hablan poco y trabajan mucho. Alguna vez Dimitri suelta una risa. Acompañada por Nadia.

Ella ríe porque lo ama no porque lo que diga suene a gracioso. Martina se agacha demasiado y no puedo evitar mirar por la abertura de su camiseta unos pechos hermosos y atractivos. Dimitri también los mira. Y Nadia mira como Dimitri mira a Martina. Nadia odia a Martina solo como odian las mujeres cuando ven su territorio amenazado, con frialdad y esperando una oportunidad para el ataque definitivo y mortal. Martina desprecia con la mayor de las indiferencias a Sergei, porque su cuerpo que manipula y excita no acepta a secundarios. A mí me gusta mirar a Helena. Helena es concienzuda. Parece que no trabaja, pero es con diferencia la que al final de la jornada ha recorrido más vides. Es una hormiga. Me encantaría algún día hablar con ella. Hablar de las cosas que a mí me gustan y que seguro que a ella le gustan también. Antes de marcharme intentaré hablar con ella. Es tan discreta.

Tan tímida. Tan atractiva. Solo con Helena me saltaré la norma.

Suena la sirena. ¡todos a comer!

Los esclavos ocupan la parte inferior derecha de la gran mesa que a lo largo se agolpa en el comedor. Dimitri al lado de la ventana. A su lado Nadia. Martina enfrente.

Sergei al lado de Martina -como él quería-, Helena y Maria al lado de Nadia. Y Vladimir y Mijail al lado de Sergei. El menú de hoy es: sopa de fideos de primero, pechuga de pollo de segundo, y una manzana de postre. De beber agua mineral granadina.

Dimitri, Sergei, y Martina sorben la sopa con estruendo. A Helena apenas se le oye. Dimitri habla mientras come. Los demás suelen escucharlo. Cuando

termina Dimitri, habla Sergei, a Sergei solo Maria le presta atención, aunque la intención de Sergei es llamar la atención de Martina, que lo único que hace es mirar directamente a los ojos azules de Dimitri, mientras Nadia le mete la mano a su novio por debajo de la mesa.

Bueno, realmente esto no lo he visto, pero mi mente calenturienta trabaja muy rápido cuando el hambre aprieta. La pechuga de pollo está un poco seca. No tomo postre. Tomo café. Espero a que se levanten los eslavos para seguir analizándolos superficialmente. El primero en levantarse es Dimitri, le sigue Nadia, Martina, Helena y los demás. Nadia le da un beso a Dimitri. Dimitri le responde tocándole el trasero. Yo solo tengo ojos para Helena. Helena se dirige al baño de mujeres. Allí la espero agazapado tras una gran columna. Al cabo de diez minutos Helena sale del baño. Se ha lavado la cara.

La sigo, y me doy cuenta de que soy un enfermo acosador, un acosador silencioso, aquellos que espían tras las columnas, aquellos que no aceptan las decepciones, aquellos que son víctimas de sus deseos, maldita sea, me doy asco, y siento repugnancia de mi mismo. Y te prometo mi amada Helena que a partir de este momento me comportaré como un enamorado normal.

Suena la sirena. ¡todos a trabajar!

Helena esta extraña. Ella y Maria hablan mucho entre ellas. Es como si llorasen juntas. Ahora estoy al noventa por ciento seguro: Helena, mi amada Helena, la que ocupará mis noches en vela tiene los ojos llorosos. Aunque la certeza no es absoluta, ya que Helena usa gafas de pasta negra y sus ojos son difíciles de descifrar. María si ha llorado, pero María llora siempre. De los demás eslavos ninguna novedad.

Simplemente corroborar que Martina tiene unos pechos preciosos, que Dimitri tiene sus ojos pegados en ellos, que Nadia es posible que asesine mientras duerma a Martina, que Vladimir intenta hablar con el rumano, pero el rumano no le entiende, que Sergei es un secundario de Dimitri, y que Mijail ha venido solo a trabajar.

Suena la sirena ¡todos a casa!

Los esclavos se visten con rapidez. Son los primeros en salir. Dimitri habla por los codos. Todos los esclavos se arremolinan alrededor de su figura. Y se ríen juntos. Y comparten juntos. No parece que estén a miles de kilómetros de sus casas, ni que el trabajo sea tan duro que sus espaldas estén a punto de doblarse de dolor. Son felices. Incluso Mijail parece sonreír. El microbús arranca. Ya ha pasado un nuevo día. Estoy muy cansado. No tengo apetito. Hoy tampoco cenaré. Helena se ha fijado en mí cuando bajaba del autobús. Tiene los ojos verdes. ¡lástima de gafas!

Me ducho con agua caliente. Hace frío. ¡qué raro! Veo el móvil. La telefónica insiste en informarme. Tengo un par de llamadas perdidas de ellos. Estoy demasiado cansado como para tenerlos en cuenta. Agradezco, sin embargo, que se acuerden de uno cuando está tan lejos. Veo la tele metido ya en cama. En las noticias hablan del eclipse de sol que vendrá pronto. Después viene un late show y no he podido evitar Reírme. Y me doy cuenta de que es la primera vez que me río desde hace mucho tiempo. Tengo sueño. Mañana será un día duro. Espero tener el mismo sueño eróticamente cargado como la noche anterior, eso sí, por favor, que no me obliguen a recitar ningún poema de Vicente Huidobro.

Quinto día

Unas voces enojadas me despiertan de un sueño del que ahora no me acuerdo. Estas voces provienen de la posada. Me visto. Ya es hora de desayunar. Bajo las escaleras con rapidez a punto de caerme en algún momento debido a mi somnolencia. Las voces se oyen con mayor claridad. Escucho la palabra huelga, y también escucho la palabra unión, y la palabra presión, una voz grave pronuncia la palabra gobierno, y otra más grave todavía pronuncia la palabra negociación. Deduzco que hay dos posturas diferenciadas. Ya estoy en la posada y El Padre que me ha visto se acerca. "Lo de siempre," le digo, y él me mira y me dice, " y ¿qué es lo de siempre?", y yo le digo "café con leche con unas gotas de orujo y unas magdalenas", omito lo de magdalenas rancias, por educación y cierto decoro aunque tenía ganas de decírselo. Y mientras espero mi desayuno, observo:

En la barra de la posada hay aproximadamente diez personas. Todas del sexo masculino. Todas esas personas tienen tazas de café humeantes apoyadas en la barra.

Algunas de esas tazas de café han sido bebidas. Otras están por la mitad de su recorrido. Y otras todavía están esperando bocas que las hagan sentirse útiles.

He reconocido –no con cierta dificultad ya que todavía no me he hecho con las caras que todavía son extrañas para mí – al rechoncho, al extranjero sin serlo, y al hombre que el día anterior sorbía solitario el café con leche y que parece que tiene algo que ocultar. También hay gente nueva que no había visto antes. Un hombre bien trajeado y en exceso retórico, tiene cierto parecido al Gerente de la Bodega, pero éste posee un aura de carisma que no posee el Gerente, deduzco que este hombre es burócrata. Observo a otro hombre, este hombre es demasiado delgado y tiene los pómulos demasiado salidos. Hay otro hombre que come en la barra, este hombre no habla, simplemente engulle unas magdalenas que ensucia su cara de migas. Veo un policía uniformado que tiene constantemente su mano en la porra dispuesta a ser usada, pero que no usará a no ser que el hombre elegante así se lo haga saber con un movimiento ondulante de cabeza. Un hombre habla con claridad y se dirige principalmente hacia el hombre elegante. El hombre que habla claro tiene la frente prominente y decidida, sus palabras son seguras, arquea su cuerpo hacia su interlocutor en actitud ofensiva, está acostumbrado a llevar siempre la iniciativa, es el héroe, el líder que arenga a las masas con su demagogia populachera. El rechoncho le llama Delegado. Deduzco que pertenece a un sindicato de agricultores. Esta otro hombre al que llaman alcalde, que es un hombre con pinta de sucio y al que le suelen ceder la palabra en momentos de ofuscación y por último está El Padre tras la barra escuchando y dando su opinión mientras prepara mi café y de un estante de cristal atrapa las magdalenas rancias las cuales ahora transporta hacia mi mesa en una bandeja de acero inoxidable.

El Padre me aproxima las viandas matutinas y mientras cada cosa está en su lugar. El café enfrente a mis labios. El orujo cayendo del cielo hacia la taza humeante. Las magdalenas rancias al lado de la taza deseando ser liberadas

de su encierro de celofán y mientras todo está en orden le pregunto al Padre:

-¿acaso usted no sabe quién soy?

Y El Padre que me mira directamente con sus ojos color tierra y sus pelos faciales blancos que asoman a cada lado de sus pómulos me responde.

-usted es El Extranjero.

Y yo lo miré, y me di cuenta de muchas cosas. La primera, que yo era un extranjero, un ajeno, alguien que aparece un día y que desaparece para no volver nunca jamás.

Segundo, al ser un extraño nunca podría pedir un trato preferente, yo llamo preferente no a un trato basado en la hipócrita cortesía que se le suele dar a un viajero o a un turista, sino a un trato basado en la familiaridad y la complicidad que se le suele dar al asiduo.

Tercero, la mirada del Padre era una mirada de temor, de desconfianza, me veían como un extranjero, aquel que les quitará el sustento, aquél que carece de raíces y que desprovisto de ellas lo único que quiere es arrancar las ajenas.

Y cuarto y no por ello menos importante y decisiva:

Deseaba que El Padre se marchase, ahora que ya tenía mi denominación, y que sabía lo que representaba para la comunidad, que no reparase en mí,

soy demasiado poco importante, y que siguiere con la conversación con los suyos, y así lo hizo. Y yo le pagué por anticipado. Y le di las gracias por ser tan sincero, que ya lo comprendía todo. Y El Padre parecía no entender. Y se marchó como si El Extranjero además de Extranjero fuese un loco.

Y mientras tomaba el café con leche con gotas de orujo y mojaba las magdalenas rancias no dejaba de observar:

Y veía que había dos grupos claramente diferenciados. Por un lado los que defendían la negociación. Este grupo estaba formado por el hombre elegante, que arrastraba a su subordinado el policía, el hombre en exceso delgado, deduzco que por su extrema delgadez tratará de evitar en lo posible una confrontación que no beneficiaría a nadie y mucho menos a la gente con su configuración física, y el alcalde que trataba de aunar ambas posturas, y por lo tanto estaría en una posición más intermedia. Del lado de la confrontación estaba el sindicalista que era el líder, el rechoncho, el que parece un extranjero sin serlo, El Padre que a pesar de dedicarse al sector servicios pretendía que el problema era un problema global y por último estaban el Hombre que tiene algo que ocultar y aquél que no habla que solo engulle, éstos parecen convidados de piedra.

Una vez descritas las partes descifremos sus movimientos:

El lado negociador con el político a la cabeza usa tonos graves que transmiten seguridad. Procuran evitar la exaltación de sus ánimos que restaría credibilidad. Ellos son los buenos y por lo tanto tienen que evitar cualquier salida de tono. Los enojados son otros. El hombre delgado hablaba, pero al ser delgado, sus opiniones no eran tenidas en cuenta. Y

estos hombres usaban la palabra negociación. Defendían una negociación a dos bandas, gobierno, agricultores, y se negaban en redondo a ceder por medio de actos coactivos, como una tractorada y mucho menos una huelga. Sus movimientos gestuales eran claros, sus palabras dichas en muy buena entonación, gesticulaban lo justo, especialmente el burócrata más acostumbrado a una labor más retórica. Deduzco que el burócrata vive en La Capital y de la Capital.

El lado de la confrontación con el sindicalista a la cabeza usaba tonos graves, pero a diferencia del lado negociador, sus tonos eran agresivos al oído, llegaban a gritar, sus palabras altisonantes fueron las que me despertaron de mi sueño. Y ¿por qué gritaban?

Necesitaban hacerse oír, si su tono era de enojo sus reivindicaciones tendrían mayor énfasis en las conciencias de los hombres trajeados de oficinas soleadas en ministerios de capitales mayúsculas. Los hombres del lado enojado gesticulaban hasta la mayor de las exageraciones, llegando sus manos a abarcar más allá del universo, el político tenía que apartarse en ocasiones ya que las manos del sindicalista casi llegan a rozarle la mandíbula. El lado enojado niega la negociación ya que el hartazgo es lo más próximo a una mentira continuada, a una broma que roza el escarnio. El sindicalista afirma que están cansados de palabras hermosas y vacías usadas por políticos en tiempo de elecciones y que no conducen a ningún lado y que lo único que produce es frustración en las gentes del campo, ya que se éstos se sienten traicionados e indignados. Al sindicalista le apoya el rechoncho, que hace las labores de policía y no duda en poner su mano en el cinturón para el caso de que sea necesario su uso. El extranjero que no parece extranjero le secunda, y su aspecto es más amenazante ya que a

diferencia del rechoncho el no-extranjero es de complexión atlética y transmite mayor respeto.

Y siguen discutiendo y yo tengo que marcharme, y sé que nunca llegarán a tocarse.

Ya son las ocho.

Y el microbús me espera en la Plaza. Y Helena me mira subir desde la primera fila de asientos. Y noto el deseo en su mirada. Y me siento en la parte trasera y miro el paisaje junto al rumano. Y si ayer describí a los eslavos, hoy quiero describir el paisaje brevemente. Y noto como el espíritu de Huidobro todavía me posee.

El Pueblo se encuentra a unos cuantos kilómetros de la capital de la Región. Cuando escapas de La Capital todavía hay chopos, robles, castaños, encinas, olivos, olmos donde transcurren ríos silenciosos y poco caudalosos, son pocos árboles, no muchos, que se agolpan a ambos lados de la carretera nacional, y que parecen puntos perdidos en la nada sideral.

El color de la tierra es ocre con pinceladas de verde suministradas por ligeras briznas de hierba rebelde que acampan a la sombra de los árboles. Los pájaros que suelen posarse en dichos árboles, sin ser abundantes te acompañan con sus cantos durante el trayecto.

Cantos tristes que te hielan la sangre.

Pero todo es efímero. Y en un punto perdido de la Gran Meseta estos árboles son sustituidos por pequeñas colinas desprovistas de vida, rodeadas de llanuras con hierba semialta donde alguna cabra o oveja trata de arrancar los últimos restos de vida. Y la tierra es ocre sin ya ningún resto de verde esperanza. Y todo es efímero. Y en otro lugar la tierra se vuelve completamente encarnada y solo observas unas cuantas vides a ambos lados de la carretera, y otras cuantas vides a ambos lados de las montañas, y otras cuantas vides a ambos lados de las mismas colinas desnudas, y otras cuantas vides desperdigadas y sin un lugar de acogida.

Estas vides son de pequeños agricultores que venden cara su libertad.

Y la tierra es más roja porque dicen los lugareños que es tierra oxidada por el enojo del sol, y el rojo es tan intenso que todo te parece rojo aunque no lo sea. Y las caras son rojas. Y los cabellos son rojos. Y las nubes son rojas. Y los ríos son rojos. Y hasta tus pesadillas adquieren el tono rojizo de la sangre. Y llegas al Pueblo. Y El Pueblo es de estas villas mesetarias, donde la población se concentra en un determinado punto, adquiriendo una dimensión radial del espacio, donde no existen las afueras ni los extrarradios y los límites comarcales son fácilmente descifrables, donde las calles son estrechas y transcurren transversales y diagonales a la Gran Plaza Mayor donde desembocan todas ellas. De ahí que la Gran Plaza sea el centro, el lugar de encuentro de las gentes sencillas, donde hablan, discuten, se informan de todo aquello que afecta a la convivencia normal, y donde los extranjeros esperan a que un automóvil los lleven bien lejos.

Y suena la sirena. ¡Todos a trabajar!

Y el sol todavía se desembaraza del este y empieza su caminar hasta llegar al cenit del mediodía. Y observas como sus rayos reflejan las colinas desprovistas de árboles, y sientes nostalgia de tu tierra, nostalgia de tus amigos, te gustaría saber de ellos, pero no necesitas recordar, necesitas el dinero, necesitas trabajar, necesitas cortar los racimos de uvas que te esperan impacientes para convertirse en vino, en néctar con que saciar las sed de los extranjeros como yo, extranjeros que sienten como su esencia se escapa tras la mata rojiza de esta tierra lejana e indómita.

Y mis manos alcanzan la uva, y las tijeras cortan sus lazos que la tienen pegada a la madre-parra, y notas como tus manos se empapan del zumo oscuro y te sientes integrado en la madre tierra, formas parte de ella, aunque El Padre te llame extranjero, tú no eres extranjero, la madre tierra lo sabe, por eso mancha tus manos con su sangre, para la tierra sus hijos no pueden ser extranjeros, ella los amamanta, los ama, los integra para sí, no hace distinciones, ni diferencias.

Y el sol se aproxima al cenit y sus rayos tocan tu piel y notas su calor, es la madre tierra que no quiere que pasemos frío, y el sudor baja por tus mejillas y llegas hasta la boca, y lo saboreas, y sabe a vino tinto, y nunca el sudor te ha embriagado tanto, y baja por tu vientre, y toca tu ombligo, el mismo ombligo que tiene El Padre, el mismo ombligo que tiene el sindicalista, el mismo ombligo que tiene el rechoncho, el mismo ombligo de Dimitri, el mismo ombligo de mi amada Helena, es imposible que seamos extranjeros, se lo diría claramente al Padre. Le diría que es imposible que me considere un extranjero, y él me diría por qué, ya que él nunca se equivoca, y yo le contestaría que es imposible que seamos extranjeros ya que su tierra es pasional y para la madre tierra somos todos sus hijos y no hace distinciones

de ningún tipo. Y él fingiría no entender. Y me diría que no me entiende, que le hable más claro de lo contrario se marchará a otro lugar. Y yo le diría que debería leer a Huidobro. Y él me diría quién es Huidobro. Y yo le diría que un poeta chileno del que no he leído nada y del que solo sueño en mis noches húmedas con mujeres maduras y desesperadas de grandes pezones, aunque eso último solo me lo reservaría ya que corresponde a mi parcela de intimidad. Y él diría porque me recomienda leer a Huidobro, si yo mismo no lo he leído. Y yo le diría que lo leyese porque la poesía no distingue corazones. Y él se callaría. Y yo me callaría ya que no tendría nada más que decir.

Suena la sirena. ¡Es hora de comer!

De primero tenemos sopa de fideos. De segundo tortilla con patatas o española. De postre hay flan. Y de beber agua mineral granadina. Yo no tomo postre. Miro a Helena.

Ella me mira pero finge que no existo. Lo entiendo, soy extranjero e invisible. Se alimenta con lentitud como yo. El sol traspasa la ventana y toca en la cara a Dimitri.

Me marchó. Helena también. Quiero lavarme los dientes. Me los lavo expulsando demasiada espuma en el lavabo. Escupo esa espuma con la fiereza del animal herido y decepcionado.

Hoy no sigo a Helena ni la seguiré nunca más. Me siento muy avergonzado por mi actitud infantil.

Suena la sirena. ¡Es hora de trabajar!

Y el sol sigue su recorrido. Ahora refleja las tonalidades oscuras de las vides, y las paredes de la bodega también son tocadas por el gran astro, y sus tonalidades son metálicas y brillantes que hacen daño a los ojos sensibles como los míos. Tengo la espalda dolorida. Vas avanzando, pero todavía quedan filas de vides, todavía quedan días difíciles donde te dará el sol con más fiereza, y días donde tendrás más ganas que nunca de escapar. Pero, todo pasará rápido, te tranquilizas, reposas, no piensas en vides, no piensas en casi nada y te dejas llevar por tu mano que como ente independiente actúa llevada por el libre albedrío.

Suena la sirena. ¡Es hora de marchar!

Y las sonrisas. Y las palabras en señal de broma. Somos libres podemos bromear. Podemos sonreír. El autobús de la libertad nos espera hasta mañana por la mañana en que seremos de nuevo apresados. Y me subo y voy al final del autobús al lado del rumano que mira la carretera pasar. ¿Él describirá lo que mira y lo pondrá sobre el papel? me pregunto, ¿se sentirá tan extranjero como yo? ¿o no le dará importancia?, ¿qué opina de la rojez de la tierra? ¿opinará como yo, qué se trata de una prueba de la madre tierra? ¿será su país tan rojizo?, ¿le importará que le dé el sol de lleno en la cara?, ¿verá el eclipse de sol el día en que venga el eclipse de sol?, ¿o quizás no crea en los eclipses de sol porque así se lo han enseñado?, ¿se trata de un juguete roto?, ¿me describirá con tan poca profundidad como yo lo hago con todos?, ¿realmente es rumano o simplemente me he dejado llevar por mi imaginación? ¿criticará mis actos? ¿entenderá mis actos? Todas estas preguntas caerán en saco roto. Nunca hablaré con él. Nunca compartiremos

confidencias. Nunca lloraremos juntos. Él mirará hasta la saciedad esta misma carretera, este mismo arcén, negará mi mirada, y yo negaré la suya.

Y ya he llegado al hostal. Hoy tampoco cenaré. Una ducha. Enciendo la tele. Me río un poco. Veo los mensajes que me han llegado. Dos mensajes. Tengo llamadas perdidas. La telefónica me recuerda. Me ofrecen cambiar de móvil. No les contestaré.

Quiero descansar y si es posible espero no ser interrumpido en mi sueño.

Sexto día

Y soñaba con mi nombramiento de jefe de línea en una cadena de montaje de una fábrica de componentes plásticos, y me estremecía, y me negaba a ser nombrado jefe de línea, "quiero seguir siendo un peón, no quiero ser jefe de línea, no sé hacer el trabajo, no quiero aprender, no quiero integrarme, si acepto el puesto nunca saldré de él, y yo quiero ser escritor, quiero imaginar, no quiero morir, por favor, no me obliguéis a ser jefe de línea, por favor, no agarréis mis brazos, por favor, no me llevéis a la sala de reuniones, por favor no me hagáis escuchar a ese hombre del atril, no me obliguéis a aceptar, soy un espíritu libre, no me obliguéis a renunciar " y gritaba con tanta fuerza que todo el mundo me oía, y las mujeres se reían de mí, incluida a aquella a la que amaba en silencio, que se acercaba y me compadecía, " no quiero que tú me compadezcas, solo quiero que me ames, si te compadeces de mí preferiré morir antes de que tú mirada se vuelque sobre mí de nuevo" y me despertaba bañado en sudor. Y unos golpes tímidos en la puerta me advertían que la realidad hacía acto de presencia.

-¡lavandería! decía una voz femenina al otro lado.

-espere, por favor me estoy vistiendo.

Y salí de la cama raudo. Y me puse la ropa del día anterior que olía a sudor. Y de la maleta saqué ropa sucia de mi época francesa, y también sacaba

ropa limpia que volcaba encima de la cama. Y ya vestido, despeinado, estúpido, y con los primerizos rayos del sol atravesando la ventana abrí la puerta. Y una señora de mediana edad, pelo en tinte, regordeta, estatura baja y ojos huraños me esperaba con una bolsa de plástico y con un papel amarillo adhesivo en la mano. Los cuales me entregó con sus manos gruesas.

-buenos días, soy la dueña del hostel, tenemos servicio de lavandería una vez por semana, aquí le dejo la bolsa, al anochecer se la recogeré con toda la ropa sucia que tenga, por favor, no se olvide de poner su nombre y número de habitación en el papel para evitar posibles pérdidas y reclamaciones que se pudiesen ocasionar en el futuro...

La mujer hablaba secamente, y yo cogía la bolsa y el papel y la mujer se despedía con un rutinario adiós y marchaba con grandes zancadas por el pasillo infinito y kafkiano. Era La Madre. Y cerré la puerta de mi habitación paralela de las otras habitaciones del mundo rural. Y tontamente volví a desnudarme, y la ropa sudorosa que se desgajaba de mi cuerpo la introducía en la bolsa, y una vez desnudo sacaba más ropa sucia de la maleta que nuevamente introducía. Y de la maleta sacaba ropa limpia que ahora sí que me ponía, y sacaba más ropa limpia de la maleta que iba a la bolsa, y recogía la ropa limpia que estaba volcada encima de la cama porque aunque no estuviese sucia tenía que limpiar todo aquello que olía a Francia, todo aquello que olía a pasado, todo aquello que pudiese torturar mi alma de viajero. Una vez puesta toda la ropa, tanto la limpia como la sucia en la bolsa, la cerré y me di cuenta de que no tenía bolígrafo alguno con el que identificar ese inmenso bulto que sobresalía de la cama deshecha. Y busqué por la maleta, por la bolsa, por los cajones, por el armario del baño, pero no

hallé bolígrafo alguno, así que decidí ir hasta la posada y pedirle un bolígrafo a quién se hallase tras la barra, me era indiferente que fuera El Padre o El Hijo.

Y hoy no estaba El Padre sino El Hijo. Y me senté en la misma mesa del día anterior, en la misma silla que mis posaderas reconocían como suyas. Y esperé a que El Hijo cruzase sus ojos con los míos. Y me miró. Y se acercó a mí.

-¿qué desea?, me dijo.

-café con leche con unas gotas de orujo y un cruasán. Y si puedes conseguirme un bolígrafo te lo agradeceré mucho. Gracias.

Y miraba como El Hijo se marchaba. Y vi como la posada hoy estaba anormalmente tranquila, es como si la no presencia del Padre hubiese ahuyentado a la clientela. No había nadie. Y nadie había en la Plaza desde mi posición. Y esta calma me intranquilizaba. Parecía la calma que precedía a la tempestad. Cuando El Hijo me trajo el desayuno y el bolígrafo le miré y le dije:

-¿qué ocurre, hay demasiada calma?

-la gente está en sus casas, según parece se avecinan malos tiempos, hablan de manifestaciones y tractoradas, la gente está muy enfadada, se reúnen, hablan en asambleas. Muchos no se atreven a dar el paso por miedo, otros hablan de acciones drásticas. No nos ponemos de acuerdo. Y así nos va. Divididos no iremos a ningún lado...

-pero, qué ocurre, algo no va bien.

-es por la despoblación del campo, por la falta de trabajo y oportunidades, dicen que no hay jóvenes, ya que como no hay trabajo carecen de esperanza y si no hay jóvenes no puede haber vida, ni nadie podrá trabajar el campo.

-¿Y los jóvenes que quedáis que opináis al respecto, porque no hacéis nada?

Me encanta que el fin de las cosas tenga un ápice romántico y solitario.

-...A los jóvenes no nos gusta trabajar en el campo porque no nos gusta que el sol nos queme constantemente por unas míseras perras, debería haber alicientes y no los hay. Preferimos ir a la ciudad. Allí ganamos algo de dinero y nos divertimos Ahora solo los viejos trabajan el campo. En cuanto mueran los campos morirán con ellos. Además está por encima el precio del gasóleo que cada día es más alto lo que provoca que hasta los viejos no quieran trabajar porque los costes son tan elevados que no compensa cultivar nada. Y ya de por sí la agricultura y ganadería son duras para que por encima nos cobren como a cualquiera el carburante, -y cuando El Hijo dijo cualquiera me expulsó una mirada directa a mis ojos todavía dormidos-, debemos manifestarnos, luchar por nuestros derechos, no dejar que nos pisoteen, evitar que lo jóvenes que se queden tengan alicientes, pero para ello debemos ponernos todos de acuerdo, así unidos seremos más fuertes...

-Y Tu Padre, ¿está reunido en estos momentos?

-Si, están todos reunidos en el Ayuntamiento, llevan toda la noche reunidos.

Y pensé en El Sindicalista arengando a los pequeños propietarios, obligándoles con la agresividad de sus palabras a unirse en su lucha, y pensé en El Padre, que aunque no es agricultor apoya las reivindicaciones, ya que se trata de un problema global. Y los pequeños agricultores y ganaderos sentados, juzgando, tratando de que el miedo no les estorbe, y pondrán excusas, dirán que tienen mujer e hijos y que no pueden andar con revoluciones ya que sus cuerpos son viejos y están doloridos por multitud de patologías diferentes, y las revueltas sociales son cosa de los más jóvenes, que sean ellos los que se manifiesten, los que saquen los tractores a la calle, los que se enfrenten a la policía, y me imagino al Sindicalista airado, levantando la voz como nunca, llamándoles cobardes, y estúpidos, y conformistas, y les dirá si han visto como están las plazas por las tardes de un día cualquiera, si han notado algo diferente últimamente, y el portavoz de los agricultores le dirá qué trata de decirles, y el sindicalista insistirá en que le contesten a la pregunta de una vez, y el Portavoz de los pequeños agricultores, hombre sereno y poco propenso a la confrontación dialéctica le dirá que no ha notado nada diferente, y el Sindicalista le repetirá si no ha notado nada, y el portavoz le repetirá que no ha notado nada, y El Sindicalista le dirá: no has notado que en nuestras plazas solo hay viejos que hablan con otros viejos de problemas de viejos.

Y mientras pienso en todo esto el café está humeante y deseo sumergirlo en mis labios y notar como el calor traspasa mi lengua y se adentra en mi garganta abrasándolo todo a su paso. Y con el papel en blanco intento escribir mi nombre y el número de mi habitación. Y con pulso firme, sin dudar acerco mi mano y la tinta sigue su camino por el largo del papel. El Hijo mira el periódico del día, en grandes titulares: Sin acuerdo entre el

gobierno, las multinacionales y los sindicatos de trabajadores del campo por el precio del gasóleo y las malas condiciones del medio rural, se prevén tractoradas y concentraciones inminentes. Y en letras menudas, casi imperceptibles, tan imperceptibles que solo yo pude haber leído esa noticia, se puede leer:

Se quintuplican la venta de gafas homologadas ante la inminente y esperada llegada del eclipse de sol. Y vuelvo la mirada hacia el papel garabateado y miro lo que he escrito: El Extranjero, habitación número 5.

Rematé mi desayuno, me levanté de la silla, aboné lo convenido más una propina del diez por ciento que El Hijo aceptó gustoso soltando un hilo de sonrisa y me fui a la habitación número 5 a pegar el papel a la bolsa de plástico dispuesta a ser recogida por La Madre.

Hoy describiré superficialmente a los africanos.

Mientras el rumano miraba por la ventana el rápido transcurrir del asfalto. Los musulmanes reían y se daban palmadas en la espalda. Maria lloraba. Dimitri era seducido por Martina. Y Helena pensaba en mí, yo observaba a esos hombres de piel oscura y cantos tribales. Y si en los eslavos la diferencia de caracteres provocaba que no hubiese plena complicidad entre sus miembros, entre los africanos nada de esto ocurría.

Y éstos cantaban, y cantaban canciones de tribus, de tribus perdidas entre los baobabs y el polvo ocre que levanta el siroco, donde las mujeres aplastan el mijo en grandes morteros de piedra, donde los niños juegan, y los recién nacidos son llevados por las madres a la espalda, y donde los

viejos son respetados tras la lumbre del fuego de la noche. Y yo sentía envidia por ellos. ¿Por qué yo no sentía la misma alegría que ellos? Acaso mi carácter oceánico era más propenso a la melancolía, no era justo, yo también quería cantar, e incluso a veces movía levemente los labios intentando articular cada una de sus inteligibles versos, porque suponía que sus canciones eran fabricadas por poetas, *los poetas de la tierra*, aquellos unidos a la naturaleza en una simbiosis casi perfecta, la naturaleza les ofrece pan y mijo, y ellos le ofrecen versos alegres que convierten en canciones. Y siento que debería cantar las canciones de mi tierra, de mi lejano país, como hacen ellos, pero a mí no me sale, es cierto, mi carácter oceánico me hace propenso a la melancolía desechando por completo la lírica.

Y me fijé en el que cantaba con más estruendo. Le llamé Alphonse. ¿Por qué Alphonse? quizás porque me imagino que los africanos vienen del Senegal. Y sabido es que Senegal fue colonia francesa y por lo tanto los recién nacidos tienen nombres franceses que aprecian tanto como sus apellidos tribales. Y Alphonse era alegre. Sus dientes eran más blancos que perlas y siempre sonreía. Sonreía porque sus compañeros sonreían. A Alphonse no le importaba que no se viesen baobabs, ni que la tierra fuese más roja que la sangre, Alphonse estaba alegre porque trabajaba, y tendría dinero con el que alimentar a su familia wolof, a sus hijos, a una mujer que veía el sol desde su pequeña casucha de adobe, y se sentía dichoso.

Y a Alphonse lo secundaba Pierre. Y Pierre no tenía los dientes tan blancos, ni cantaba con tanta alegría, Pierre cantaba mucho más bajo, era contenido, y por lo tanto cauto y fiel. No le gustaba hablar alto. Y cuando hablaba los demás lo escuchaban con un respeto casi chamánico. Deduje que Pierre era

más europeo que Alphonse por carecer de ese optimismo casi ciego propia de la inhóspita África, que en Pierre se transformaba en una resignación callada y en un escepticismo crudo adquirido posiblemente en alguna universidad europea.

Y finalmente se encontraba Leopold. Leopold era joven, casi un chiquillo. Leopold carecía del carisma de Alphonse y de la inteligencia de Pierre. Cantaba con fuerza, pero su cuerpo era demasiado menudo. Sus brazos eran casi invisibles ya que carecían de músculo alguno que adornase su tostada piel. Sus pies largos y esbeltos perfecto para las largas caminatas de la sabana. Por ser tan joven los dientes de Leopold eran blanquísimos y gigantes. No tenía cicatrices. Y sus ojos eran tan negros que parecían grandes botones de camisa pegados a la cara.

Y no solo su cuerpo tenía apariencia de fragilidad y rompimiento inmediato.

Su mente también era una prolongación de su insignificante cuerpo. Sin la compañía de Alphonse, ni de Pierre estoy seguro de que Leopold sería rápidamente devorado por las fieras sin piedad. Y por esta protección Leopold se sentía seguro.

Toca la sirena. ¡todos a trabajar!

Y Alphonse trabaja con rapidez. Esta acostumbrado al trabajo duro. Sus manos son grandes y callosas. No para de cantar. Pierre en cuanto trabaja cesa por completo de cantar. Simplemente trabaja. Su trabajo es concienzudo y seguro. Tiene manos limpias, de estudiante, poeta. Está claro que no es de la misma tribu que Alphonse.

Quizás como dije antes Pierre estudió en alguna universidad. Es posible que sea médico, o abogado, o bioquímico, o un amante de los amaneceres, quién sabe.

Leopold es impulsivo, es la impulsividad de la juventud, a veces cuando lleva las uvas por el cestón no puede con el peso y se le caen. Entonces entre Pierre y Alphonse le ayudan a recoger las uvas tiradas por el suelo. Y veo como los esclavos los miran.

Miran la postura de los cuerpos oscurecidos en el suelo rojo, miran la debilidad de Leopold, los musulmanes también los miran, y no dicen nada, solo se miran los unos a los otros, y los lugareños ni siquiera miran, simplemente trabajan como si nada hubiese pasado y yo aunque no quiera miro. Y pienso: Ojalá no me caigan las uvas del cestón, porque yo estaré solo, completamente solo.

Toca la sirena. ¡Todos a comer!

De primero hay pizza margarita. De segundo escalope de ternera. Y de postre yogur de fresa. De beber, agua mineral granadina.

A la entrada del comedor hay dos grandes alfombras paralelas la una a la otra y unos hombres piadosos están con los pies descalzos mirando al este.

Alphonse levanta sus manos en actitud de orar, tiene las palmas abiertas cara el cielo y sus ojos están cerrados y dice algo en árabe. Pierre y Leopold le secundan, tienen los ojos cerrados pero no oran. Los

musulmanes también lo hacen. Pero ese será otro tema que ampliaré más adelante.

En cuanto acaben de orar Alphonse vuelve las palmas hacia el suelo, abre los ojos, ya

no mira al este, enrolla la gran alfombra introduciéndola en una bolsa plástica y se dirige al comedor de La Bodega donde engulle con rapidez. Le secundan Pierre y Leopold. Comen todos rápido, porque los esclavos, el rumano y yo estamos ya en el segundo plato, y la cocina no espera, y el desfase tienen que recuperarlo para acabar todos lo más cerca posible los unos de los otros para evitar retrasos o posibles retrasos. No me gusta el escalope. Y no quiero postre. Hoy los africanos acaban antes que los musulmanes pero después de los esclavos y de mí. Me lavo los dientes. No pienso en Helena ni doy gracias a Dios por los alimentos que acabo de tomar.

Toca la sirena. ¡Todos a trabajar!

No hay ninguna incidencia reseñable. Alphonse canta. Pierre trabaja. Leopold deseando ser fuerte. Y yo mirando como el sol da sus últimos rayos antes de caer hacia el oeste.

Toca la sirena. ¡huyamos todos!

Y los africanos se abrazan entre sí. Son una comunidad. Una única comunidad y nadie podrá dividirlos. Sus cantos no han cesado. Y Alphonse es más líder. Y Alphonse a diferencia de Dimitri, no es un líder sin fisuras, Alphonse usa su carisma para unir su grupo y evitar ser atacados, mientras

Dimitri usa su carisma para manipular y conseguir a cualquier precio sus fines más oscuros, y no dudará en dividir al grupo siempre que él sea el gran beneficiado. Y pienso como en mi niñez enfrentaba a *Spiderman* y a *Superman* para saber cual era el más fuerte, y ahora que soy adulto mi parte más infantil e inmadura me dice que ocurriría si de una parte pongo a Alphonse y de otra parte a Dimitri. ¿Quién ganaría? Yo votaría por Alphonse. Su optimismo me ciega.

En La Plaza del Pueblo solo había silencio y quietud. Me temo que todo esto se derrumbará de un momento a otro. Y llegados al Hostal estaba como todos los días exhausto. Me tiré a la cama. Y vi la televisión. Hablaban del eclipse. Ojalá aparezca pronto. Hoy la telefónica no me ha llamado. Nunca respondo a sus llamadas, ya se han aburrido de mí. La bolsa de plástico está esperando al lado de la cama a ser recogida. Tiene el nombre de Extranjero y el número 5 pegado en un papel de color amarillo. Alguien toca la puerta. Me levanto todavía vestido de la cama. Es La Madre que viene a recoger su paquete plástico. Abro la puerta. Le doy la bolsa. Mira el nombre pegado al plástico con ojos de desconfianza.

-usted se llama así, me dice.

-y ¿qué importa como me llamo? ¿ a cuántos extranjeros conoce? Le digo.

-todos los que vienen a mi establecimiento son extranjeros, pero tienen nombres normales. Por favor, me gustaría que pusiese su nombre real, lo dice la ley. -dice la mujer-.

Y yo pensé para mis adentros que no sabía que existía una ley de lavanderías que dijese que había que poner el nombre verdadero en las bolsas de plástico que suministraban Las Madres de todo el mundo para lavar la ropa sucia y anónima.

-mire, si me da un bolígrafo, yo le pongo mi nombre verdadero. Le digo, sabedor de que no tenía ninguno.

-no tengo ningún bolígrafo, -me dice ella-, pero tengo una idea, dígame su nombre ahora, lo recordaré y yo misma después lo pondré en el papel.

Y pensé que no había otra alternativa, así que no tuve más remedio que rendirme a la evidencia.

-mi nombre es Hormonal.

-¿Hormonal?, ¿y qué clase de nombre es ese?, ¿si usted está de broma no me hace ninguna gracia?

-mire, -le digo a un paso de cerrarle la puerta en sus narices-, mi nombre es ese, si no lo quiere use el otro, tiene donde elegir, y ahora por favor estoy muy cansado y me gustaría descansar si no es problema.

-mire, no quiero discutir con usted, si no le apetece dar su verdadero nombre cada uno con su conciencia, me quedaré con su primer nombre, señor Extranjero, mañana o a más tardar pasado mañana le devolveremos sus ropas ya limpias. Adiós.

-adiós, le dije cerrando ya la puerta. Y dicho esto me dirigí al baño para darme una buena ducha que despejase mi cabeza de una vez.

Séptimo día

Y soñé que era llevado carretera abajo por un automóvil sin conductor. Yo no hacía nada por pisar el freno, estaba completamente impotente. Estaba sentado en el asiento trasero y alguien que no lograba reconocer ya que carecía de facciones y no se atrevía a mostrar su rostro estaba delante, sentado en el asiento de copiloto ¿sería mi culpa?, su piel era arrugada y no emitía gritos de espanto, pero no podía ser mi culpa, la reconocería, yo soy víctima suya, y las víctimas aún en sueños tendemos a reconocer a nuestros verdugos, sería un fantasma, el auténtico fantasma que aparece en las pesadillas de caídas al vacío, no, no podía ser. El fantasma me miraría, me diría su nombre, me explicaría cuál es su tormento, y trataría de que perdonase su afrenta.

Yo recuerdo que gritaba, le decía a aquel sujeto inexpresivo, inerte que moviese un músculo para salvarnos, de lo contrario la ladera desaparecería a nuestra vista y aparecería súbitamente el profundo desfiladero que nos arrancararía la vida. Pero el sujeto no hacía caso de mis súplicas y permanecía inerte, con su rostro mirando la carretera sin volverse, sin hablarme, sin dar una palabra que liberase mi angustia.

Recuerdo que trataba de ir hacia el asiento del conductor para tratar de controlar ese maldito vehículo desbocado, pero cada vez que intentaba llegar al asiento del conductor la mano de aquel sujeto me agarraba con

fuerza e impedía que llegase alguna parte de mi cuerpo a alcanzar la salvación, y yo le gritaba, intentaba zafarme de esa mano blanca y gruesa que me apresaba, y le decía quién era, porqué me hacía esto, y el sujeto volvía su cara hacia mí y yo veía que solo era un montón de piel arrugada y sentí escalofríos de pavor, era horripilante, tenía la cara arrugada carente de ojos, de nariz, de pómulos, de boca con la que suplicar. Eres la muerte que viene a por mí, le decía, pero el sujeto no decía nada, simplemente con su mano impedía que saliese de mi encierro, y yo suplicaba, y el sujeto ponía su mano en mi costado, y su mano me apretaba cada vez más, y yo me retorcí de dolor, y su mano alcanzaba mi corazón, y ahora lo sacaba y me lo enseñaba, y yo reconocía el movimiento de sístole y diástole. Y aquella masa amorfa de piel arrugada ahora emitía un gruñido y yo horrorizado pero vivo observaba como el automóvil caía por el desfiladero más profundo que nunca había visto. Y no me acuerdo de más. Y recuerdo despertar con un movimiento instintivo, brutal y súbito de mi cuerpo. Un golpe que sacudió mis cimientos.

Y finalmente, fui salvado una vez más por la realidad que acudió presta a mis gritos en el aterrador mundo onírico.

Estoy preocupado. Es la segunda pesadilla consecutiva.

No soporto que me arranquen el corazón ni siquiera en sueños. Y sin embargo tengo ese miedo ahí, presente, recóndito en la mente.

Desayuné café con leche con un cruasán. Me atendió El Hijo. Le pregunté si hoy había tenido pesadillas. Él me miró desconcertado por la pregunta. Se la repetí. Lo único que supo decirme es que uno por líneas generales no suele

acordarse de los sueños o pesadillas que aparecen en el sueño profundo. Y se marchó. En la cafetería hoy por primera vez había una mujer desayunando. Estaba sentada en un rincón.

Fumaba un cigarrillo. Era joven. " Es la mujer de maestro" decía uno de los hombres que estaba en la barra. Ese hombre era el rechoncho que hoy estaba sin la compañía del hombre que tiene aspecto de extranjero sin serlo. La mujer me lanzó un par de miradas que yo le respondí mirándola directamente a los ojos. Tiene la mirada más temerosa que vi en mi vida. Alguien traspasa la puerta. Es el hombre que tiene aspecto de extranjero sin serlo. Saluda al rechoncho, pero no permanece con él en la barra, sino que se acerca donde se encuentra la mujer. Ella se levanta y le besa en la boca. Él se sienta a su lado y sonrío. Ella sonrío también, pero es la mujer más temerosa del mundo.

Me dirijo a la barra. Abono la consumición y El Hijo me agradece el diez por ciento en propinas con un tibio gracias.

La plaza está animada, incluso optimista, como si hoy no contase nada de lo que sucede en algún despacho bien iluminado de algún burócrata de largos colmillos de La Capital. Mientras espero el microbús observo: Hay dos hombres ancianos sentados en un banco de piedra hablando del tiempo. Un perro que me mira desconfiado y que pasa sin mover el rabo. Una niña con pecas en la cara y pelo rojo. Un niño tan tonto como ella que la acompaña y al que le gusta jugar a todas horas. Me sorprende que todavía queden niños que jueguen en la plaza. Ya se marcharán bien lejos cuando ya no sean niños y ya no les guste jugar.

Un viejo pastor que lleva a sus ovejas a pastar en las tierras rojas de alrededor a comer las últimas briznas de hierba.

Los excrementos ovejunos son de una redondez perfecta y uniforme y su negrura es repetitiva.

Un tractor que pasa a toda velocidad. Un hombre solitario con las manos en los bolsillos.

Me mira y se da cuenta de que no debería estar allí porque mis raíces están lejos. Otro hombre que habla por un teléfono móvil y se desgañita porque la persona que está al otro lado no entiende su postura impulsiva. La plaza huele a boñiga de oveja desperdigada. Allá aparece el microbús proveniente de la capital de la región. Se para y subo. Y miro para Helena. Y sus ojos se cruzan una vez más con los míos, y cada vez la amo más porque con su mirada me siento completamente vulnerable. Y me siento en la parte trasera al lado del rumano que mira a través del cristal, y al lado de los mismos musulmanes del día anterior que hablan sin parar en su dialecto del desierto.

Durante el trayecto observo a Helena. Ella mira para la carretera, aunque de vez en cuando, Martina le habla y le dice cosas que yo no entiendo, pero que parece que a Helena no le interesan en absoluto, ya que una vez terminada Martina de explicar su manera de ver la vida, Helena vuelve a sus cavilaciones tras el cristal. Y me gustaría ser una bacteria invisible y ser llevada por el aire hasta llegar a su oreja y penetrar en su cerebro y saber cuales son esos pensamientos. ¿Tendrá pesadillas? ¿y si las tiene, serán como las mías? ¿y si somos almas gemelas? ¿le arrancarán el corazón en sus

pesadillas? ¿tendrá el mismo miedo que yo? ¿querrá conocerme sabedora de que su mirada escruta cada parte de mi alma? ¿será su país tan oceánico como el mío? ¿y su carácter, será tan melancólico como el mío, o será más propenso a la prontitud del presente y a lo desconocido del futuro? Tendría tantas cosas que decirle que no sabría por donde empezar. Pero sé, que nunca hablaremos ya que he prometido no profundizar con nadie.

El microbús se ha parado. Hemos llegado a la Bodega. Hoy la describiré poseído por la tozudez de Huidobro.

Es difícil describir algo que solo ves por partes. Sería mejor describir algo cuando tienes la suficiente información para poder analizar con la seguridad de un maestro, pero este no es ni mucho menos el caso. Por mi trabajo de peón recolector, o sea, vendimiador puro y simple, hay muchas y diferentes zonas de la bodega que jamás pisaré, y de las que por lo tanto solo puedo dar informaciones vagas e imprecisas. No soy pintor, ni tengo la suficiente memoria fotográfica como para dar a conocer hasta el mínimo detalle imperceptible por lo que espero que si alguien llegara a leer esto que escribo alguna vez lo tenga en cuenta y perdone las posibles imprecisiones a las que pueda incurrir inconscientemente y de las que me considero culpable.

Cuando te adentras en La Bodega tu percepción de las cosas cambia. Y te sientes como el hombre que fue devorado por la ballena. Y eso es lo que somos, hombres marcados por la culpa, por el pasado, hombres sin raíces devorados por la gran mole. Por el enorme cetáceo. Y tus pies quieren recular. Salir de allí o no entrar siquiera porque tu instinto así te lo indica. Pero necesitas el dinero. Necesitas seguir respirando. Necesitas que tus

manos arranquen el fruto a la tierra. Y observas la puerta de entrada a La Bodega, una gran boca que todo lo engulle. Y las decenas de ascensores exteriores que suben y bajan con sus colores llamativos rasgando la fachada. Y los ascensores tienen diferentes colores dependiendo de la gente que se suba en ellos.

Negro para los trabajadores del tercer piso. Blanco para los trabajadores del segundo piso. Color tierra para los hombres subterráneos. Y observas a esos hombres que miran el suelo, cabizbajos, evitando que sus ojos tengan constancia de nuestros ojos.

Esperando pacientemente su turno de entrada, percatándose que hay otros ascensores libres. Libres y al mismo tiempo prohibidos.

Ellos también son tragados aunque lleven bonitos trajes grises y sus rostros estén limpios. Es la vida de los hombres del segundo piso. Vida de hombres superiores profesionalmente a ti, inaccesibles, infelices, monótonos, grandes muertos.

Y sin darte cuenta ya estás dentro del gran estómago. Y este estómago tiene forma de enorme vestíbulo. Y en ese vestíbulo hay indicaciones.

A la derecha zona de etiquetaje. Prohibida la entrada a toda persona ajena del primer piso. Otros hombres del primer piso que no conoceremos jamás.

A la izquierda zona de almacenaje. Prohibida la entrada a toda persona ajena del primer piso. Otros hombres del primer piso que no conoceremos jamás.

Recto zona de recolección. Prohibida la entrada a toda persona ajena del primer piso.

Y sigues recto. Y ahora el Gran estómago da lugar al gran intestino. Y este intestino es un alargado pasillo interior. Y en este pasillo hay puertas cerradas. Puertas también prohibidas. Las advertencias son bien claras: Prohibida la entrada. Solo personal autorizado del segundo piso. Solo personal autorizado del tercer piso. No sabes que hay tras ellas, y tienes cierta curiosidad enfermiza. Sin embargo, tú haces caso a las advertencias porque tienes miedo a las represalias. Por lo general los peones siempre tenemos miedo a transgredir las normas. Va en contra de nuestro ideario. Aunque carecer de curiosidad va en contra de nuestra esencia humana.

Quizás nos hemos olvidado de que somos hombres que pueblan la tierra. Y hay otras puertas. Y éstas son más familiares ya que están abiertas de par en par. Son puertas aliadas. Son las puertas de la sección de recolección. Son las puertas que conducen al comedor. Son las puertas que conducen a la enfermería. Son las puertas que conducen a los vestuarios. Y hacia allí te diriges. Y la puerta que ya está abierta te deja descubrir todos los secretos. Y observas que hay otro pasillo más interior. Y allí hay más indicaciones:

A la derecha zona de vestuario de mujeres. Prohibida la entrada a los hombres.

A la izquierda zona de vestuario de hombres. Prohibida la entrada a las mujeres.

Y tus pies van hacia la derecha y observas el vestuario, y ves las taquillas con tu nombre, y los bancos de madera oscurecidos por la humedad. Y te cambias de ropa.

La Bodega se ha encargado de que no tengas ningún problema. Los hombres superiores se ocuparán de todas tus necesidades durante la larga y fría noche del austero páramo.

Y los hombres y mujeres de la zona de recolección ya cambiados, tragados, integrados dentro de la mole nos dirigimos al Viñedo. Y salimos de los vestuarios y volvemos al gran pasillo donde en su pequeña boca y que como un gran túnel que atraviesa la gruesa montaña tiene una luz insignificante. Y esa luz nos da la bienvenida.

Y hacia esa luz nos dirigimos como almas en pena buscando consuelo. Y cuanto más nos acercamos a la puerta mayor luz sentimos. Estamos siendo expulsados por el gran ano de la ballena, y esa luz que nos abraza tiene el calor de la libertad.

Y El Viñedo aparece ante nosotros.

Y sigues observando, y ¿qué observas?:

Parras y más parras que se pierden en el horizonte infinito donde es difícil fijar un límite preciso.

-¿Y sabes cuál es tu trabajo?:

Las uvas nos esperan. Todas deben ser cortadas, seleccionadas, sustraídas, y almacenadas en los cestones plásticos y llevadas a hombros hacia el hombre del tractor que espera sentado a que su máquina rebose. Y debes ocupar tu lugar. Tú solo corta. Aunque la inercia provoca que los hombres con mayores afinidades se junten en parcelas determinadas. Parcelas que sin que nadie me lo advierta estarán vedadas para mí.

-¿y cómo es la gran mole vista desde fuera por un hombre libre?

El gran cetáceo aproximadamente mide unos cien metros de largo, por cuarenta metros de alto y cuarenta metros de ancho, y tiene forma rectangular.

Sus recias paredes están fabricadas por una especie de material metálico que asocio con el aluminio o incluso con el titanio, aunque esta última posibilidad me resulta demasiado poco verosímil. Este color metálico provoca que cuando el sol se refleja provoque que el edificio brille hasta dejarte casi ciego, siendo observable a varios kilómetros de distancia como una gran luz que resplandece la tierra quemada. Sus tonalidades van desde el plateado más agresivo del cenit, pasando por una disminución del brillo al acercarse el crepúsculo, llegando a su momento más hermoso cuando el sol refleja sus últimos rayos tras el horizonte, en ese momento las paredes reflejadas adquieren un tono rojizo- anaranjado, mimetizándose perfectamente con el contorno que lo circunda, consiguiendo lo que pretendía el eminente y famoso arquitecto inglés que lo ideó. Construir un edificio monstruoso que apenas impacte con el medio del que se nutre.

El gran cetáceo tiene unos cilindros en cada uno de sus costados. Cilindros que también son metálicos aunque de un metal diferente, lo asocio a un metal más proletario. Lo asocio al acero. En estos cilindros se almacena el vino resultante de cada cosecha. Este vino después será llevado a la sección de etiquetaje donde se le asignarán las botellas correspondientes, y donde los mejores vinos se expondrán en la supuesta Bodega subterránea donde se guardarán en supuestos toneles de roble, a la espera de supuestos y ricos compradores del futuro. Aunque esta incidencia no la puedo asegurar. Como dije antes, soy un simple peón de temporada, mi misión consiste simplemente en expulsar las uvas del racimo, seleccionarlás, llevarlas al cestón, y aproximarlas al tractor que una vez rebosante se trasladará hacia La Gran mole, donde una gran puerta se abrirá y el tractor se adentrará, y del que no saldrá hasta estar completamente vacío. Ese es el trayecto del vino. Un trayecto prohibido y secreto del que nosotros, simples hombres no tenemos derecho a preguntar.

Por esta razón, muchas zonas del interior de la Gran Mole son una incógnita.

–¿quiénes conforman los diferentes pisos?

La Gran Mole está compuesta por tres pisos de altura y un supuesto piso subterráneo donde se almacenaría el vino de calidad para ser degustado por las generaciones futuras, del que no puedo asegurar su existencia.

El primer piso se divide en tres secciones diferentes, una SECCIÓN DE RECOLECCIÓN, donde me encuentro, compuesta por vestuarios, comedor, un pasillo infinito, puertas prohibidas, puertas que nos aceptan, enfermería, baños.

Después hay la sección de ALMACENAJE, que no puedo describir ya que se nos prohíbe la entrada.

Y finalmente una sección de ETIQUETAJE, que no puedo describir ya que se nos prohíbe la entrada.

El segundo piso se dedica principalmente a tareas administrativas, de gestión y comerciales.

Allí es donde se fabrican los contratos, los finiquitos, las altas y las bajas en la S.S., allí es donde trabajan los gerentes, las secretarias, los cargos medios, los comerciales, por lo general personas que huyen de los monos color marfil como de la peste, por eso suelen ir bien vestidas, lo sé porque los observo cuando recojo las uvas y observo como personas trajeadas, pelo húmedo, maquillaje que calma la vejez y zapatos oscuros suben en sus ascensores y desaparecen en su puerta exclusiva para miembros del segundo piso, para salir, horas, días semanas, meses y quién sabe si años más tarde, resplandecientes incluso felices por la tarea rematada, algunos con sus maletines de colores apagados, otros con sus ordenadores portátiles, otros con sus plumas en los bolsillos de las camisas. Son todas gentes del lugar, no hay inmigrantes y no se relacionan con nadie del primer piso, exceptuando al gerente o gerentes.

De ahí que las personas del segundo piso sean consideradas de mayor estatus que las del primero.

Sin embargo, hay un tercer piso, éste está reservado para la élite en el mundo vinícola. Grandes ejecutivos, mayores accionistas, clientes preferentes, grandes catadores, *gourmets* de alto *standing*, privilegiados en suma. Nunca he visto a nadie subir por su ascensor por lo que éstos rara vez son vistos, pero se sabe con certeza que existen.

-¿quiénes son los topos?

Son hombres y mujeres que trabajan en el supuesto piso subterráneo. Y a diferencia de los hombres del tercer piso que se sabe que existen, los hombres subterráneos son una leyenda y nunca se ha comprobado su existencia. La propia Bodega se encarga de mantener encendido el mito. La Bodega tiene la teoría de que si hay leyendas que circulan entre los empleados, éstos trabajan con más entusiasmo debido a que las empresas con leyendas tienden más al romanticismo que al vil mercantilismo (esto también lo piensan los empleados cuyos trabajos basados en la burocracia y la rutina le impiden usar la imaginación).

Aunque la leyenda dice que los topos solo trabajan de noche con lo cuál se explicaría la ausencia de dichos empleados.

-¿cuál es la misión de los ascensores exteriores?

Cuando se le asignó la construcción de la gran mole al arquitecto inglés se sabría que los resultados no iban a ser normales ni comunes. Pero, los jefes del tercer piso aceptaron el riesgo. Construir un edificio que rompiera las normas, un edificio que desafiara lo convencional, un edificio del que se hablara, algunos bien alabando su riesgo, otros criticándolo,

todos en fin teniendo el nombre de La Bodega en sus bocas poderosas. Y El edificio tras más de dos años de construcción fue terminado. Y el arquitecto inglés salió a hablar de su creación por medio de una multitudinaria rueda de prensa que congregó a los enviados especiales de los medios de comunicación más poderosos e influyentes del país. Y los periodistas preguntaban para saciar su curiosidad y pagar sus hipotecas. Sus preguntas más corrientes eran, y eran las mismas preguntas que se hacía la gente normal que al pasar por la carretera observaba aquella mole brillar como mil diamantes al cenit: ¿qué significan los ascensores exteriores que surcan arriba y abajo la fachada plateada? ¿y por qué esa forma rectangular y demasiado sobria? ¿y por qué esa gama de colores según pasa el día? Y después esos hombres que se preguntaban cosas encontraron las respuestas. Y las respuestas eran:

Los ascensores exteriores son necesarios ya que el edificio está construido sin escaleras que comunican los diferentes pisos. Tres pisos incomunicados. Tres mundos en uno. Tres realidades. "la incomunicación más salvaje, la metáfora del silencio". Esto decía el eminente arquitecto inglés.

¿Y la sobriedad? se preguntaba uno. Y el arquitecto inglés contestaba. "*vivimos en un mundo cuadrulado*".

¿Y esta gama de colores? era otra pregunta. Y el arquitecto inglés contestaba. "*el edificio a pesar de su gran tamaño se adapta perfectamente a su medio, confundiéndose, mimetizándose, es perfecto. En ocasiones tendremos la sensación de invisibilidad. Es mágico. Simplemente mágico.*"

Suena la sirena. ¡Todos a trabajar!

Durante la mañana han entrado en algunos ascensores del segundo piso: hombres ocupados, hombres sin americana, secretarias rubias de piernas largas, ejecutivos con falsa sonrisa, otros gerentes que me han parecido más decadentes que nunca, clientes habituales que se dirigen al segundo piso a comerciar.

Por los ascensores del tercer piso no ha entrado nadie: quizás los ascensores no sean usados. Quizás tengan otras entradas secretas, fuera de los ojos curiosos. Quizás los topos no sean más que hombres del tercer piso disfrazados.

Y me imagino a esos hombres elitistas entrando en esas entradas secretas, con sus portes, sus fortunas, su lujo, sus coches silenciosos, sus mujeres hermosas, sus yates y sus fiestas en alta mar.

La imaginación me hace decir estupideces. Jamás los envidiaré. Yo soy tan ignorante como ellos.

En la sección de recolección del primer piso ninguna novedad.

Suena la sirena. ¡Todos a comer!

El menú consiste en sopa de verduras de primero, muslo de pollo de segundo, y una manzana de postre. De beber agua mineral granadina. Helena me ha mirado y ha sonreído. Yo he sonreído. Mi mirada se ha cruzado con Dimitri, y sus ojos transmitían fuego, también mis ojos se han cruzado con Leopold que me ha sonreído, con Sergei que apartó la vista, y

con Martina deseando ser poseída. Una vez terminada la comida me lavé los dientes y di un paseo alrededor de las vides. No tomé postre. No había nadie paseando conmigo, encontrándome completamente en soledad.

Suena la sirena. ¡Todos a trabajar!

Y por la tarde en otros ascensores de segundo piso observo las mismas secretarias de piernas largas y cabelleras que traspasan los hombros, los mismos gerentes acompañados de hombres bien vestidos, y más clientes normales de segundo piso.

Hay un ascensor del tercer piso averiado porque ningún hombre ha subido en él. Un técnico de un mono azul lo arregla con su caja de herramientas. El mundo en sí es una paradoja feroz.

En la sección de recolección ninguna novedad reseñable.

Suena la sirena. ¡Es hora de cenar!

La plaza del Pueblo está llena. Rebosante de vida. Ya no hay olor a boñigas de oveja, ahora huele a plantas silvestres y mediterráneas. ¿De dónde las habrán sacado, ya que aquí ni siquiera hay plantas en los balcones? He visto al Hijo en la Plaza rodeado de otros hombres. Me ha mirado y ha sonreído muy levemente.

Entro en mi habitación y no ha habido cambios. Enciendo la tele. Hablan de los problemas de algunos jugadores de fútbol con las drogas. Preparo la

bañera. Me daré un baño. Mi primer baño. Nadie me ha llamado al móvil. Alguien llama a la puerta.

-Señor extranjero, -soy yo-... vengo a traerle la ropa limpia.

Abro la puerta y La Madre me mira con sus ojos pequeños, que contrastan con la magnificencia de sus formas.

-gracias,- y aprieto la bolsa con fuerza tratando de que mis dedos no dejen escapar el grueso bulto-... tengo que pagar algo, -le dije.

-no se preocupe, esto lo pagaré cuando se marche, usted tenga cuidado.

-gracias, -repito-, le estoy muy agradecido. Y cierro la puerta.

Y extiendo la bolsa por la cama. Y quito la ropa que está dentro de ella. Y observo que está más limpia que nunca. Ahora empezaré de cero, y tengo la conciencia tan limpia como la ropa que extiendo ante mis ojos.

Octavo día

Hoy he tenido un sueño canadiense.

Sal Paradise se me apareció y me dijo que tenía que hacer un viaje, un largo viaje. Y un tren me llevaba por las Montañas Rocosas hasta Winnipeg y más tarde por las inmensas y largas llanuras paralelas a la frontera canadiense-estadounidense. En ese tren hablaba con personas que no lograba reconocer. Creo recordar alguna mujer que buscaba el suicidio en alguna ciudad pero todo es borroso.

Hasta que vi las cataratas del Niágara y no tuve más remedio que saltar del tren en marcha. Y no sé como aparecí bajando por una cuerda por la gran cascada de agua que bajaba impetuosa, y no sentía ni vértigo ni miedo al mirar el fondo humeante y veo que hombres de la policía montada están en la base de la catarata, entre las rocas, esperándome, quizás para interrogarme, quizás para preguntarme que hago bajando por allí, y cuando llego a la base de las cataratas no noto como el agua baja por mi cuerpo, es como si el agua se negase a mancillarme, y una hombre enorme de la policía montada me pregunta algo, pero sus palabras son farfullantes y confusas, sin embargo no hay detención por su parte tal como yo pensaba desde un principio, simplemente me dice que si quiero marcharme lejos de toda influencia tengo que dirigirme a Búfalo, Estados Unidos ya que allí la nieve lo entierra todo, y yo sin preguntar sigo mi camino hacia Búfalo, y atravieso

la frontera y nadie me pide papeles porque me dicen que los estadounidenses no le piden papeles a los canadienses, aunque todo cambiaría si fuese mexicano. Y después de caminar día y noche y de notar el dolor de mis pies descalzos veo las primeras luces de Búfalo. Y Búfalo me parece una ciudad real, gris, nevada, no entiendo que se me ha perdido en Búfalo, no sé que tiene de extraordinario, ya que la nieve hace tiempo que ya no entierra nada en esa ciudad, y entonces decido dirigirme al sur, a México, porque Búfalo ha sido un craso error, y de repente ya estoy en México, y no me piden papeles ya que soy el gringo de sus sueños y observo casas grasientas con hombres grasientos, y todo está tamizado con colores ocres y polvorientos. Y no recuerdo más ya que mis ojos llevados por la anarquía decidieron abrirse.

Estreno ropa limpia. Pantalones limpios. Camisa limpia. Me dejo crecer la barba. Mi aspecto es muy agresivo, quizás ahora aprenderán a temerme. Huelo bien. El Hijo me espera tras la barra. Creo que sonrío. Creo que está contento. Habla con el rechoncho y con el extranjero sin serlo. Me pido café con leche, cruasán y unas gotas de orujo.

Le pregunto porqué está tan contento, El Hijo me contesta que está contento porque está tarde darán el gran mitin en la plaza del pueblo, donde todos los hombres y mujeres del Pueblo se reunirán para intentar hacer valer sus derechos y gritar en alto y con fuerzas renovadas sus reivindicaciones y que la administración por fin los escuche, porque ahora y aunque no quieran deberán escucharlos. Y yo le digo qué tienen pensado, y El Hijo me dice que El Sindicalista hablará desde el balcón del ayuntamiento arengando a las masas para la gran tractorada, y el alcalde lo secundará, y El Padre que aunque se dedica al sector servicios considera que el problema es un

problema global, también hablará, y todos estarán invitados, incluidos los extranjeros y los que carecemos de raíces, y yo le digo que estaré trabajando y que lo único que me interesa es que el eclipse haga acto de presencia, y El Hijo me pregunta de qué eclipse le estoy hablando, y yo le digo que es el eclipse de sol que vendrá dentro de muy poco, y El Hijo parece no comprender mis motivaciones, y prefiere alejarse de mí. Y sigue hablando con sus dos compañeros y me sumerjo en mis cavilaciones tras el café con leche humeante.

Y mis reflexiones son las siguientes:

1/ ¿Por qué alguna gente no tiene en cuenta los eclipses, y solo le importa servir cafés tras una barra?

2/ ¿Helena verá el eclipse como lo miraré yo, o preferirá no abandonar el racimo de uvas correspondientes?

3/ Detesto que mi madre llorase a mi despedida, tenía la estúpida sensación de que sus lloros podrían significar el adiós definitivo de una madre hacia su hijo moribundo y militar.

4/ Echo de menos el temor en la mirada de la mujer del maestro. Me recordaba al temor de los marineros de mi país. Un temor de colores azules y blanco del violento mar muriendo en las rocas convertido ya en espuma y que suele destrozar los pequeños barcos que salen al amanecer del puerto.

5/ Hoy el café está más soporífero que en otras ocasiones, seguramente estaré olvidando de mi paladar los principios ásperos y agresivos que ahora son monótonos y aburridos.

6/ Y sintiendo este café acariciar mi lengua solo puedo recordar a la impulsividad del amor en sus comienzos, que remata con la monotonía de la profunda costumbre.

7/ ¿Debería contestar a la telefónica por sus llamadas? o debería pensar simplemente en trabajar.

8/ Siento como el segundo piso es una utopía para los hombres como yo, aquellos que carecemos de la más mínima ambición.

9/ Y si el segundo piso es una utopía, el tercer piso es un enigma, un enigma oscuro, tan oscuro que hasta parece masónico, me gustaría un día llegar hasta él a hurtadillas, sin que nadie se diese cuenta, ser completamente invisible, y saber lo que allí se decide y se cuece.

10/ No quiero hacerme viejo, quiero mantenerme siempre joven, aunque mi cuerpo insista en desintegrarse.

No hay mucha gente en la plaza por la mañana. Viejos que pasean para calmar los rigores de su cuerpo dolorido y experimentado. Veo vallas metálicas y amarillas que delimitan la zona de escucha. Esas vallas no entorpecen el transcurrir del microbús que llega hasta la parada frenando bruscamente. El conductor me mira y me dice que a la vuelta tendrá que dejarme a la entrada del pueblo ya que por causa del mitin le resultará

imposible pasar por la plaza, yo asiento sin decir una palabra. El conductor es una persona del lugar, su acento así me lo confirma.

No me importa caminar un poco más ya que todavía mis pies me responden con la suficiente claridad a mis órdenes.

Helena creo que me mira, ya que al hablar con el conductor me he quedado inmóvil escuchándolo. Sin embargo, aunque creo que ella me mira, yo no me atrevo a mirarla, ya que temo que descubra mi secreto.

Sigo mi camino hacia la parte trasera al lado del rumano y de los musulmanes que hablan en árabe.

Hoy describiré al rumano.

Le llamaré Gica porque me recuerda a un famoso jugador de fútbol de los años noventa de su país. Gica tiene el cabello negro y corto. Cara anodina, de nariz chata, pómulos metidos y ojos tan bicolores como los míos. Talla normal, no es enclenque, aunque carece de la suficiente apariencia física como para intimidar. Gica nunca se vuelve para mirarme cuando me pongo a su lado. Nos separa un muro de hielo tan espeso que ni siquiera una bomba podría destruirlo. Gica observa como la gente pasa tras el cristal. La observa o quizás no observe y reflexione como hago yo, pero no estoy seguro de nada ya que ese muro de hielo que pone entre él y el mundo es demasiado opaco. De vez en cuando mira al frente. Y mira para las esclavas, se siente atraído por Martina, pero está demasiado lejana. Una vez que se ha dado cuenta de que las utopías son solo para los perdedores vuelve su vista hacia la carretera. Y observa sin decir una palabra. Y viéndolo a él me

veo a mi mismo, a un ser que mira para no ser observado, que desea ser extranjero, interferir lo menos posible, aunque detesta que los demás se lo confirmen, que su paso por el mundo sea con los zapatos en las manos y con la punta de los dedos tocando el suelo. Ése es Gica.

Nos llevaríamos bien. Somos iguales Gica. No deberíamos estar aquí, pero aquí estamos, viendo la carretera pasar, como la vida. Somos los dos extremos del mapa.

Yo el extranjero de occidente, tú el extranjero de oriente. Cuando el microbús se para Gica se vuelve por única vez hacia mí. Espera que yo me levante para poder él levantarse. Y nuestros ojos hablan ya que nuestras palabras son vacías, y entiendo lo que quiere decirme y me levanto, y él se levanta detrás de mí, y ambos compartiremos una jornada de trabajo como dos hombres que ni se rozan pero que sus vidas son completamente paralelas la una de la otra.

Suena la sirena. ¡Todos a trabajar!

Gica siempre se coloca al lado de los esclavos. Pero Gica no es eslavo, es rumano y por lo tanto no pertenece a su grupo. Dimitri lo sabe y hace todo lo posible por separarse de él, arrastrando con él a los demás esclavos que observan al rumano con la misma desconfianza y desprecio soterrado, y pienso que a Gica le gustaría ser Dimitri, y lo imagino lamentando su suerte de rumano en cualquier casa de alquiler de la capital de la región, con su cabeza apoyada en la pared húmeda, y dándose golpetazos porque Martina nunca será suya, y lamentándose de haber nacido en aquella barriada miserable de Bucarest en vez de haber nacido en cualquier barriada

miserable de Moscú o San Petersburgo. Esa es la maldición del rumano, la maldición de ser considerado eslavo por los latinos, ya que su país está demasiado al este, y ser considerado latino por los eslavos reales, ya que su idioma suena como el latín de los emperadores, de ahí que el rumano sea aquel que camina entre dos aguas, y que en situaciones de soledad como la que se encuentra ahora, el rumano suele caer en la más absoluta de las abstracciones.

Suena la sirena. ¡Todos a comer!

Hoy no diré el menú. Solo describiré al rumano. Y el rumano se alimenta lentamente, saboreando cada trozo de alimento que traspasa su boca. Normalmente se sienta al lado de los eslavos que ni lo miran. Cuando acaba de comer se levanta de la mesa sin decir una palabra y se dirige a fumar un cigarrillo, ya que el rumano fuma cigarrillos rubios americanos. Nadie suele percatarse de su marcha.

Suena la sirena. ¡Todos a trabajar!

A Gica se le ha caído un cestón de uvas. Rápidamente se dispuso a recogerlo. Y sus manos ennegrecidas se mezclaban con la tierra roja. Cuando lleve el cestón al tractor se darán cuenta de que esas uvas habrá que desecharlas porque están mezcladas con tierra, y posiblemente Gica recibirá una amonestación o llamada al orden por parte del Gerente. No creo que lo despidan. Es normal que alguna vez te caiga algún cestón y por lo común nadie te dice nada. Por lo demás, decir que Gica es un buen trabajador, se nota que está acostumbrado al trabajo duro.

Suena la sirena. ¡Todos a casa!

He notado en Gica que no está feliz. No sonrío. Y sus pasos no son enérgicos como he observado en eslavos y africanos. Gica no desea marchar ni quedarse. Es parte de su carácter rumano, no saber muy bien donde ubicarse. Solo desea mirar la noche a través del cristal.

Y por culpa del mitin el microbús ha tenido que parar en las afueras del pueblo. No pasa nada, la distancia con referencia a la plaza es corta. Y cuando me acerco a la plaza escucho por megafonía la impulsividad expresada en palabras de la que hace gala El Sindicalista. Y ya en la plaza veo a cientos de personas escuchando en la gran explanada de piedra. Y veo en el balcón al Alcalde, Al Padre y al propio Sindicalista hablando no por un megáfono, sino por un micrófono. Y habla de justicia, y del orgullo del campo, y de la carencia de jóvenes y futuro, dos palabras que juntas componen la paradoja brutal de la existencia. El Sindicalista está claro no es un erudito, ni un orador romano, pero su energía, la efusividad de su entonación hace que la masa observe fría, pero expectante, no dando un paso en falso, dando a entender que su carácter sobrio no les impide tomar en consideración las palabras dictadas por un efusivo. Se observa alguna pancarta en contra del gobierno, pero en general la masa se comporta correctamente, escuchando con atención. Yo intento abrirme paso entre la multitud arremolinada, y mis manos cansadas tocan hombros, y manos, y espaldas, y traseros que no me pertenecen, y siento la necesidad de no escuchar a ese hombre con su retórica y si de llegar al hostel y darme un buen baño, y mientras subo las escaleras del hostel pienso: ser extranjero tiene sus ventajas, ya que a absolutamente nadie le va a molestar mi ausencia.

Noveno día

He soñado con mi niñez.

Esperaba a la entrada de un colegio cualquiera en cualquier extrarradio de cualquier mundo. Esperaba algo. Un autobús. A alguien. Llevaba una maleta gris. En esa maleta gris tenía las cenizas de mis antepasados dispuestas a ser enterradas conmigo. Había más hombres como yo que esperaban y que tenían sus maletas grises. Veo a una mujer y me dirijo a ella. Y le hablo de la fuerza de la sangre convertida ahora en polvo. Y ella solo quiere miel. A esa mujer solo le interesa sorber la miel ya que recuerda de esta manera su niñez perdida. Porque esa mujer ya no es la niña que a mi me gustaba sino una mujer madura con arrugas que circundan sus ojos. Y le ofrezco miel de mi maleta gris ya que soy un mago. Y la magia es parte de mi vida errante de hombre-holandés de maleta gris. Y ella la bebe sin mirarme. Sin pensar. La miel sale por su boca y baja lentamente por su cuerpo, pero ella parece no percatarse. Es la miel de mis antepasados que mezclada con sus cenizas sabe a historia. Toca la sirena. Debemos ir a clase. Era la razón de nuestra espera. Una sirena que nos asuste. Ella se marcha ya que la miel que recorría su cuerpo ya no existe. Y yo quiero ir con ella. Sin embargo algo terrible ocurre. Mi maleta ha desaparecido. Los hombres entramos con nuestras maletas grises, pero yo la he perdido. Tengo angustia. Sin la maleta no puedo entrar ya que automáticamente me castigarían severamente. Pregunto a otros sujetos si han visto una maleta gris, pero

ellos lo único que dicen es que todos tenemos maletas grises, que buscar una maleta gris entre miles de maletas grises es reconocer que has perdido tu oportunidad. Y yo no puedo entrar sin la maleta donde el polvo se une a la sangre. Dios mío, me castigarán, la profesora me dirá dónde he estado, y porque no llevo la maleta, ¡no me creerá! , no creerá que la he perdido, pensará que me la han robado o que yo mismo me he tomado las cenizas para saber el futuro. Debo decirle la verdad, pero no quiero que me castiguen, y ahora estoy solo corriendo , buscando, olfateando alrededor del colegio llevado por la desesperación y el miedo. Intentaré que no aparezca el conserje, no quiero que me haga preguntas, me esconderé en cualquier esquina, aunque todos sabrán que he perdido la maleta, y mis antepasados no serán mis antepasados, renegarán de mí, me maldecirán porque el estúpido de su descendiente se ha dejado llevar por la magia. Y deseo despertar. Y por fin, mis ojos me obedecen. Y de nuevo siento alegría porque la realidad es mi amante dispuesta a aparecer cuando más la necesito. Y veo tras la ventana que llueve copiosamente, y me levanto de la cama para observar mejor porque hay algo que me llama poderosamente la atención. Y observo asombrado como la tierra poseída por la lluvia ya no es roja, sino que adquiere tonalidades más ocres, y siento cierta alegría al saber que hasta la tierra se rinde al poder de la lluvia.

Hoy está El Padre tras la barra. Está contento. Habla con El Sindicalista que está tomándose un café. Repiten la palabra éxito, y también la palabra concienciación, y la palabra huelga, y la palabra tractor, y la palabra agricultor, y la palabra lucha. Está claro que la concentración dio resultados. Yo solo quiero desayunar. El Padre se acerca a mí. Me pregunta que deseo. Un café con leche, con magdalenas rancias y unas gotitas de orujo para espantar los rigores. Él acepta. Y se marcha hacia la barra.

Y mientras suena el ruido de la máquina de café observo a través de la puerta abierta como las gotas de lluvia rebotan en el pavimento frío. Y la lluvia me recuerda a mi país del noroeste. Y la nostalgia empieza a hacerse valer.

El Padre se acerca a mí con el pedido, y le pido mayor cantidad de orujo, es necesario que asesine a esta nostalgia. Y le digo Al Padre.

-Siempre pensé que la tierra siempre sería roja, pero me doy cuenta de que la lluvia la convierte en marrón, tienen mucha suerte de tener esta tierra con tal gama de colores.

Y El Padre me contesta:

-ustedes los extranjeros siempre fijándose en esos pequeños detalles que los lugareños ya damos por supuestos.

Y dicho esto El Padre se marchó, y yo pagué con un diez por ciento en propinas que El Padre aceptó sobriamente. Y de nuevo está tras la barra hablando con El Sindicalista que mientras El Padre me servía estaba solo en la barra mirando la lluvia y supongo que reflexionando, porque solo la lluvia hace reflexionar a los hombres valientes y haciéndose miles de preguntas para tratar de mitigar sus dudas, dudas que nunca saldrán de su boca, ya que están en su cerebro guardadas, bien guardadas, ya que él es El Sindicalista, él es el que arenga a las masas, él es aquel que no tiene miedo, aquél que se enfrentará al gobierno, no puede dudar, no debe dudar, aunque

me encantaría que dudase para que a todos los hombres con raíces los llevase como el Viento.

Hoy Helena no me ha mirado. Hoy el rumano no me ha mirado. Los musulmanes hablan en árabe. Y los africanos hoy no cantan. La lluvia nos convierte en invisibles.

Hoy describiré Francia, ya que sigo poseído por el pasado.

Francia es un estado con forma de hexágono de Europa occidental, de más de quinientos mil kilómetros cuadrados, y unos sesenta millones de habitantes. Se incluye Córcega. Francia posee territorios de ultramar, que es una manera simplista de decir posesiones coloniales en Oceanía, América, África, países que ni siquiera luchan por su independencia, ya que hace años que los francos (ahora euros) de la metrópoli han asesinado las ansias de libertad. La mayoría de la población es católica, aunque solo de nombre, ya que el laicismo es norma obligada. Hay gente de otras confesiones, especialmente musulmanes, hijos de aquellos que una vez fueron también franceses a la fuerza, y que desposeídos de los francos de la metrópoli decidieron salir de sus países musulmanes del norte del continente opuesto, donde ya no había esperanza, y crear una nueva vida siendo extranjeros a la fuerza.

Francia tiene variedad de climas. Oceánica en el oeste. Continental en el centro. En el este abunda el clima de montaña debido a la cordillera alpina, y en el sur el clima y las gentes son mediterráneas.

Francia tiene una renta per cápita de 24 170 dólares americanos, tiene 117 periódicos, 582 teléfonos por cada mil habitantes, y sus habitantes disponen de 3518 calorías día, lo que hace suponer que Francia es un país muy desarrollado. Su sistema legal está basado en el código Napoleónico. Y no existe la pena de muerte.

Estos son los datos básicos de todo aquél que se precie de visitar tan hermoso país, siempre teniendo en cuenta los libros. Otra cosa distinta son las vivencias de aquel que busca aventuras, y experiencias que lo expulsen de la mediocridad que lo rodea hasta casi acariciarle.

Me había tocado en suertes un pueblo cercano a Burdeos, en La Aquitania. En el oeste, donde el clima es más oceánico, y la gente tan adusta y sobria como donde me encuentro ahora. No sabía francés. Y si además del idioma consideramos también mi gran timidez la aventura se podía catalogar de apoteósica. La familia G..., me trató con amabilidad, y corrección, aunque la convivencia no era fácil por mis problemas de adaptabilidad. El trabajo era duro. Levantarte cuando salía el sol, desayunar con fuerza rematando con un buen sorbo de Calvados. Recoger las uvas con rapidez ya que el tiempo apremiaba, y llevarlas en el tractor a Burdeos para que las Bodegas las conviertan en vino. Era un trabajo arduo, miles de metros cuadrados entre tres personas, yo, el Hijo Menor, y el Hijo Mayor.

El Padre G..., estaba reumático y demasiado enfermo. Era el que se encargaba de llevar las uvas a las bodegas conduciendo su tractor John Deere.

Mientras cortábamos las uvas no hablábamos, ni compartíamos confidencias y solo alguna vez el Hijo menor me decía si quería beber algo, ya que la insolación del mediodía era intensa. Comíamos y cenábamos viendo la televisión. El Padre G., quería conocerme ya que suponía que era inteligente y que mi conversación sería amena, y tenía curiosidad y preguntaba. Y el Hijo menor de G..., hacía de traductor, pero eran traducciones que se perdían en el limbo de los monosílabos, y las respuestas académicas y frías sin tener en cuenta los rodeos y los dobles sentidos. De ahí que mi relación con la familia G..., estuviese condenada a la más cruel incomunicación. Me sentía impotente. El Padre G..., se sentía impotente y reumático, La Madre G..., me observaba con cierto recelo espantada quizás por la agresividad de mi aspecto, y el Hijo mayor de G..., no hablaba desde que se enteró de que vendría.

Y hablaba con signos. Y ellos lo entendían. Yo no. Y supe que el Hijo mayor de G. no era normal. El Hijo menor en cambio había heredado del Padre esa curiosidad innata y preguntaba en mi idioma aprendido de instituto de secundaria, qué tal era el país del que provenía, y yo le decía que era muy parecido al suyo, ya que el verde era predominante, y la lluvia daba la vida, y el Hijo Menor asentía, y yo le señalaba en un mapa donde se encontraba ese país, y El Hijo Menor no tenía ni idea de qué en esa esquina del mapa hubiese un país parecido al suyo. Y sonreíamos llevados por el Calvados que quemaba nuestras gargantas. Y hablábamos de chicas, y el Hijo Menor presumía de ser el mejor amante de la República Francesa, y yo le decía si alguna vez se había enamorado, y el Hijo menor fruncía el ceño, como diciendo que solo los estúpidos se enamoran, y que él nunca caería en la trampa del amor. Y cuando la noche y El Calvados hacía más efecto nuestras conversaciones se hicieron más íntimas. Y así supe que El Padre

G..., era un padre severo que trataba a sus hijos con disciplina casi militar, y que La Madre G..., no recibía bien a los extraños, porque siempre veía amenazas que la rodeaban y que le hacían temblar, que su hermano no era considerado normal porque un día se había negado a hablar por mi llegada y que no encontraban ninguna explicación coherente y lógica que los conformara, "simplemente se negó a hablar, y solo nos podemos comunicar por medio de signos que solo los franceses entendemos", dijo El Hijo Menor de G..., en un tono etílico y triste. Yo también descubría alguno de mis secretos, así supo por mi boca que mi país estaba lejano, que mis raíces son profundas pero que he tenido que arrancarlas a la fuerza con mis propias manos como malas hierbas, qué siento nostalgia de los árboles y la lluvia, qué tenía la manía de hacer daño a las personas que me quieren y que casi acabo en la cárcel por culpa de mis ideales, y él no entendió casi nada, porque el alcohol nos convierte en máquinas de la risa y el olvido.

Tengo el peor francés de todos. Soy tan ignorante que tengo vergüenza de escucharme.

Han puesto en nuestras taquillas impermeables amarillos que nos protegen de la lluvia. Me pregunto de dónde habrán salido. O quién los habrá puesto. Nadie nos da explicaciones. Simplemente aparecen en nuestras taquillas de la nada. ¿Será gente del segundo piso que aprovechándose de la noche han abierto furtivamente nuestras Taquillas?, ¿o gente del tercer piso que por ser la élite suelen tener piedad de los más débiles? o los miles de gerentes cumpliendo sus guiones escritos en folios DIN A-4 que con sus frías manos de enlaces ha puesto los impermeables para que sus amados siervos no enfermen, o quizás hayan sido los duendes de la vendimia que aparecen cuando se les necesita. Estoy intrigado, y al mismo tiempo preocupado, es

como si alguien muy superior tuviese en cuenta nuestras necesidades pero sin tener en cuenta nuestras opiniones o desagradados. Lo peor de todo es que nadie parece sorprenderse, es como si estuviesen acostumbrados a que las decisiones las tomen otros. No preguntan. No se sorprenden. Me gustaría ser como ellos, no pensar, vivir feliz en la más absoluta de los desconocimientos. Pero no puedo. Y sé que estaré condenado a indagar hasta hacer sangre en mis heridas.

Suena la sirena. ¡Todos a trabajar!

Y la lluvia baja por nuestros cuerpos y moja nuestras manos. Y nuestros brazos. Y nuestra cara. En resumen aquellas zonas en las que el impermeable fantasma no impide que la lluvia nos atraviese. Además, la propia lluvia provoca que nuestros cuerpos se desestabilicen ya que la tierra es blanda, así mi Helena se ha caído y no he tenido arrestos de ayudarla. También se ha caído Leopold, siendo éste último más ridículo ya que él no debería caerse. Y me pareció patético ya que su cara estaba desencajada observando el cestón desparramado de uvas, con la tierra negra ocultando casi sus ojos negros. Alphonse lo ha visto y lo ayuda a levantarse, Pierre observa, los esclavos trabajan, los musulmanes trabajan, los lugareños miran las nubes grises. Y yo observo el impermeable ya no amarillo de Leopold, y observo sus ojos llorosos, estoy seguro que Leopold desearía no estar en ese momento, que la tierra que circunda su rostro se lo tragase, pero eso no ocurre. Alphonse le limpia los ojos, Leopold no sabe que hacer, para él la lluvia es tan extraña como la uva despojada.

Alphonse atrapa con sus grandes manos las uvas desperdigadas del suelo mientras Leopold observa. Cuando acaba de recoger las uvas le ofrece el

cestón a Leopold para que lo lleve a su destino. Y Leopold acerca sus brazos al asa del cestón y aunque en un primer momento la blandura de la tierra recién mojada casi le hace caer de nuevo recupera el equilibrio con rapidez. Y Alphonse una vez conseguido que Leopold se levantara le dice algo en un idioma tribal, seguramente le diría: Leopold los hombres nos caemos para levantarnos con más fuerza. Y seguramente esto le diría ya que el pequeño, joven, inexperto Leopold se fue llevando su cestón hacia el tractor enseñando sus dientes blancos.

Suena la sirena ¡Todos a comer!

No tomé postre. Y solo pude estar atento a las gotas de lluvia que impactaban en la ventana del comedor.

Suena la sirena ¡Todos a trabajar!

Y la lluvia se calmó hasta cesar a mitad de la tarde. Algunos ya no usaban los impermeables amarillos y sucios que tirados por el suelo negro esperaban una mejor oportunidad. Los musulmanes estaban más felices. Leopold ya no se caía.

Helena ya sabe que si se cayese de nuevo no la ayudaría, y para ella supone una gran decepción. En cambio, yo tengo la necesidad de que la lluvia regrese. No me he quitado el impermeable suministrado por los fantasmas que nos vigilan desde las alturas, esta lluvia me recordaba a mi país, me recordaba que quizás no era un extranjero perdido y necesitado.

Suena la sirena. ¡Todos a casa!

Al llegar al hostel me doy un buen baño. Y me duermo. Y casi sueño. Pero al notar el agua jabonosa entrar por mi nariz despierto bruscamente.

Hoy he decidido por primera vez cenar en la posada. Bajo por las escaleras y ya escucho la algarabía de voces, de golpes contra la mesa para reafirmar las posturas en el juego, de vasos que se caen al suelo. Cuando aparezco todos me miran y cesan de hacer sus funciones. Soy el forastero, el terrible pistolero que viene a arrasar la ciudad y a llevarse a la chica del sheriff bien lejos. Encuentro un sitio y La Madre está tras la barra. Los lugareños recuperan la normalidad de sus actos, una vez sentado y domado el forastero.

-usted por aquí, pensé que era el único hombre en el mundo que se negaba a cenar.

Es La Madre que ha abandonado la barra para tomarme el pedido enseñando una sonrisa hipócrita.

-qué tiene para cenar, tengo un poco de hambre. Le digo.

Y ella roba de una vecina mesa una carta que me enseña y donde algunos platos y comidas están levemente tachados con fluorescente verde que no impide que no se pueda descifrar su contenido.

-lo que está tachado de fluorescente son nuestras comidas nocturnas, mientras lo que no está tachado son nuestras comidas diurnas. Consideramos noche a partir de las ocho de la tarde, esto quiere decir que a

la hora de comer solo puede pedir aquello que no está tachado de fluorescente, y una vez pasadas las ocho solo puede pedir aquello que está tachado con fluorescente.

-y si ahora me apetece algo que no está tachado. Le dije, más que nada por saber cual sería su reacción, y saber si perdería los nervios con un extranjero.

-pues lo siento, pero tendrá que esperar hasta mañana. Me dijo ella enseñando su estúpida sonrisa. Y revisé atentamente la carta y pedí algo que estaba tachado. Ella tomó nota y se adentró en la cocina y avisó al cocinero que era... ¡El Padre! Y me pareció curioso que el mismo hombre que arengaba a las masas inculcándoles los principios de la revolución ayer, fuese hoy el cocinillas de la posada del pueblo, con su mandil atado a la espalda y su espumadera en la mano. Y no pude evitar una sonrisa tan estúpida como la de La Madre.

Cené y subí a la habitación. Encendí la tele. Las noticias hablaban del eclipse. Decían que había que tener cuidado con los ojos, que era muy peligroso ver directamente el fenómeno sin llevar las protecciones necesarias ya que el observador directo podría llegar a quedarse ciego. Encendí el móvil. Segundo día sin que me llame la telefónica. Ya se han olvidado de mí. No siento el más mínimo rencor. He estado mirando por la ventana. Y las estrellas y la luna reflejando el pavimento de la plaza y los campos negros por la lluvia. Mañana será otro día. Un día más, y un día menos. He decidido por abrumadora mayoría que hoy ha sido el día más triste de todos.

Décimo día

Ayer mis ojos se negaron a cerrarse. Por lo que decidí una vez despierto, y una vez dadas miles de vueltas hacia ningún lado de la cama, encender el televisor. Y haciendo zapping me paré en una película pornográfica. En ella una mujer era sodomizada violentamente por un hombre de pelo pintado y gafas de sol, el aspecto del hombre era ridículo, en cambio, la mujer era hermosa, de ojos claros, piel tersa, y larga cabellera rubia. La cámara se centraba en la mujer, en el movimiento de sus pechos al ser traspasada, en su rostro claro como la luna, diciendo "fuck me" una y otra vez, deseosa, viciosa, lujuriosa, y no puedo evitar que mi mano baje silenciosamente hacia mi pene llevada por los gemidos de la mujer, y me toco, y me doy cuenta que desde que me he ido de mi país no me he masturbado, y miro para la chica, como saca su lengua y observo mi pene que empieza a crecer, pero algo ocurre, la cámara observa una vez más el rostro de la mujer, ahora ella siente dolor, aunque sus palabras sigan siendo "fuck me", sus ojos piden clemencia, no puede ser, maldita mala actriz, ahora sus gemidos no son creíbles, ahora ella no mira directamente a la cámara porque tiene un rictus de dolor que impediría que los solitarios que vemos estas películas lleguemos al orgasmo, al desperdicio de la simiente de nuestro cuerpo, maldita sea, mi pene empieza a empequeñecer, ahora la cámara se centra en los genitales de la mujer, unos genitales sonrosados, abiertos, secos, la mujer intenta humedecerlos con su dedo, pero todo esta perdido, mi pene se negará a crecer, a satisfacerme, a seguir su camino hasta que el río

desemboque en el mar frío de mi ombligo y observo al hombre ridículo, y a la mujer con sus ojos perdidos, pidiendo con sus manos a su compañero que no sea tan brusco, y observo que la mujer no es tan joven, si fuese más joven nunca se dejaría sodomizar por este individuo, pero es vieja para el porno, demasiado vieja para competir con la silicona y el play boy, demasiado vieja para elegir, "todas las sodomizadas son viejas", es una máxima del porno, y sus ojos perdidos no miran fijamente a la cámara, está deseando marcharse, que todo fuese una pesadilla, y me pregunto sin centrarme en el deseo ya exterminado ¿tendrá imaginación la mujer sodomizada violentamente por un pajarraco ridículo de gafas de sol?, quizás piense en la reina de corazones cortando cabezas por doquier, o en la vía láctea que surca el cielo con sus miles de estrellas y asteroides que giran como autómatas y atraídos por un centro brillante y supermasificado, y que el mundo seguirá girando a pesar de ser sodomizada, de ser ultrajada, poseída, rendida, tumbada por este ser tan patético.

Ahora hombre retira el pene del ano de la mujer y se corre en el enorme agujero infringido, y gime, y ahora ella se da la vuelta y con su boca relame el pene chorreante del hombre y ahora ella mira la cámara y saca la lengua, ahora parece feliz, viciosa, y solo puede decirle al hombre "You are the best". Y cabreado por no poder conseguir mis objetivos sexuales no puedo evitar apagar el televisor. Y por culpa de ese cabreo no pude pegar ojo, ni soñar. Y si dormí, aunque fuese unos instantes no valió la pena porque ya se hacía la claridad en el horizonte.

Hoy atendía El Hijo. Me tomó el pedido. Café con leche con unas gotas de orujo para acompañar, y unos cruasáns. Y llevado por la cercanía de edades que siempre invita a una mayor comicidad le pregunté.

-desde que he llegado no me he entretenido, me gustaría saber si aquí hay mujeres.

-¿mujeres? -dice El Hijo, todavía sin entender el doble sentido-.

-si, mujeres, ya sabes, de esas que están en las calles. Las que venden su cuerpo al mejor postor.

-se refiere si en El Pueblo hay putas.

-exacto, hay putas aquí.

Y no había comicidad, El Hijo me miraba con furiosos juicios que no lograba comprender en una persona tan joven como yo.

-mire, en El Pueblo no hay putas, si quiere irse de putas debería ir a La Capital, allí sí hay putas y de todas las clases y en todas las esquinas.

Y yo quedé pensativo, y dije para que El Hijo único e inquisidor acabase por odiarme definitivamente.

-y sabes si hay putas a las que les guste fingir ser amadas.

Y El Hijo cuyo valor de mi persona ya rozaba el valor negativo, dijo con sobrada elocuencia.

-mire, las putas mientras les pagues, hacen lo que el cliente quiera, incluso las más sucias perversiones.

Y dicho esto se fue a la barra a atender a otros clientes.

Hoy cuando subí al microbús no me atreví a mirar a Helena directamente a los ojos, temía que supiese de mis pensamientos turbadores y traicioneros, y si en cambio, observé a Martina, y vi que su mirada, era la mirada que más me satisfacía, una mirada de abyecta lujuria, lujuria extranjera, inexplicable, animal, por eso cuando miraba a Martina ningún tipo de culpa atormentaba mi alma. Y tanto nos miramos que sonrió, y yo le sonreí, y pensé que a Martina no le importaría que la sodomizase, una vez, una sola vez, ya que de por si su sola sonrisa era seminal, de dientes blancos y sin apenas separación, ¡cómo sería su sexo! Sé que a Helena no podría sodomizarla, Helena es la culminación del amor utópico y atormentado, de ese amor que se idealiza en el cerebro como un tumor, y del cual solo el olvido y la lejanía pueden librarte, por lo tanto mi frustración me llevaría a Martina, Martina es el amor carnal, cercano, encendido, ella me suplicaría una sodomización rápida, me diría "fuck me, fuck me", y yo no pararía de darle, y ella disfrutaría, estoy seguro, y al final me diría "You are the best". Y yo levantaría los brazos en señal de victoria. Y recordaría una vez satisfecho, la triste figura de Helena.

Tengo una erección de caballo que debe desaparecer. Describiré superficialmente a los musulmanes. A los musulmanes les llamaré Alí, Mustapha, y Driss.

Alí tiene una barba bien recortada, tez morena, etnia bereber, cabello corto y resistente de un negro azabache, nariz aguileña. Tiene un buen porte, superior a sus compañeros, y sonrisa fácil. Habla un árabe pausado, y no suele extralimitarse en sus afirmaciones. Parece optimista.

Mustapha no tiene barba, pelo ensortijado y revuelto de un negro menos oscuro que Alí, nariz de ratón, mejillas sonrosadas, huesudo, y talla media. Mustapha habla un árabe más agresivo, y sus ademanes son histriónicos y exagerados. Tiene sonrisa fácil y suele contar historias que hace reír a los otros dos islámicos. A veces tiene momentos de reflexión y silencio que supongo será parte de su carácter cambiante e irregular. Es como los torrentes del Atlas, que solo aparecen con fuerza por la llanura cuando vienen las lluvias de las montañas del norte.

Driss tiene una barba espesa y desordenada. Pelo ensortijado como Mustapha. Tez morena, casi negra. Cara redondeada. Ojos maliciosos. Y complexión atlética, casi griega. Driss tiene un ejemplar del Corán en las manos. Y recita los suras mientras el microbús avanza. Es el imán. Los otros repiten lo que dice Driss. Driss tiene un liderazgo religioso. Driss se sienta a mi lado y huele penetradamente a almizcle.

Y esa es la diferencia básica con los otros dos grupos. Así mientras los eslavos tienen en Dimitri al líder carismático, paternalista, dictatorial, autoritario y los africanos tienen a Leopold al líder benevolente, justo y también carismático, los islámicos tienen en Driss un tipo muy diferente de liderazgo, el liderazgo religioso, aquel basado en la ceguera y la pasión exacerbada, en lo inútil de la vida terrenal y en la búsqueda infinita y universal de la perfección dogmática. Un liderazgo que quizás una persona

en esencia laica como yo no entienda ni comparta, pero que resulta enriquecedor para conocer académicamente a las personas.

Tal vez para mí sea una manera demasiado fría de ver las cosas, pero que es a lo que una persona como yo puede aspirar como máximo.

Suena la sirena ¡todos a trabajar!

Y antes de trabajar, en la misma entrada del inmenso Viñedo, Driss se quita los zapatos y se arrodilla en la tierra desnuda y encarnada, y sin moverse del suelo levanta las manos y el rostro hacia el cielo, y reza y dice que Alá es grande, entonces vuelve su rostro y sus brazos hacia la tierra y deja de recitar, hasta que de nuevo levanta su rostro y sus brazos al cielo y dice que Alá es grande, y vuelve a hundir su rostro en la tierra, así varias veces. Mustapha y Alí hacen los mismos gestos seguidos por su compañero, y los tres mirando hacia el este terminan sus genuflexiones, se levantan del suelo, primero Driss, y después los otros dos sin importar el orden, se sacuden la tierra roja que se les pega a su ropa occidental y empiezan su trabajo como si nada hubiese ocurrido. Mientras hacen esto, nadie sorprendentemente se percata de sus acciones, y todos, esclavos, africanos (con los que comparten la misma religión aunque no las mismas genuflexiones), lugareños, yo, trabajamos normalmente ajenos a todo.

Por la mañana no ha habido ninguna novedad.

Suena la sirena ¡todos a comer!

Los musulmanes se sientan enfrente de mí. He visto a Martina y me ha vuelto a sonreír. No me atrevo a mirar a Helena. Hoy no ha llovido y la tierra ha recuperado su rojez habitual. Los musulmanes antes de comer han vuelto a sus genuflexiones. Se han postrado en el enorme pasillo paralelos a los africanos. Y mientras rezaban los no musulmanes pasábamos indiferentes.

Dimitri me ha mirado mientras todos comíamos y he notado odio acérrimo. Leopold nos ha mirado y ha notado como Dimitri me odia. No hará nada por salvarme, de eso estoy seguro. Los islámicos comen despacio, saborean cada trozo de comida que traspasa su boca, como si el alimento fuese motivo del mayor de los respetos. Mustapha, con diferencia el más nervioso y vacilante de los musulmanes intenta desafiar a la disciplina reinante, y para ello apura sus movimientos maxilofaciales, Driss que lo ve lo reprende con la mirada y le recrimina su actitud en silencio con un movimiento de párpados ligeramente censores, Mustapha totalmente avergonzado, cesa en sus movimientos espasmódicos y ahora volverá a masticar con reverencia y solemnidad.

Suena la sirena ¡todos al trabajo!

Los islámicos trabajan igual que comen. Saboreando cada instante, tocando la redondeada forma de la uva, palpando su piel morada, respetan tanto la tierra y la naturaleza que solo puedo admirarlos. Me he fijado en Driss. Driss mientras trabaja no reza. Mientras sus ojos observan el racimo no reza. Mientras sus manos palpan lentamente la uva no reza. Mientras sus manos depositan cuidadosamente el racimo en el cestón de plástico no reza. Pero yo creo que reza. No con palabras. Sino con las manos. Con los ojos.

Todos los pasos seguidos desde que la uva se desprende del racimo hasta que es depositada en el cestón de plástico son para alabanza de Alá, y Driss lo sabe, por eso Driss ha inculcado a sus compañeros ese mismo respeto y parsimonia. Por eso sus primeros rezos matutinos son en la tierra rojiza, como homenaje a la tierra que da la vida, a la tierra que guarda en sus entrañas la simiente.

Driss seguro que les ha dicho: Respetad las uvas, respetad el cielo, respetad al mundo, respetad la tierra desnuda, respetad la lluvia, las estrellas, respetad la comida que ingerimos porque Alá para ello las ha creado, para disfrute y respeto de los hombres.

Me siento avergonzado por la descripción tan superficial que hago de las cosas.

Suena la sirena ¡todos a casa!

Y los islámicos son los últimos en subir al microbús ya que han hecho sus genuflexiones en el pasillo del vestíbulo.

Primero sube Mustapha. Después Alí y finalmente Driss. Driss como siempre se sienta a mi lado. Me encantaría decirle algo. Pero soy demasiado cobarde. Demasiado insignificante. ¿Debería comprar un ejemplar del Corán para estar a su altura? No.

No creo, debería vivir mil vidas para estar a la altura de la rodilla de Driss. Y eso me entristece. A pesar del amor que profeso a la razón, nunca podré ser tan sabio como Driss, y sé que por mucho que el tiempo me llene de

canas y experiencias mi sabiduría nunca me permitirá respetar la naturaleza, ni las estrellas, ni la tierra desnuda, porque yo soy un desarrollado, un hombre globalizado, un hombre racional que solo ama las superficies gélidas, y las tapas de los libros polvorientos.

He mirado a Martina y no me ha sonreído. No puedo evitar sentirme decepcionado al bajarme del microbús.

Me he duchado y he procurado no pensar en los ojos clementes de la mujer pornográfica.

A partir de ahora procuraré no tener la más mínima piedad y no mostraré clemencia ante nadie. Y hoy estaré dispuesto a soñar de nuevo.

He cenado mal. Y El Hijo piensa que soy un depravado. Cuando me ha servido he notado el frió de su aliento en el cogote mientras me servía la comida en un plato de cerámica. Y la comida tachada en parcial fluorescente no estaba en buen estado.

Seguramente El Hijo habrá escupido en el plato. Y su saliva verdosa, de espantos y espesa ha servido de condimento perfecto para retorcer mi deseo. Y de paso mi apetito.

He decidido por primera vez hacer algo para integrarme en la comunidad. E hice lo siguiente: Una vez terminada mi repugnante cena me acerqué a la mesa vecina. Tres hombres viejos jugaban a un juego de cartas. Les dije si podía jugar con ellos. Ellos me miraron con sus ojos viejos. Y se miraban los

unos a los otros tratando de explicarse porque aquel extraño se atrevía a turbar su rutina de años y años de cartas en la vieja posada.

Y uno de ellos, supongo que valiéndose de su mayor edad me dijo: jugarás con nosotros, pero tendrás que poner dinero. Y yo le dije: Perdonen, pero no he podido evitar observarles, y me he dado cuenta de que ustedes no ponen dinero, ni apuestan nada, simplemente cuenta la honrilla del vencedor. Y otro de los hombres viejos me contesta: nosotros no necesitamos apostar nada, somos del país, nos conocemos desde antes de que tú nacieses, hemos compartido borracheras, hemos sido padrinos de boda los unos de los otros, nuestros hijos han emigrado a los mismos lugares, nosotros no necesitamos apostar, somos amigos, los amigos no deben apostar, pero ahora apareces tú, y tú eres un extraño, tú no has compartido borracheras con nosotros, tú no has sido padrino de boda de ninguno de nosotros, tú solo estás de paso, y al estar de paso no eres igual que nosotros, por lo tanto si quieres ser igual que nosotros y entrar en la partida debes pagar un peaje, de lo contrario no podemos aceptar que juegues con nosotros. Y yo le dije al hombre de mayor edad, aunque mi respuesta puede ser igual para los tres: He decidido no jugar con vosotros, porque si para igualarme a vosotros en experiencias, en inquietudes, en amistad, en años de rutina solo necesito unas míseras monedas, no me vale la pena perder mi tiempo. Y dicho esto me marché a la calle a respirar aire puro.

Y la noche estaba oscura. Y mi mente se negaba a soñar. ¿pero, necesito soñar, de lo contrario la soledad me arrancará de la tierra? Un paseo observando la luna abrirá mi sueño, como dicen que abre el apetito. Un viejo despechado le canta botella en mano a la desesperación. Dice un nombre de

mujer en alto. Y pronuncia también en alto la palabra puta. Trato de quitarle la botella. El viejo despechado está demasiado triste como para oponer resistencia. El alcohol activará mi sueño. Me llevo la botella y el viejo despechado ahora está eructando con su cuerpo sentado en el pavimento.

Parece como hipnotizado mirando el cemento. Y eructa de nuevo. Pero yo tengo la botella. Tengo el poder. Y no puedo más que alejarme de él y esperando me olvide para siempre.

Nunca pensé que podría encontrarme borrachos en este pueblo, nunca pensé que fuese todo tan terrenal y que la ebriedad fuese motivo para copiar situaciones de otras novelas más diferentes de esta, novelas más ficticias. Y me doy cuenta que a veces la realidad supera con creces a la ficción. El viejo despechado ha debido adquirir la borrachera de otras botellas furtivas, porque la botella de vino que me llevo a la garganta está casi llena. Y bebo. Y pienso en ella.

¿Qué estará haciendo Helena en estos momentos? ¿pensará en mí alguna vez, o me mira por compasión? Y brindo por Helena. Y tengo frío. Me dirijo al hostel, no estoy borracho, el vino aunque de ínfima calidad apenas perturba mi razón.

Y totalmente sobrio no puedo evitar lanzar la botella hacia un muro de una casa cualquiera del Pueblo, y la botella no puede evitar romperse en mil pedazos con su encarnado líquido impregnando toda la pared que inmóvil parece ensangrentada y rígida.

Décimo primer día

Dos hombres se acercan a mi casa. Uno es alto y desgarrado, con pantalones demasiado cortos para cubrirle toda la pierna y dejando por ello vislumbrar unos calcetines blancos y patéticos. El otro es bajo y tiene la mirada huidiza. Traspasan la puerta de la entrada saltando por la valla de separación que separa mi casa de la calle poco frecuentada. Yo estoy dentro en la cocina creyendo que es mi refugio y los veo venir. Salgo a recriminarles su actitud de clara invasión sin ningún tipo de permiso al largo e infinito pasillo, "esta es mi casa, como se atreven a entrar sin permiso", y el más bajo dice: "esta no es su casa, esta es la casa del comendador", "por favor, márchense, no me obliguen a llamar a la policía", les advierto a un paso de perder los nervios. Al escuchar estas palabras el hombre más alto sin decir ni una palabra traspasa mi cocina, observa cada rincón, toca cada electrodoméstico, toca mi comida con sus dedos largos y huesudos, saborea mi comida llevando a la boca lo primero que reconoce con sus manos, yo no puedo evitar mirarlo con desesperación y asombro permaneciendo totalmente pasivo y acobardado (no quiero reconocerme), y le digo al más alto que parece no escucharme ni tener en cuenta mi amenazador aspecto, "márchense, esta es mi casa, no me obliguen a tomar medidas más extremas", y el más bajo repite como el estribillo de una mala canción, "esta no es su casa, esta es la casa del comendador, es usted el que debe irse", y agarro por la solapa al más bajo, ya no quiero ser un cobarde que ve como los acontecimientos le traspasan como los rayos cósmicos, "márchense, o

llamaré a la policía, esta es una propiedad privada, y por lo tanto están infringiendo la ley", y el más bajo asustado, le dice al más alto (que sigue alimentándose, abriendo y cerrando la puerta de la nevera, intentando abrir la puerta que comunica la cocina con la sala de estar y que está cerrada), que deben marcharse, y yo les digo que hacen bien, y los dos hombres enfilan el pasillo, hasta que me doy cuenta que el hombre más alto tiene algo importante en sus manos, y hago inventario de lo que tengo en la cocina y me doy cuenta de que falta el objeto más importante de todos. Y desesperado sigo por el pasillo de mi casa a los dos hombres, y ya traspasan la puerta de la entrada, y veo que los dos hombres son solo uno, ya que el más bajo ha desaparecido, ¿y me pregunto intrigado y al mismo tiempo asustado dónde estará?, ¿estará esperándome agazapado, escondido, esperando a que salga de mi casa para apropiarse definitivamente de ella?, o peor, ¿tratará de asesinarme para quedarse con mi casa, y evitar problemas al Comendador? ¿se acercará por mi espalda y me clavará el cuchillo?, pero ahora, ninguna de estas preguntas tiene importancia para mí, ahora solo importa recuperar lo más importante, y estoy en la calle, y el hombre alto se para en mitad de la calle, ya no huye, sino que retrocede, y horrorizado, observo como el hombre alto ya no es un hombre, se ha transformado en un león con las fauces más grandes nunca vistas en varias millas a la redonda en cualquier sabana, el león más terrorífico y amenazante que he visto en mi vida y se acerca, y me enseña sus colmillos que desgarran la carne con la facilidad de una aguja atravesar la piel, "yo solo quiero que me devuelvas lo más importante que me has robado en la cocina, quiero evitar todo tipo de enfrentamiento" le digo tembloroso, paralizado por el miedo, pero el hombre alto que ahora es un león de la sabana, de un salto se lanza a mi yugular, y yo con mis manos trato de separarlo, tiene la mandíbula tan abierta que puedo ver sus entrañas

enrojecidas por la cólera, y noto como sus dientes desgarran mi carne, pero sorprendentemente no siento dolor, y con mis brazos inexplicablemente reconstruidos e intactos abro su enorme boca africana, y la abertura es tan amplia que ésta se desgaja de su cuerpo, y un montón de vísceras, y líquidos salen disparados al espacio exterior, y todo es uno, carne y sangre. La carne y la sangre del último felino.

Y despierto, ya es hora de trabajar.

El Hijo se acerca a mí, y me dice, una vez servido los cruasanes, el café con leche y las gotas de orujo.

-qué, amigo, ha encontrado el amor.

El Hijo quería bromear, solo bromear, nada más, el humor con algunas gotas casi imperceptibles de burla o mofa siempre es positivo, y más si es por la mañana cuando todavía los sentidos están estirando los brazos, pero yo no estaba para ningún tipo de humores, mi aspecto así lo indicaba: mis ojeras ennegrecidas por las noches de insomnio de mi pasado más reciente, mi piel demasiado pálida alérgica a los rayos de sol, mis encías y dientes con migas del cruasanes que eran lanzadas al vacío de la mesa del bar. Podría insultarlo con severidad, pero soy extranjero, y ya se sabe que a los extranjeros no se nos permite ser descorteses con los anfitriones, y yo si algo soy, es respetuoso con las tradiciones más incrustadas en el ideario popular, de ahí que decidí simplemente sonreír cínicamente, la sonrisa más falsa, estúpida, hipócrita, sucia que nunca he hecho en mi vida porque pienso que al cinismo pueblerino hay que vencerlo solo con cinismo pueblerino. Y así mis dientes amarillentos casi salen expulsados, mis labios

llevados por los músculos de la risa casi alcanzan las primeras ondulaciones de las orejas, mis pómulos se estiran hasta alcanzar la cima del mundo, y no puedo más que pedirle que la opción del orujo sea doble, a lo que El Hijo aceptó encantado.

En la posada hoy se encontraba el hombre que parece extranjero sin serlo hablando de política con el hombre rechoncho. Un policía municipal que suele vigilar la plaza tomándose un café, callado y circunspecto. El Padre que acaba de levantarse y tiene los ojos todavía legañosos. Una mujer que nunca había visto y que me parece hermosa a pesar de su edad. Un perro que intenta entrar, pero que instintivamente no lo hace. Unos niños que piden unas rosquillas al Hijo y después se marchan veloces como si el mundo se les acabase en ese preciso instante. Un hombre de mono azul que ha parado con su tractor aparcado a la puerta, habla con el policía, le dice si puede aparcar el tractor unos minutos solo para tomar un café, el policía no quiere discusiones a primera hora de la mañana y acepta, pero solo por hoy.

El policía se cree poderoso, y solo siendo magnánimo sabe que es poderoso.

Me siento al lado de Driss que tiene su ejemplar del Corán. El rumano mira por la ventanilla del microbús La Gran Plaza central, después el microbús coge la carretera que lleva a La Capital, esta es una carretera bien asfaltada de dos carriles, uno de ida y otro de venida, con algunos agricultores que van en a pie o con sus tractores, y ves estos tractores, inmensas moles de grandes ruedas, de lento y pesado caminar que llevan sus aparejos incrustados y preparados para herir la tierra rojiza, pero, ¡si esta tierra está muerta!, nada se puede cultivar, solo la vid se resiste, y solo la vid da la vida, y solo la vid nos recompensa. Ahora estamos en La Bodega. Kilómetro

dos trescientos. Y el microbús se para. Y todos bajamos. Y nos acercamos a la entrada. Y fichamos. Apenas nos decimos una palabra, ni siquiera entre los componentes de un mismo clan, si exceptuamos los islámicos con sus primeras genuflexiones en la tierra.

Mientras voy entrando por la puerta reservada para los hombres de los monos, siento como la Gran Bodega aumenta de tamaño y te asfixia, y observas el segundo piso con sus luces aún encendidas, con hombres y mujeres escondidos tras las siluetas traslúcidas, y esas sombras se mueven de un lado para otro buscando algo que se les escapa de las manos, y me hago preguntas hacia estos hombres del segundo piso: ¿trabajarán tanto que hasta se olvidan de su hogar?, ¿sabrán diferenciar la noche del día? ¿estarán aprisionados, condenados a no salir por toda la eternidad y no lo saben? ¿ganarán tanto dinero como dicen, o simplemente presumen ante los hombres simples del piso de abajo para que no se den cuenta de sus miserias? ¿es posible que no nos relacionemos porque tratarán de advertirnos de que si traspasamos el segundo piso nunca saldremos de él, estaremos atrapados, y no recordaremos a nuestros amigos, ni a nuestra familia? Todas son conjeturas en la mente de un hombre matinal.

¡Suenan la sirena, todos a trabajar!

Describiré como sería mi vida si fuese del segundo piso.

Me levantaría sin soñar, dicen que a los hombres del segundo piso se les prohíbe soñar. Tomaría un café con leche sin gotas de orujo, dicen que a los hombres del segundo piso se les prohíbe beber bebidas alcohólicas. Sería extremadamente educado, a los hombres del segundo piso se les prohíbe el

insulto, el sarcasmo, y ni siquiera la ironía de corte más fino está permitida. Iría bien vestido, es decir, pantalón de pinzas con raya central bien alineada, camisa de algodón bien planchada de colores pastel, corbata con nudo inglés, y americana, de corte sobrio y aire distinguido y ropa interior blanca y bien limpia. A los hombres del segundo piso se les prohíbe llevar ropa extravagante o de colores demasiado chillones que insulten a la vista. Una vez tomado el desayuno me dirijo a La Bodega en coche. El automóvil no puede ser suntuoso, ya que la suntuosidad está reservada únicamente para los hombres del tercer piso, se exige básicamente automóviles de cilindrada ni inferior a mil doscientos centímetros cúbicos, ni superior a dos mil centímetros cúbicos, también el precio está delimitado, ya que el automóvil debe oscilar en una horquilla entre los diez mil y los quince mil euros, no deben traspasar nunca de estas limitaciones, si las traspasasen serían sancionados. Una vez en La Bodega los hombres del segundo piso no fichan, simplemente enseñan su carné de hombre del segundo piso a los de seguridad que automáticamente les dejarán entrar saludándoles militarmente. Una vez dentro del recinto, los hombres del segundo piso aparcan sus coches en los sitios reservados para ellos.

Y suben en el ascensor mirando al suelo y al cielo así evitan las miradas de los hombres de los pisos inferiores. A los hombres y mujeres del segundo piso se les prohíbe mirar a los hombres de pisos inferiores (exceptuando a los Gerentes). Si incumplen la norma serían sancionados.

Ya estamos en el segundo piso, hombres y mujeres llevados por la absurda burocracia tras escritorios, con sus ordenadores, y sus papeles ordenados. Los saludaría uno por uno con unos tibios buenos días. Y ellos me

responderían. Los hombres del segundo piso están obligados a responder a las saluciones infringidas, de lo contrario serían sancionados.

Sin novedad reseñable ni que destacar. Por lo tanto mañana tranquila. Suena la sirena ¡todos a comer!

Como con rapidez. No describiré el menú. No interesa. Me lavo los dientes. Y pienso más en Martina que en Helena. Me he dado cuenta de que mi amor por Helena está demasiado idealizado. Y que mi amor por Martina está demasiado carnalizado.

Suena la sirena ¡todos a trabajar!

Una vez ocupado tu escritorio en tu despacho del segundo piso, encendería el ordenador, que me indicaría con sus luces brillantes y colores múltiples las actividades a realizar por el día, esta es una labor muy importante para un hombre del segundo piso, ya que de estas directrices regirá el resto del día. El hombre del segundo piso está obligado a obedecer dichas directrices, si se niega a obedecerlas sería sancionado. Una vez encendido el ordenador y apuntadas las directrices, el hombre del segundo piso debe realizarlas una por una, y hasta que acabe de realizarlas por completo no se trasladará a descansar con su familia a su casa, es decir, el hombre del segundo piso debe terminar todas las tareas expresadas en el ordenador, si abandonase la oficina antes de terminar de realizar las directrices sería sancionado, de ahí que algunos hombres y mujeres paseen sus siluetas en los ventanales traslúcidos, son hombres y mujeres atrapados que no han acabado de realizar sus directrices. ¿Y qué suele hacer un hombre del segundo piso?

Pues supongo que balances. Muchos balances, balances de ventas, balances de compras, balances de resultados, balances y más balances. Y cuando acabas todas las directrices al día siguiente tendrás más, y serán más balances. Si eres responsable de balances como sería mi caso haría siempre balances, y si no quiero hacer más balances necesitaría hablar con mi superior y decirle que no quiero hacer balances, qué me gustaría hacer otra cosa, y el superior, un hombre ya sabio y envejecido tocaría su mentón con sus manos gruesas y pensaría mirando las paredes, teniendo en cuenta las ventajas e inconvenientes del traslado, y dándose cuenta que una permanencia en tu puesto podría dar lugar a problemas de comunicación y resultados, decidirá enviarte a personal, y allí harás nóminas, y seguros sociales, y más nóminas y seguros sociales repetitivamente hasta cansarte. Si te negaras unilateralmente a realizar balances sin tener en cuenta la opinión de tu superior serías sancionado.

En el segundo piso te encontrarás con Los Gerentes, (hay cientos, quizás miles, con guiones dispuestos a ser obedecidos ciegamente) que son los enlaces entre el segundo piso y el tercero, y el primer piso y el segundo. Si eres hombre del primer piso serán los únicos hombres del segundo piso que tendrá contacto directo contigo.

Una vez que has terminado tus directrices, ordenas tu escritorio, apagas tu ordenador, coges tu americana del perchero, le mandas a tu superior por mensajería interna el memorandum donde se indica que has realizado todas las tareas y que por lo tanto estás facultado a abandonar la oficina y que prometes que todo lo dicho es cierto, de lo contrario serías sancionado, ya que a los hombres del segundo piso se les prohíbe mentir. Y te marchas a tu casa, que no es un hostel, ni una mísera pensión compartida, sino una casa,

con jardín, perro, una mujer que dice quererte, y dos preciosos niños que te esperan deseosos de darte un beso en la mejilla y que han llegado cansados del colegio.

¿Por qué ningún hombre y mujer del segundo piso se atreve a desafiar los dogmas ni las normas?

Porque tienen miedo de las sanciones.

¿Y esas sanciones porqué son tan temidas?

Porque las sanciones implican la pérdida del status y serías víctima de escarnio y de juicios sumarios, carecerías de dignidad y respeto y solo el suicidio podría ser la solución.

¿En qué consisten las sanciones?

Serías mandado al primer piso sin posibilidad alguna de retornar a tu antiguo puesto. En el mejor de los casos serías despedido.

Suena la sirena ¡todos a casa!

El día ha sido extremadamente aburrido, donde no ha habido ninguna novedad reseñable.

Me doy un baño. He decidido no cenar, ni jugar a las cartas. Una vez terminado el baño miro el móvil, dos mensajes, la telefónica, me he dado cuenta de que no se han olvidado de mí. Me ofrecen a mitad de precio el

mismo móvil que me ofrecían días atrás. Decido no contestarles, aunque la oferta es interesante. Me acuesto encima de la cama ordenada, miro el techo como en aquella película americana de guerra con la sensación de que como el solitario protagonista de esa película todo se reduce a la inconsciencia más brutal, y observo la cal blanca del techo que se niega a caer llevada por la gravedad, y pienso en que me gustaría no morir, ser el único hombre que vivirá para siempre, ser el hombre inmortal, aunque para ser inmortal necesita no querer a nadie. Decido girar la cabeza, miro a través de la ancha ventana las casas pueblerinas difusas por la iluminación indirecta, parecen oscuras, pero se ven, y se ven las paredes de un color más claro que el contorno, y la plaza que remata en la carretera que comunica con La Capital, y que me lleva a La Bodega. Y de noche la tierra y los campos que se ven muy al fondo no son rojos, ni parecen tan estériles como aparentan, y recuerdo una vez más mi país del noroeste, y no quiero sentir nostalgia, ya que la nostalgia te hace recordar lo doloroso y triste que es el pasado. Y decido encender el televisor. Y me doy cuenta de que al hacer zapping ningún programa habla del eclipse, ni ningún informativo hace reseña de ello, y siento un ligero estremecimiento, ¿y si el eclipse no fuese más que un invento de mi imaginación aburrida y etílica de soledad?, o si realmente el eclipse ha tenido lugar y que al ser tan rápido no me he dado de cuenta que la tierra se oscurecía. Dios, debo dejar de especular, debería practicar sexo y dejarme de estupideces. Esperaré a la madrugada y veré la película porno. Apago el televisor y mientras hago tiempo leyendo a Bukowsky.

Y dejándome llevar por la prosa y la historia de Bukowsky y sin esperararlo no pude evitar masturbarme. Y por primera vez consumé. Y pensaba en Martina, y después en Helena, y cuando terminé no pude evitar pedirle

perdón, como si el hecho de pensar en Helena penetrándola fuese la mayor de las tragedias y yo el mayor asesino de la virginidad intraspasable. En cambio, a Martina no pude evitar invitarla para la posible masturbación de mañana.

Decimosegundo día

Alguien ha hecho una zanja. Es como una herida en la calzada. Tiene unos dos metros de ancho con un metro de profundidad y una longitud infinita. Entre los montones de tierra que se agolpan a cada una de las orillas se alzan evitando caerse en el plano horizontal las cañerías y tubos formando una hilera que se pierde más allá del horizonte que servirán para transportar algo que no puedo decir lo que es porque el sueño no me lo especifica, aunque yo pienso que puede ser la savia que da la vida.

Los tubos o cañerías tienen forma alargada y son huecos por dentro. Pero lo llamativo es el material del que están fabricados. Es madera. Miles de árboles han sido arrancados, descortezados, y con el tronco desnudo alguien los vació por dentro.

Después fueron enviados en grandes camiones donde alguien estaba haciendo una zanja y fueron allí abandonados a su suerte. Yo no puedo explicar ni siquiera donde me encuentro, ni siquiera sé si soy el protagonista, quizás solo sea los ojos, porque yo no me observo en ningún lado, y si en cambio, observo una gran grúa que lleva algo metálico que se balancea al viento. Un hombre sin nariz emite voces enérgicas para dirigir las operaciones.

La grúa tiene ruedas y se acerca al hombre sin nariz que está al borde de la zanja. La pieza es metálica y de carácter cuadriculado. No cuadra con la madera hueca. La pieza es metálica y pesada, y se balancea peligrosamente encima de la cabeza del hombre que sigue dirigiendo la maniobra aún a pesar del peligro para su vida que le puede ocasionar el desprendimiento de la pieza metálica. La argolla también metálica de la grúa está a punto de ceder ya que el peso de la pieza metálica es demasiado exagerado. Nadie conduce la grúa. El hombre le habla a la máquina. Izquierda.

Derecha. Grita a la máquina ¡nadie ha advertido al hombre que esa pieza no es de esa zanja! ¡no se ha dado cuenta de qué esa pieza es cuadrada y metálica, y además maciza y pesada y que no concuerda con ningún material, ni cañería, ni tubo de esa zanja! ¡nadie se ha dado cuenta que si los tubos de madera están huecos hay riesgo de que se colapsen! ¡y por qué nadie me advierte de que esto es un sueño y en los sueños no intervienen el sentido común!

Debería avisar al hombre sin nariz, advertirle del peligro en el que se encuentra con la argolla metálica de la grúa a punto de ceder, pero algo invisible me paraliza, debería moverme ser una persona activa y enérgica, pero realmente no sé cual es mi misión en este sueño, y ni siquiera sé si realmente estoy soñando, supongo que mis ojos se estarán moviendo nerviosos tras mis párpados llevados por la fase REM.

Finalmente la argolla de la grúa cede. La pieza metálica, maciza y cuadriculada roza la cabeza del hombre sin nariz que ha salvado su vida, pero que sangra abundantemente por la cabeza.

La pieza metálica y cuadriculada cae encima de las cañerías de madera, algunos trozos de madera son astillas debido a la violencia del impacto. Y la tierra se ha levantado ligeramente.

Siento como el tiempo pasa. Lo noto porque el hombre sin nariz y sangrante ya no está.

La grúa con ruedas con el conductor fantasma ha desaparecido. Y la tierra está cubierta por una hierba siempre verde. La zanja sigue abierta. La hilera de cañerías de madera están en las misma orilla encima de montones verdosos. Y de entre todas las cañerías de madera destaca una pieza metálica, maciza y asombrosamente cuadriculada que no cuadra con nada de lo que está alrededor. Alguien ha intentado moverla, se ven los surcos en la tierra verdosa, quizás para robarla, pero es demasiado pesada, y además tiene unos restos de sangre en una de sus esquinas, lo que provoca que los ladrones que vienen del pasado piensen en la muerte.

Me he despertado cansado, me pesan los ojos. Y por encima el cielo está gris.

Hoy desayuno con La Madre por primera vez llevando las riendas. O creo yo que es la primera vez. Es posible que me equivoque. Me tomo un café con leche con unos sobaos pasiegos. A La Madre no le pido gotas de orujo, no quiero que me observe beber. Me recuerda que me recogerá la ropa sucia. Yo le digo que espere a mañana que ahora no es buen momento ya que tengo la habitación desordenada. Ella acepta, pero no de buen agrado. Se marcha. Y me doy cuenta de que La Madre se parece a mi madre, aunque yo creo que La Madre se parece a todas las madres del mundo, con su

sabiduría, sus arrugas por todo el cuerpo, y su caminar cansino y desesperado.

Esto mismo decía en una novela anterior, creo que me estoy repitiendo como los viejos seniles en residencias decadentes de extrarradio.

Hoy me fijo en un hombre nuevo y que me resulta fácil de analizar. Este hombre habla mucho, demasiado, habla de todo, empezó hablando del tiempo, después de la tractorada que se tiene preparada, después hablo de lo bien que se conserva La Madre, pero creo que lo dijo más bien por halago que por realidad, de lo que deduzco que El Hablador es un hipócrita. El rechoncho lo escucha, La Madre lo escucha, El que tiene aspecto de extranjero sin serlo lo escucha, pero todos se cansan rápido de la misma retahíla de palabras dichas sin respirar y una velocidad próxima a la de la luz.

Yo también lo escucho, más que nada como experimento sociológico, ya que en un lugar donde la parquedad de expresiones y sobriedad en los afectos forma parte de la idiosincrasia más elemental, escuchar a alguien que desafíe la norma imperante resulta esperanzador. Me levanto de la silla. Y he acabado de desayunar. Pago. Y El Hablador se calla. De repente toda su retahíla estúpida de devorador de palabras ha desaparecido, bebe su café, soy extranjero, y por lo tanto invisible. Miro al hombre que habla y que ahora calla, le digo buenos días, y el hombre me contesta con los mismos míseros buenos días. ¡Qué pasa, se le ha acabado el apetito! Me gustaría hablarle del eclipse de sol que se avecina, pero sus silencios forzados no me lo permiten.

Fracasado en mi intento, intento marcharme con viento fresco a la mayor velocidad posible.

Escucho desde la parada del autobús como El Hablador habla de política sin parar, y de como los demás tratan de escucharlo.

Hoy describiré a los lugareños. Antes describí los diferentes clanes, etnias, lenguas y grupos que se distinguían perfectamente los unos de los otros, pero que tenían una fuerte cohesión interna provocada por las afinidades en terreno enemigo. Grupos con diferentes líderes, e intereses y anhelos comunes. No se relacionaban entre ellos y se respetaban fría y desde la lejanía. Sin embargo con los lugareños todas estas premisas cambian. Y si antes hablábamos de colectividades, ahora deberíamos hablar de individualidades conjuntas. Individuos que se agrupan manteniendo intacta su independencia.

Primeramente no describiré a los lugareños uno a uno, ya que al poseer completa independencia no dejan vislumbrar sus debilidades, ni sus fortalezas, ni sus dudas, ni sus estrategias, y son completamente planos para mí. Por encima los lugareños carecen de un líder reconocido, ya que como dije antes son individuos que se agrupan en una zona y desaparecen para no encontrarse jamás. Paradójicamente, los lugareños, a pesar de su clara afinidad con el ambiente, son los menos integrados en él. Por lo tanto y haciendo un resumen rápido, describiré a los lugareños no como unidades sino como una masa grupal.

Primeramente, los lugareños no van en autobús como los demás clanes, gracias a la cercanía de sus domicilios van en sus propios automóviles,

automóviles no demasiados suntuosos para no ser confundidos con los hombres del tercer piso, ya que a pesar de no ser sancionados en caso de ser descubiertos, los lugareños son muy respetuosos con los dogmas sociales.

Generalmente los hombres y mujeres lugareños se cambian en los vestuarios antes que los demás clanes, de ahí que cuando lleguemos a los vestuarios los hombres y mujeres lugareños ya estén preparados en su lugar de trabajo a escuchar la sirena que de inicio a las actividades. Otro cambio importante es su lugar de trabajo, los lugareños tienen las mejores posiciones en los viñedos, aquellas en los que da el sol de manera más insistente y reiterativa, ya que los lugareños, por el hecho de ser lugareños deben de poseer ciertos privilegios que no se nos permiten a los extranjeros.

Suena la sirena ¡todos a trabajar!

Los lugareños trabajan de manera constante y silenciosa. Es el único grupo que no solo no se relaciona con los demás grupos, sino que incluso no se relacionan entre ellos mismos, ya que el ser lugareños no quiere decir que sean de la misma región, pueblo o ciudad. Unos provienen de La Capital, otros provienen de la segunda ciudad en importancia de la región separada de La Capital unos cincuenta kilómetros, otros provienen de pueblos adyacentes a ambas ciudades, pueblos generalmente carentes como El Pueblo de suficiente población joven, y que éstos obligados por las circunstancias son obligados a marcharse a otros pueblos de bodegas más famosas, se puede decir por lo tanto que los lugareños no dejan de ser emigrantes del mismo país, pero emigrantes al fin y al cabo.

Apenas ha habido novedad. Solamente un pequeño corte en mi dedo meñique de la mano derecha que paró de sangrar en cuanto mi saliva entró en contacto con la piel agujereada.

Suena la sirena ¡todos a comer!

La gran mayoría de los lugareños se van en sus automóviles a comer a sus domicilios cercanos. Solo unos pocos, generalmente habitantes de los pueblos más alejados se quedan en el comedor. Y carecen de disciplina a la hora de la comida, algunos esperan a que los musulmanes terminen sus rezos, otros llegan antes que nadie y otros son intermedios y llegan cuando ya están comiendo los esclavos, o los africanos.

Los lugareños suelen sentarse en una mesa aparte y separada de la mesa de los extranjeros, siendo éste otro privilegio dispensado a los lugareños lo que afianza y confirma su separación del resto.

Y los lugareños, comen lentamente, ciertamente de manera parecida a los musulmanes, aunque carecen del respeto y la solemnidad de éstos. A veces piden comidas diferentes al menú que nos sirven a los demás (con previo aviso), y los cocineros aceptan, ya que los cocineros son tan extranjeros como nosotros y les deben respeto a los lugareños, ya que éstos, han cedido su posible puesto de trabajo en la cocina que por razones de nacionalidad le corresponderían a sus hijos, y por lo tanto les deben estar eternamente agradecidos.

Y los lugareños hoy son los últimos en abandonar el comedor, curiosamente hoy parecen tener cierta disciplina y abandonan el comedor al unísono. Algunos fuman, otros miran el horizonte del viñedo intentando encontrar el final de todo y solo encuentran pájaros en las montañas. Apenas entablan conversación entre ellos, solo algunas palabras llevadas por la rutina, dichas para calmar las incomodidades de los silencios prolongados y las miradas intensas.

A partir de ahora no describiré nunca más el menú porque resulta totalmente intrascendente.

Suena la sirena, ¡todos a trabajar!

Y como en la sesión matinal, los lugareños que han ido a comer a sus domicilios son los primeros en llegar, y están esperando, mirando el cielo, y el sonido agudo de la sirena, con los brazos cruzados y las tijeras de vendimia en ristre.

Y los lugareños no hablan, no se comunican. Trabajan concienzudamente. Eligen cuidadosamente cada uva que pasa por sus manos. Son los más especializados, los más capaces, su respeto hacia la naturaleza no es un respeto basado en los dogmas, ni en la poesía sino que se trata de un respeto tecnificado. Frío y tecnificado del hombre occidental.

Sus pequeñas bocas se niegan a expresarse, yo por ello no soy capaz de describirlos uno a uno, no soy capaz de traspasar ese muro que han creado a su alrededor, resultan enigmáticos. En ese sentido me recuerdan al rumano cuando observa tras el cristal. Sus caras no reflejan el cansancio de

Leopold al subir los cestones al tractor, ni la lascivia que trasmite el rostro de Dimitri al observar las líneas turgentes de Martina, ni la envidia soterrada y secreta de Sergei, ni la determinación y cabezonería de Mijail, ni los posibles complejos físicos de Helena al no sentirse observada de la misma manera que Martina, ni el rostro con huellas de lágrimas de Maria totalmente inundada de nostalgia, ni la fe ciega en Dios que tiene Driss, ni el optimismo ciego, africano y estepario de Alphonse, ni el escepticismo europeo de Pierre. Las caras de los lugareños son secretas. Sus movimientos son llevados por la rutina. Son entes inteligentes listos para vendimiar. No se relacionan, no intercambian, su tierra no es su tierra, son extranjeros de sí mismos, por ello yo no puedo describirlos uno a uno, ni darles nombres ficticios, y a pesar de qué hablan mi mismo idioma, y yo entendería sus palabras, hay demasiados precipicios que nos impedirían llegar.

Miento, sus caras si transmiten algo, una desconfianza hacia lo extraño, es como si nos echasen la culpa de algo, y esta culpa flotase en el aire impregnándolo todo de silencio.

Suena la sirena ¡todos a casa!, ha pasado un día más sin novedad.

Los lugareños no sonríen. No se dan la mano por la espalda. No intercambian bromas, ni palabras optimistas. Simplemente se cambian después que nosotros, encienden sus automóviles y se marchan.

Hoy no he tenido pensamientos de índole sexual. Hoy no me apetece mucho escribir. Hoy no tengo ganas de beber. Hoy no tengo ganas de pensar en el eclipse. Hoy no tengo ganas de cenar. Hoy no tengo ganas de ver la luna.

Hoy no tengo ganas de hacer la cama. Hoy no tengo ganas de ordenar la ropa sucia. Pero, aunque no tengo ganas de ordenar mi ropa sucia, la ordeno, la meto en una bolsa color gris bruma y le pego con papel-cola con mi nombre escrito a bolígrafo. Extranjero, habitación 5. Hoy no tengo ganas de pensar en ofertas comerciales que me ofrece insistentemente la telefónica, aunque se lo merezcan. Hoy no tengo ganas de encender el televisor. Hoy no tengo ganas de ducharme. Hoy no tengo ganas de oler a jabón. Hoy no tengo ganas de decir la verdad.

Decimotercer día

He dormido profundamente. No he tenido ningún tipo de sueños. Y me imagino roncando, haciendo que las paredes se muevan, que los ladrillos del tejado cedan ante el impulso de mis respiraciones, que los cuadros que muestran a hombres y mujeres en blanco y negro del pasado se caigan y se rompan en mil pedazos, que las hojas de los árboles que apenas vislumbro, se caigan al suelo y sean devoradas por las mismas raíces que las impulsaron en una especie de canibalismo circular, que las mesas del hostel sean abiertas por la mitad de sus superficies barnizadas y agujereadas por navajas en noches de lluvia y enamoramiento, que los hombres que juegan llevados por la rutina de los años tapen sus oídos porque no soportan los aullidos del extranjero, y que por culpa de dichos aullidos no se entiendan entre ellos teniendo que alzar tanto la voz que sus cuerdas vocales salgan desprendidas de sus gargantas y estampadas contra las mismas paredes temblorosas, que las últimas vides dejen escapar las uvas negras hacia la misma tierra roja, y que esa misma tierra roja se eleve porque mis respiraciones son más fuertes que el peor de los terremotos, y esa tierra roja llegará hasta el cielo que lo teñirá de sangre, y los jóvenes tendrán una excusa más para marcharse bien lejos de este lugar y que ningún viejo, ni padre, ni madre podrá rebatir, y llegarán asustados a sus pueblos de acogida, pueblos lejanos de sobrias y poco histriónicas maneras, que los considerarán extranjeros y cuando hablen de las razones por las cuales

huyeron despavoridos de sus pueblos de origen con el rostro colmado de temor, ellos dirán que el aire que respiraban se había vuelto irrespirable.

Me imagino a mi mismo roncando, hablando en sueños, diciendo la palabra perdón, repitiéndola hasta que mi cuerpo se estremezca, o que alguien me expulse con un movimiento de su mano ajena. Me imagino fuera de mi cuerpo, solo así me juzgaría, y llegaría a la conclusión de que el hombre que allí yace acostado, con las mantas sobrepasándoles la cabeza, con sus manos agarrando el picaporte de la mesilla de noche como si fuese la única manera de aferrarse al mundo real por si intenta escapar del mundo de los sueños, -un mundo desconocido y temible-, ese sujeto cuyos ojos están completamente inmóviles, el hombre que se denomina a sí mismo extranjero, aquel que trata explicar el mundo con sus pesadillas de traumas infantiles, aquél que ha huido de un pasado de hombre orgulloso y cruel, aquél que quiere renegar de ese mismo hombre, y que niega constantemente, incluso más de tres veces si me lo hacen asegurar, ese mismo hombre que llora sin emitir lágrimas, pues, yo diría que ese hombre si lo juzgase diría que solo busca una cosa para calmar sus actos, que el eclipse sea rápido, indoloro, por eso digo que ese hombre solo quiere que el cielo se oscurezca al mediodía, porque así todo le valdría la pena, y el eclipse haría que empezase de cero, y la culpa sería definitivamente borrada de la faz de la tierra maldita.

Me despierto. He dormido profundamente. Enciendo el televisor. Hablan del eclipse. Dicen que todos debemos estar preparados. Y que hay que huir de los malos augurios medievales, que no caben en un mundo globalizado. Dicen que las ventas de gafas preparadas para el eclipse han aumentado un doscientos por ciento. Y entrevistan a hombres y mujeres que salen de las

ópticas con sus gafas en las manos. Y esos hombres y mujeres dicen que es una oportunidad única, que el próximo eclipse de sol tendrá lugar dentro de doscientos años, y yo pienso, ¡pobres diablos, no piensan en la Inmortalidad!, y entrevistan a una mujer, y ésta dice que el eclipse debería ser una excusa para hacernos pensar en la insignificancia del hombre ante la majestuosidad de la madre naturaleza, y yo pienso que esa mujer tiene la boca carnosa y roja, demasiado roja y que seguramente está enamorada a ratos.

Decido apagar el televisor. Ordeno mi ropa. Y la meto en la bolsa gris. Y pongo mi nombre en papel adhesivo. Y la bolsa ahora se halla en mi cama desordenada. No me apetece ordenarla. Quiero que sepa La Madre que necesito que me la ordene ella, que a pesar de ser extranjero requiero también de mucha atención y cuidados, y que no puedo hacer muchas cosas llevado por la rancia soledad.

Y me atiende El Padre, y mientras me sirve las gotas de orujo me habla de una casa de señoritas de la Capital cuya discreción es solo comparable con la calidad de su servicio, o sea que es superior. El Padre mientras habla sonrío, y muestra un hilillo de babas que sale por su boca, y solo puedo sentir cierta repugnancia en el fondo, aunque en la forma muestre un hipócrita movimiento en mis labios de cierta aceptación. Y esta repugnancia de fondo está motivada no por el hecho de la recomendación (al fin y al cabo yo fui el que solicito dichos servicios), sino por el hecho de que sea El Padre el que me lo haga saber, ya que yo se lo pregunté al Hijo, un sujeto joven, propenso a las inestabilidades emocionales, y a una irregularidad en sus relaciones con el sexo opuesto, y no Al Padre, una persona que ya tiene la edad propicia para pensar en la muerte y en la fidelidad, y no puedo

evitar sentir una mayor repugnancia al pensar en ese hombre encima de esa mujer ajena, haciendo el acto probado del adulterio, y en La Madre lavándome la ropa mientras, consintiendo, resignándose a una suerte de ignorancia autoinfringida provocada por las cadenas de las convenciones sociales y los ideales religiosos transmitidos y respetados, cuyo único interés buscado es la entrada en el reino de los cielos.

Apenas desayuno. El café huele a sexo clandestino. Las magdalenas rancias a pezones estirados por bocas babosas. Las gotas de orujo a semen de club de carretera expulsado por el váter. El Padre huele a madera podrida. Estoy deseando marcharme. Irme de este lugar putrefacto y encarnado. Soy un poso de contradicciones, y necesito sentir la brisa húmeda de mi país del noroeste. Sentir esa humedad que te cala los huesos. Ver a las mujeres de rostros redondos y pómulos sonrosados que pueblan la piedra, sentir de nuevo las leyendas sobre el mar, del mar más salvaje que nadie se puede imaginar, con sus grandes olas de espuma blanca y saludable, que mueren irremisiblemente en las rocas.

No me apetece pensar. Y solo me consuela el hecho de que cada vez queda menos para mi marcha definitiva de este lugar y que en unos días volveré a sentirme vivo.

Suena la sirena. ¡Todos a trabajar!

Hoy describiré como sería mi vida si perteneciese a la élite del tercer piso. Me levantaría dándole un beso a la mujer más bella del mundo. Tendría los pechos más llenos. Las arrugas más silenciadas. Los ojos más claros. Las piernas más estiradas. La boca más redonda. Ella me respondería

expulsándome su mejor sonrisa, aquella más blanca. Me querría. Y me querría porque ella ama a los hombres del tercer piso, ama el poder que estos hombres representan y que a ella tanto excita. Desayunaría los mejores manjares servidos por hombres que aman ser esclavos. Hombres que se niegan a mirarme directamente a los ojos temerosos de que tuviese las mismas inclinaciones y debilidades humanas que ellos. Después iría en mi gran coche. Un coche suntuoso, de gran cilindrada. Alguien lo conduciría por mí. A los hombres del tercer piso se les permite todo, pero al mismo tiempo ellos mismos no pueden hacer nada, ya hay otros que hacen el trabajo por ellos, de ahí que la única función del hombre del tercer piso sea la RÚBRICA. Y eso es lo que hacen al llegar a La Bodega. Y los hombres del tercer piso son discretos como personas. Y deben ser discretos al adentrarse en la puerta de los ascensores.

Sus pasos no deben ser oídos en ninguna de las circunstancias. Su respiración debe ser secreta. Muchos de nosotros los vendimiadores del primer piso nunca hemos visto a nadie del tercer piso y posiblemente jamás los veremos.

Incluso los hombres del segundo piso no se atreven a afirmar su existencia ante nosotros, los simples hombres del primer piso, ya que los hombres del segundo piso serían sancionados inmediatamente y con severidad, pero sabemos que estos hombres elitistas existen ya que los coches que llevan son todo menos discretos, y observas sus nombres apuntados en el pavimento, y los hombres del tercer piso tienen nombres largos y rimbombantes, heredados de otros hombres que fueron élite, y aunque el cargo de hombre del tercer piso en la forma no se hereda por el simple acto del nacimiento, si por vocación y preparación, así muchos hijos de padres

del tercer piso siguen la tradición de sus padres, y estudian en los mismos colegios mayores, y en las mismas universidades privadas, y llevan las mismas vidas, una generación tras otra, y tienen mismas bellas mujeres que los eligen fríamente porque el halo de poder que transmiten sus cabezas les excita enormemente, y los hijos ya tienen SU MISIÓN y los nombres de esos hijos son iguales que los de sus progenitores, que a su vez tienen el mismo nombre que el de sus ascendientes.

Suena la sirena ¡todos a comer!

Los hombres del tercer piso una vez que llegan a su despacho, –por lo general despachos tan grandes como las casas de los hombres del segundo piso–, se sientan y miran los papeles que tienen encima de la mesa, papeles dispuestos a ser firmados uno por uno. Y su misión ya está dispuesta. La rúbrica es la esencia de su vida. Por la rúbrica son ambiciosos. Por la rúbrica sus hijos estudian lo mismo que sus padres. Por la rúbrica se les permite todo, incluso negar ser hombres. Por la rúbrica son considerados especiales. Por la rúbrica tienen que ser discretos. Por la rúbrica poseen riquezas y automóviles suntuosos. Por la rúbrica comen los manjares más exquisitos y raros. Por la rúbrica viajan y conocen países para relacionarse con personas del tercer piso con diferentes pautas culturales. Por la rúbrica viven ociosos y separados de los demás estamentos. Por la rúbrica morirán en grandes panteones de piedra con sus nombres grabados en oro.

Suena la sirena ¡todos a trabajar!

Y los hombres del tercer piso se marchan de la misma manera en la que vinieron. Discretamente. Sus ascensores suben y bajan como fantasmas sin

cadenas. Y sus automóviles suntuosos se marchan silenciosos, sin que nadie más se percate, es como si sus motores estuviesen muertos.

-¿y dónde acaban los papeles rubricados?

Un enlace del segundo piso debe recogerlos lo más prontamente posible y entregarlos con suma prestancia al departamento o oficina de Administración, sito también en el segundo piso. Dicho enlace solo puede aparecer a última hora, cuando ya no hay nadie en el tercer piso, ya que a los hombres del segundo piso se le prohíbe, -a no ser que solicite un permiso especial y solamente los gerentes con guiones de papel preestablecidos y pactados-, entablar contacto con nadie del tercer piso. Una vez que se hayan asegurado de que no hay nadie, -solo hay una única manera de saberlo, y es comprobando desde la gran explanada que no haya ninguna luz encendida en el tercer piso-, el enlace subirá por el ascensor. Verá el gran pasillo que comunica los diferentes despachos y uno por uno irá recogiendo los diferentes papeles rubricados originales quedándose el hombre del tercer piso la correspondiente copia que permanecerá inerte encima de la mesa del escritorio del despacho dispuesta a ser archivada por la mañana.

Los diferentes papeles rubricados están encima de los diferentes escritorios en carpetas de fluorescentes colores con su denominación en las tapas.

-¿y qué ocurriría si el enlace no encuentra todos los papeles rubricados?

si el enlace no encuentra todos los papeles rubricados, debe separar el original no rubricado de los demás papeles y copias de encima de la mesa,

dejándolo bien a la vista, para ser observado por el hombre del tercer piso para su posterior rúbrica. En enlace no debe llevar nunca un papel no rubricado.

-¿y qué ocurriría si un enlace lleva por error un papel no rubricado?

pues que automáticamente en enlace del segundo piso sería sancionado con la pérdida de su puesto de trabajo y su sustitución por otro hombre capaz.

-¿y los hombres del tercer piso carecen de culpa o remordimiento?

los hombres del tercer piso nunca tienen la culpa, ni se equivocan y por lo tanto nunca, repito, nunca deben ser sancionados.

-¿qué ocurre con la materia no rubricada?

que nunca se llevaría a cabo y permanecería paralizada hasta que la rúbrica fuese ejecutada.

-¿podría pararse la distribución, y el funcionamiento de la empresa?

correcto. Si la materia no se rubrica, la materia no rubricada se paraliza llevando a la empresa al caos.

Suena la sirena. ¡Todos a casa!

La Madre me espera en el pasillo que comunica las diferentes puertas del piso, puertas que son habitaciones, habitaciones con historias de hombres. Está en la puerta. No se atreve a entrar.

-¿desea algo?, le digo, todavía sin entrar en mi habitación, con las llaves en mis manos dispuestas a abrir la puerta.

-mire, tengo que hablarle. Me dice La Madre. La noto nerviosa. No lleva nada en las manos, tengo miedo de que mi ropa sucia se haya perdido en el limbo de la ropa sucia.

-dígame, le escucho. Aunque prefiero que entre. Aquí me siento un poco raro.

Abro la puerta. Noto cierto temblor en mis manos. No sé que temor puedo tener. Entramos. Yo primero, haciendo las veces de anfitrión. Después ella. Intento cerrar la puerta. Ella obstaculiza la puerta con sus manos.

-mejor, que permanezca abierta, no quiero que los demás huéspedes piensen cosas raras.

-está bien..., -le digo sorprendido. Nunca se me ocurriría hacer nada con La Madre. Si lo hiciese sería como hacerlo con la mía. Una aberración, una locura, un tabú insalvable que me llevaría irremisiblemente al suicidio a posteriori y el arrancamiento de ojos a priori -.

-mire, me han llegado quejas de usted.

-de mí, pero qué he hecho. No podía pensar. La duda es maligna. ¿quién se atrevería a quejarse de mí?, curiosamente desde que estoy aquí en este hostel no he visto a otros huéspedes, unas veces tengo la sensación de ser el único huésped y tanto La Madre como El Padre me hablan de otros huéspedes con la única intención de ensalzar su vanidad, y no como una manera objetiva de ver las cosas. En otras pienso que en este hostel solo hay fantasmas. Fantasmas que llevan las cadenas de la culpa y el remordimiento a cuestas, atormentados que intentan buscar descanso en cualquier parada y fonda.

Y ahora me entero de que uno de esos fantasmas tiene queja de mí, no entiendo nada.

-mire, me han dicho que anoche había unos fuertes ronquidos que no dejaban dormir a nadie, ni en este piso, ni en el superior ni inferior, y estos ronquidos venían de su habitación. Le ruego que por favor, evite por todos los medios seguir emitiendo esos ronquidos, ya que molestan, y aquí hay gente que madruga como usted y que necesita dormir.

Y si la vergüenza fuese un picor insistente, ahora mismo me estaría rascando sin cesar como un perro a un árbol. Y La Madre me miraba, como una madre mira a un hijo que no ha hecho las cosas bien. Y no pude más que pedirle disculpas diciéndole y prometiéndole que trataría de controlar dichos ronquidos, aunque ya se sabe que controlar el sueño es como poner puertas al cielo. Se marchó, y cerré finalmente la puerta. Y notaba algo extraño en la habitación. Y aunque formalmente todo permanecía en la misma posición con referencia a la última vez que me marché, la misma austeridad y sobriedad. Con la misma mesilla de noche, el mismo armario cerrado, el mismo baño

con las mismas toallas y el mismo jabón, algo había cambiado. Y no pude evitar observar como encima de la cama, las mantas, las sábanas y las fundas de la almohada estaban limpias, completamente ordenadas y preparadas para el sueño.

Decimocuarto día

Hoy tampoco he soñado. Tengo la sensación de que el eclipse ha asesinado mi mundo onírico de una manera nocturna. Enciendo la luz eléctrica. Me levanto, me rasco los genitales, permanezco inmóvil intentando que nada sea real, me muevo evitando dormirme como los flamencos, es decir dormirme de pie con un ojo alerta.

Bostezo. Abro la ventana. Cielo gris que se refleja en la tierra roja. Tractores. Jubilados con bastones de madera de boj paseando lentamente. Mujeres viejas y pasadas con pañuelos oscuros de luto en la cabeza. Perros sin amo que pasan indiferentes sin árbol al que arrimarse. Ovejas de lana mullida que balan al viento.

Pequeños mundos ennegrecidos perfectamente redondeados salpican el pavimento. Son excrementos. Abandono la ventana. Me visto con ropas limpias. Me incorporo al mundo. Intento entenderlo todo. Un amigo me dice vía sms porque no contesto. Me pregunta si me ha pasado algo. Y yo le contesto que mis sueños han sido asesinados, que carecer de sueños es como carecer de pies que impiden que te caigas, y yo ahora estoy a punto de perder el equilibrio, que la culpa es del maldito y liberador eclipse, que a los hombres que carecen de sueños habría que aislarlos en islas perdidas en la profundidad del océano para no contagiar su mal al resto de los hombres,

en una especie de cuarentena, donde la huida al resto del mundo estuviese castigada con severidad.

Finalmente le contesto a la compañía telefónica mediante un mensaje de texto que por ahora no me interesa el terminal que me ofrecen, que llamen más adelante, ahora estoy muy ocupado, que el trabajo es duro y exige toda mi atención y que me encuentro muy bien de salud, que no se preocupasen que muy pronto estaré de vuelta y en condiciones de cambiar de vida, de hombre, y de terminal.

Tock, tock. Alguien está tras la puerta.

-¿quién es? digo todavía con mis dedos en las pequeñas teclas del teléfono móvil.

Una mujer dice su nombre y reconozco a La Madre que seguramente viene a traerme la ropa limpia de la tintorería. Abro la puerta. Veo sus ojos cansados, los huecos entre los dientes, su bigote alrededor de la parte superior de los labios, su pelo estropeado y rígido.

-le vengo a traer su ropa limpia. ¿ha dormido bien?

-se ha quejado alguien por mí. Digo mientras hago mía la ropa limpia.

-que yo sepa, no.

-pues gracias por su información. Eso quiere decir que no he roncado en absoluto.

Y ella parece alegrarse por la ausencia de ruidos que enturbien la paz de las diferentes tumbas.

-si necesita algo, por favor no dude en pedírmelo. Dice ella.

Y me quedo pensando. Podría decirle que carezco de sueños, quizá ella podría ayudar a recuperarlos. Las madres siempre recuperan las cosas que pierden sus hijos, les atormentan sus lloros constantes seguidos por pataletas infantiles, de ahí que buscan en los sitios más recónditos, debajo de las camas más polvorientas, las cavernas más oscuras, y hasta que encuentran aquello que hace que sus hijos no sean felices no pararán.

Pero, yo sé que La Madre me descubrirá. Sabrá que la culpa de que mis sueños hayan desaparecido la tiene el eclipse, y no una pérdida fortuita, y sabedora de eso buscaría, porque su instinto de madre le prohíbe no seguir buscando, pero una vez que se cansase de buscar me diría si sé la razón por la que carezco de sueños. Y yo le diría que no la sé. Y La Madre me miraría a los ojos y me preguntaría medio enojada que por qué la miento, que a las madres está mal mentirles. Y yo le diría que tenía miedo de decirle que mis sueños desaparecieron por culpa del eclipse, que me perdonase, que me abrazase, que por favor no me lleve a una isla desierta donde llevan a los hombres que no sueñan.

Le digo que no necesito nada, que ya la avisaría si necesitase algo. Cierro la puerta y ceso en mis cavilaciones mirando por la ventana.

Desayuno con fuerza. Hoy tengo ganas de salir de este pueblo. Me atiende El Hijo.

-Me gustaría ir a La Capital, ¿hay alguna forma de llegar cercana y sin perderse?

Y El Hijo me mira con ojos líquidos.

-tienes un autobús que sale cada hora hacia La Capital. La parada es en la carretera, en una marquesina de color verde, a unos pocos metros de las afueras del pueblo, no tiene pérdida.

-¿y si tengo que volver de noche hay alguna manera de volver?

-de noche no hay autobuses que le lleven al Pueblo, necesitaría ir en taxi, y los taxis en La Capital son caros.

-¿hasta que hora salen los autobuses del pueblo?

-tienes hasta las nueve y media de la noche. El próximo autobús saldría de La Capital a las siete de la mañana.

Y una vez dicho esto seguí desayunando.

Suena la sirena ¡todos a trabajar!

Hoy describiré mis diferentes estados de ánimo desde que he salido de mi país del noroeste.

Al principio sentía temor. Era la primera vez que salía de mi tierra, era la primera vez que abandonaba mi mar azul, era la primera vez que no vería el verdor de los campos, era la primera vez que escapaba. No sentía tristeza a pesar de que veía a mi madre desde la ventanilla del tren llorar en el andén de la estación y a mi padre sostenerla por los hombros para evitar que se cayese.

Y mientras me acercaba a mi destino esa sensación de temor aumentaba. Tenía miedo de morir, tenía miedo a no conseguir nada de lo que me había propuesto, tenía miedo a perderme y no encontrar nunca más el camino de vuelta, tenía miedo de olvidar, ese era el peor de los miedos, el miedo a pensar que hasta ese momento mi vida solo era un soplido insignificante que se perdía en el viento de la memoria. Y esa sensación de temor era constante, repetitiva, yo pensaba que no cesaría nunca jamás. Pero esa sensación terrible cambió en Francia.

Y el temor fue sustituido por el agradecimiento. Agradecía a aquella familia que me integrase en su hogar como un hijo más, (es posible que no me tratasen exactamente como a un hijo, pero en aquellos momentos agradecía solo una simple acogida), me sentía como el huérfano que es rescatado

por esa pareja de buenas personas que la vida no ha tratado demasiado bien para darles un hijo natural, pero que agradecen la venida de ese hijo postizo como si fuese suyo. Y un día la sensación de agradecimiento desaparece. Y aparece la nostalgia. Y la nostalgia es mucho peor que el temor.

Suena la sirena ¡todos a comer!

Y la nostalgia aparece en cada árbol sin hojas. En cada campo verde. En cada roble centenario. En cada cielo gris. En cada gota de lluvia que te cala hasta dejarte sin respiración. En cada historia de tormento. En cada montaña erosionada por el viento.

En cada mujer de pómulos sonrosados. Y la nostalgia no desaparece. Nunca desaparece.

Suena la sirena ¡todos a casa!

Pero a la nostalgia se le suman otras sensaciones. Aparece por primera vez la culpa y el remordimiento. Y te das cuenta de que tu huida ha resultado inútil. Y aparece la Soledad. Al principio la soledad te resulta positiva, la crees necesaria y no observas en ella a una enemiga, pero llega un día que la convivencia es insoportable. La miras como a una esposa, alguien dispuesto a pedirte más de cada vez, y te pide, y te pide, y tú estás obligado a dar, y dar, y llegará un momento en que dirás basta, qué necesitas hablar con alguien, sentirte querido, sentirte abrazado. Y hoy, en el décimo cuarto día es ese momento, y pesar de que la soledad suele gritar y moverse compulsivamente para llamar tu atención tú no cederás en tu empeño.

Me visto con mis mejores ropajes. Huelo bien, muy bien (solo puedo tolerar colonia para niños, una colonia con gran contenido en agua y alcohol). El baño ha sido rápido y gratificante.

Salgo del hostel. La Madre me mira. Yo no saludo. El Padre me mira. Yo no existo. El Hijo levanta su brazo como si fuera un seguidor nazi. Yo no

levanto el brazo porque lo tengo tumefacto. Camino carretera abajo hacia la marquesina color verde. Es la primera vez que salgo del Pueblo y vuelvo a sentir temor como la primera vez.

En La Capital me han hablado de un lugar en el que no te sientes solo. Hacía allí me dirijo.

Y me encuentro con Venus. Y Venus, es la mujer más hermosa que he visto nunca. Con sus formas redondeadas, sus pechos enormes como montañas, su cara de manzana. Está prácticamente desnuda. Una pequeña minifalda que apenas deja cubierta su desnudez interior, un top color perla con sus pezones apuntándome. Y me habla con esos labios rojos, y me dice cosas, cosas que no me importan, pero me habla. Y Venus me toca. Y los pelos de mis brazos se erizan ante el roce de su gruesa mano. Y mis mejillas se colorean ante una de sus caricias. Y me dice de ir a un sitio más tranquilo. Venus me lleva esposado hacia el interior de su caverna.

Y su caverna es austera. Siempre pensé que las diosas deberían ser excesivas, cargadas de oropeles y lujos. Pero esta diosa es solo excesiva en la forma circular de su cuerpo. No puedo evitar sentirme un poco decepcionado.

Me sienta en su cama. Yo me dejo hacer. Se desnuda. Yo le digo que me abrace. Ella parece no entender. Y se sienta en la cama a mi lado. Y con sus grandes brazos me rodea. Me siento devorado, embutido en las garras del mundo. Le repito que me abrace, que no sienta piedad. Ahora obedece. Y ella me aprieta. Y me siento feliz. Y me escapo del mundo. Y ahora yo la

abrazo a ella. Y ella se deja abrazar dispuesta a la unión del hombre y de dios.

-te quiero, Helena, te amo Helena.

Y ella no tiene en cuenta mis palabras, ella solo tiene en cuenta lo material de sus actos. Y ahora dejo de abrazarla. Y toco sus pechos. Y bajo por su vientre. Y beso su inmensa carne. Y ella se tiende a lo largo dispuesta. Y yo la deseo. Deseo poseer a Venus. Y yo me pongo encima de ella, y me quito los pantalones, y los calzoncillos limpios, y mientras mi sexo intenta adentrarse no puedo evitar decir su nombre en alto: Martina, Martina.

Decimoquinto día

La ciudad está sucia. Las farolas descubren las calles mojadas. Los borrachos cantan al desamor. Los perros aullando más allá del valle. La inmensa Venus ahora es Helena.

-Helena, ¿por qué no hago que te estremezcas, es por qué no me atrevo a hablarte, acaso mi cobardía te desagrada?

Y ella, La Mujer, Venus adentrada en las sábanas, me toca la mejilla con sus manos limpias de madre.

-qué viejo y triste estás. Dice Helena haciendo suyo mi secreto.

-Helena, por qué me dices esas cosas, acaso no tienes piedad de aquél que ha dejado de soñar.

Y Helena toca mi boca, y con sus dedos aprecia el contorno de mis labios. Ahora decide tocar mis orejas, y acaricia mis pómulos pálidos y mi frente blanca y arrugada con los restos de mi pelo acariciándola.

-deberías dormir, estás muy cansado. Dice ella. La Gran Venus, la inmensa Venus ahora convertida en la circunspecta esclava.

-no me atrevo a dormir, el mundo de los sueños me ha abandonado y tengo miedo a dormir y no despertar jamás en un sueño eterno. Y no reconocer tu rostro nunca más, Helena.

Y Helena-Venus me mira fijamente a los ojos, tiene ojos vidriosos, ojos de enamorada. Daría su vida si se la pidiese. Arquea su cuerpo, pero mantiene su mano sobre mi rostro como una manera de mantenerse unido a aquél que se hunde en el fango del recuerdo y la culpa. Saca su lengua lujuriosa del encierro de sus labios rojos y babea mis brazos, mi tronco desnudo, la palma de mis manos. Y parece poner sus ojos en blanco.

-siempre te observo, estás lejano, tú no sabes que te observo, pero siempre tengo en cuenta tus movimientos, sé lo que pasa por tu cabeza cuando me miras, desearías conocerme, atraerme, crees que mi frialdad es tu castigo. Pero, cometes un error, Desconoces que mi cuerpo se arquea en la oscuridad pensando en tus dedos largos tocándome... Dice ella perdiendo definitivamente el control sobre su chorreante cuerpo.

Y no puedo evitar que la bilis llegue hasta mi cabeza hasta hacerla estallar por completo en un frenesí llevado por la irracionalidad. Aparto su mano de mi rostro, su lengua de mi lengua y no puedo evitar abofetearla haciendo que ella pierda por completo el equilibrio cayendo de la cama deshecha y anárquicamente arrugada por el juego del amor.

Desde el suelo, Ella se tapa su cara herida y marcada con sus manos y en sus ojos se refleja el terror superviviente.

-¡puta!, eres una maldita puta. ¿cómo te atreves? Eres Helena, mi Helena, ¿cómo te atreves a ser víctima de tus impulsos? eres una maldita puta.

Ahora ella abandona la frialdad del suelo, está desnuda, y su desnudez no me parece tan hermosa.

No es a Venus- Helena a quién veo, sino a una simple y mancillada prostituta de burdel.

-págame de una vez y márchate.

Y de mis pantalones saco un billete de cien euros que le entrego.

-márchate maldito loco. Me dice más airada que nunca.

Y ella se marcha. Y yo también me marcho. Ahora la habitación está sola, oliendo a semen y a teatro.

Las calles de La Capital son solitarias. Espero un taxi que me lleve al Pueblo. Todavía es de noche. Dentro de unas pocas horas empezaré una nueva jornada de trabajo en La Bodega. Estoy febril. Febril por vivir en una pesadilla de un mundo sin sueños. Febril por no encontrar sosiego. Febril por soñar que Helena era inalcanzable.

Febril por recordar la culpa de mis actos una y otra vez. Febril por pensar que el recuerdo podría liberarme de una vez de mi encierro. Me he dado cuenta de que es posible que sea un miserable necio en una ciudad de provincias perdida en un valle de tierra roja. En un mundo carente de

esperanza. Una fuente echa agua abundantemente. Pongo mi cabeza bajo el chorro gélido. Y me siento acuchillado. Dios, me encantaría desaparecer de una vez. No salir jamás del útero materno, alimentarme para siempre del líquido placentario original y aunque mi madre empujase llevada por el dolor yo con mis brazos haría la fuerza suficiente para no salir expulsado.

Los hombres de monos anaranjados de la empresa de basura tienen las mangueras extendidas, hablan entre ellos. Sonríen. Yo me dirijo a ellos.

-vosotros, vigilantes de la noche, deberíais pensar en el eclipse.

Y ellos cesan de regar las calles, cesan de hablar. Me miran. Y yo insisto en hablarles a pesar de que son desconocidos para mí.

-vosotros, los habitantes de la tierra roja, deberíais dormir y regalarme vuestros sueños.

Y los hombres que tienen las mangueras en las manos piensan que solo soy un viejo borracho que no sabe donde está su casa.

-debería irse a dormir la mona. Me dice uno de los basureros.

-no me atrevo a dormir, vuestra tierra roja me ha robado mis sueños. Me consideraríais un extranjero y os odio.

Y los hombres siguen mirándome y sienten enojo por ser molestados en sus quehaceres nocturnos y remunerados.

-márchese de una vez, no querrá que nos enfademos y le empapemos con nuestras mangueras.

-vosotros sois demonios, los demonios de la noche que robáis los sueños a los hombres que vienen de lejos, vosotros sois los ladrones...

Y me acerco a atacar con los brazos extendidos hacia adelante como los monstruos de las películas antiguas a esos malditos hombres de la basura y uno de ellos, el que posee la manguera, -el otro está un poco más alejado con una escoba en la mano-, me apunta con la misma y el agua gélida llega por segunda vez a tocar mi cuerpo. Y mi cuerpo ahora se rinde, yace adormecido, derrotado por el agua gélida que se atraviesa como una lanza el costado a aquel que esperaba la muerte en la cruz al principio de los tiempos. Los dos hombres de la basura me empujan fuera, muy lejos, tratando de vencer mi pasividad debida a la fuerza del chorro del agua gélida.

-...a qué el agua fría refresca las ideas. Dice uno de los basureros, -el que posee el arma líquida-, empleando su mejor risa escandalosa.

-ahora podrá ir a su casa y dormir y dejar de cavilar como solo hacen los borrachos.

Dice el otro de los basureros, el que posee la escoba separado de su compañero a una cierta distancia.

Y yo ahora si me marchó. Con mis ropajes húmedos. Mi orgullo herido. Mis heridas sangrando. Mis sueños desaparecidos. Helena cediendo a sus

impulsos de prostituta barata. Mis amigos tras la lejanía. Mi familia llorando en el andén de cualquier estación del país de la nostalgia.

Llego al Pueblo. Temblando. El taxista me observa. No dice nada. Sabe que la culpa es de la soledad y de la lejanía. Llego al Pueblo y los perros me reciben moviendo el rabo. Pago con otro billete de cien euros. Me deja en el mismo lugar donde el primer día me abandonó el Gerente. Le digo adiós al taxista. Éste me responde ladeando levemente la cabeza. La luna está preñada en lo alto del cielo. Abro la puerta del hostel. Subo las escaleras. Abro la puerta de mi habitación. Alguien ronca, y no soy yo. Será el fantasma que me ha robado los sueños. Cierro la puerta. Estoy tan cansado que solo me apetece dormir y dejarme llevar por la inercia del universo. Y así, sin quitarme la ropa me lanzo encima de la cama limpia y ordenada por las manos amorosas de La Madre. Y solo pude girar la cabeza para ver los campos opacos antes de caer profundamente dormido.

Y dormí sin soñar. Y desperté con un terrible dolor de cabeza. Los primeros rayos del sol me dicen que es otro día menos. Estoy sucio. Mojado. Tembloroso. Decido ducharme. Y por tercera vez el agua fría me ensarta el alma como una mariposa en el alfiler de un sádico coleccionista. Dios, si la muerte es esto, por favor que sea rápida.

Estoy desnudo, y observo mi cuerpo desnudo. Mi cuerpo empieza a ser modelado a partir de los músculos de los brazos. He perdido las cartucheras grasientas que asomaban por mis costados. Mis costillas intentan salir a través de mi piel excitadas por la visión diurna del sol. Mis piernas peludas y arqueadas. Mis ojos llorosos y bicolors sin llorar en absoluto. Y nunca me he visto más vulnerable.

Le digo al rumano que cierre la ventana que hoy casualmente tiene abierta de par en par dejando adentrarse un aire frío, cabezota, que te acaricia abofeteándote. El rumano parece no entender el mismo idioma de los lugareños pero con acento del país del noroeste. Yo le repito hablando despacio y lo más alto posible tratando de que comprenda tal como nos han enseñado para la comunicación con extranjeros perdidos. Pero es inútil. Todos los demás inmigrantes me miran.

He alzado demasiado la voz y ésta ha vencido al silencio imperante de las mañanas. El rumano sigue sin entender. Así que me levanto de mi asiento, y aunque la postura es incómoda ya que me hallo casi encima del cuerpo inmóvil del rumano, con mi mano logro alcanzar el postigo de la ventana y cerrarla. Ahora el rumano comprende y pide perdón con sus manos juntas como para rezar y sus ojos caídos como un perro recién apaleado. Yo simplemente lo miro y con mi mirada le digo básicamente, que su perdón es tan inútil como la mordedura de una piedra por parte del más ínfimo de los perros (cita de Nietzsche que pongo en la primera página de una novela anterior, aunque el filósofo usa el remordimiento y no el perdón.

Suena la sirena, ¡todos a trabajar!

Helena me ha mirado. Yo la he mirado y solo he sentido repugnancia. Martina me ha mirado y solo he sentido el levantamiento de mi pene. Dimitri me ha mirado y solo he sentido sus ojos glaciales y brutales. Alphonse me ha mirado y solo siento que nuestras miradas se crucen. El rumano me ha mirado y sigo pensando que es el más ínfimo de los perros. Maria me ha mirado y he sentido placer en tenerla como hija para tratar de cuidarla en el

imaginario y prohibido mundo del incesto. Los lugareños anónimos me han mirado y yo solo he sentido su anonimato. Yo me he mirado y he visto a un hombre que tiembla más que una hoja, que su frente suelta un sudor frío, que sus ojos pretenden cerrarse y que finalmente le consiguen, que sus piernas se niegan a mantenerse en pie y que cuán gigante de barro caen hacia la tierra roja.

-está bien. Me dice una voz femenina de fuera de mi cuerpo. Y mis ojos se abren.

-¿dónde estoy? Digo a esa voz femenina que se aparece enseñándome poco a poco sus contornos difusos.

-está en la enfermería del primer piso, ha sufrido un desmayo. Un principio de gripe, sería aconsejable que hoy no trabajase.

-pero necesito el dinero. Le digo con palabras balbuceantes, con la sensación de no estar todavía en el mundo de los vivos.

-lo más importante en estos momentos es que se recupere rápido. En estas condiciones usted no puede trabajar.

-pero, necesito el dinero. Si no gano dinero no podré volver a mi país.

-usted está mal. Si hoy trabaja mañana estará peor, y no podrá ganar dinero en mucho más tiempo, piense en eso. He hablado con El Director de Personal, no hay ningún problema en que hoy no vaya a trabajar, no se

preocupe por eso, he llamado un taxi que vendrá a recogerlo a cargo de la empresa, y mañana vuelva a trabajar ya restablecido y sano.

-pero, necesito el dinero, necesito volver a mi país.

-por que un día no trabaje no pasará nada. Su país seguirá allí mañana. Ahora lo que cuenta es su salud.

Y de la camilla el cadáver se levanta. Me considero como Lázaro, y ese cuerpo femenino, no tan hermoso, no tan joven, no tan excitante, no tan alcanzable, que habla con instancias superiores que a mi me son prohibidas y a la que me cuesta distinguir llevado por mi delirio me parece Cristo redentor. Ella me agarra por el brazo, me lleva hacia la gran explanada que sirve de aparcamiento donde un taxi me espera. Me da unas pastillas que deposita en mi mano. Parecen aspirinas, quizás sean pastillas de cianuro. Las tomaré igualmente.

-tómelas cada ocho horas y verá como mañana podrá trabajar y ganar dinero.

Inconscientemente las cojo. No sé si todavía estoy en la realidad, o realmente los sueños han vuelto. Pero creo que todo lo que me está ocurriendo es real y estúpido.

Me marchó y observo a unos hombres y mujeres de diferentes colores agarrar con sus manos el fruto del vino. Suena la sirena, todos menos Hormonal a comer.

Llego al Hostal solo. La Madre me mira. Hoy no he desayunado y se ha extrañado. Observa mi aspecto pálido, mis ojos lanzados hacia el suelo, mis pies teniendo dificultades en mantener el equilibrio. Es demasiado pronto para que vuelva, ella sospecha que estoy enfermo.

-¿qué le ha ocurrido? Me dice la madre tras la recepción.

-estoy enfermo, muy enfermo, creo que moriré esta noche.

La Madre me mira y no entiende mi dramatismo.

-no diga tonterías, solo ha cogido un catarro, mañana estará mejor, ¿quiere que le ayude a subir las escaleras?

-No, no quiero que me ayude. Solo le digo que moriré mañana. Solo los hombres que están a punto de morir carecen de sueños.

Pero, La Madre me ayuda a subir las escaleras sin mi consentimiento.

-suba de una en una y no diga más tonterías, la fiebre le hace delirar.

Llegamos a la puerta de mi habitación. La Madre me dice que si necesito algo que avise por el telefonillo que está al lado de la mesilla de noche y que mis deseos serán cumplidos. Yo le digo que no necesito nada, que los que vamos a morir solo deseamos esperar a la muerte en paz. Ella se marcha dubitativa. Sin estar segura de sus pasos. Es posible que vuelva a hacerme una visita y cerciorarse de que no he muerto.

Cierro la puerta. Me desvisto con tranquilidad. Me voy a la cama.

Suena la sirena, ¡todos menos Hormonal a trabajar!

Y mi zona de recogida es llevada por un lugareño taciturno y oscuro. Helena ríe.

Martina ríe. Alphonse trabaja sin parar. Idriss canta suras del Corán. El rumano corta las uvas acordándose de Timisoara. María en cambio se acuerda de Valery. Y se acuerda de sus manos, unas manos finas de enriquecido. Las manos de Sergei son pequeñas y cortan la uva con franca precisión. Los ascensores exteriores de diferentes colores suben y bajan llevando con ellos a hombres y mujeres medios, de tamaños medios, de vidas medias, a hombres y mujeres de alta gama, de tamaños de alta gama, de vidas de alta gama (sin embargo estos hombres puede que no existan en nuestra realidad ya que invisibilidad nos impide asegurar su existencia ya que sus ascensores insisten en bajar y subir vacíos).

Suena la sirena, ¡todos menos Hormonal van a casa contentos!

No he avisado a La Madre. He intentado dormir. Aunque primero me he metido las pastillas que me recomendó la voz femenina de trato maternal. La fiebre ha cesado.

El sueño es intenso y decido apagar la luz.

Decimosexto día

Y la savia nueva y encarnada hace mover mis dedos uno a uno. Y la savia sube por mi talón, y por la pierna, y obliga a arquear la rodilla y después sube por mi torso peludo, y riega mis pulmones que se contraen expulsando el aire nocivo, y ahora la savia sube hasta mi corazón, sístoles y diástoles repetitivos, concisos, pasionales de hombre recién resucitado, y la savia abandona mi corazón de nuevo vivo y sube por mi garganta, y noto su sabor a madre tierra, y llega hasta mis ojos, y veo su forma y su color, forma de río que muere en el mar, color de la tierra del vino, y llega hasta mi cerebro, y mi cerebro se halla sumergido, y dice cosas sin parar, a pesar de hallarse sumergido no se ahoga y me dice que la savia ha activado el motor central, aquél que dicta los sueños. Y me repite una y otra vez que no he muerto en el delirio.

Mi primer sueño de resucitado es de carácter racista y cinéfilo.

Recuerdo estar en una casa grande, con multitud de habitaciones, y estancias, todas iguales en forma y color. En una de esas estancias una mujer negra me habla. No sé por qué es negra, supongo que será para justificar mi parte racista. Ella es la directora de una película -aquí se justifica la parte cinéfila-, me dice que soy el protagonista de esa película, una película en clave de denuncia sobre los problemas de convivencia en una comunidad cerrada y sureña. Mi personaje es un hombre que está en

una casa, en una casa grande con multitud de estancias y habitaciones, todas iguales en forma y color. Ese hombre se pregunta qué hace allí, ya que no sabe la razón de aparecer en dicha casa, y sus preguntas tienen fácil respuesta: está encerrado que no esposado. Sin embargo tengo esposas que me marcan las manos y los pies. Y encerrado para qué. Encerrado para que no escape. Y escapar de quién. De hombres y mujeres negros que le echan la culpa de tener el poder. Entonces la directora -una mujer negra de tamaño medio y pechos aplastados, casi inexistentes- se sienta en su silla oscura con su nombre en letras blancas y relucientes. Y desde la puerta unos hombres negros entran con sus cámaras. Y después de los hombres de las cámaras, entran más hombres y mujeres negros con aspecto de querer acabar con todo de un plumazo, la directora dice que esas otras personas son los actores y actrices. Parecen perros hambrientos dispuestos a devorarme por haber invadido su territorio. Y me siento amenazado. Soy el único no negro y tengo la sensación de carecer por completo del poder que se me ha asignado. Estoy en el centro de la gran habitación inmóvil esperando. Esperando a qué. Esperando a que la directora me diga lo que tengo que hacer. Mientras debo permanecer inmóvil a la espera. Y las cámaras se colocan en posición. Y los actores y actrices tienen cuchillos y se ponen a mi alrededor enseñándome sus dientes de perro y sus hocicos de rata. Y tienen miradas malignas de ojos brillantes. Y un hombre negro tiene una claqueta, y dice toma primera, y la claqueta se rompe en mil pedazos, y la directora -que no parece que la destrucción de la claqueta le importe en absoluto- afirma que será una única toma por eso la claqueta se ha roto, y dice acción, y los hombres y mujeres negros apuntan sus cuchillos a mi cuerpo, y se abalanzan como animales hambrientos en la sabana africana y los cuchillos no son de atrezzo, son reales, no estoy en una película, estoy en la vida real, dios mío estoy siendo acuchillado, y

siento el dolor de los cuchillos penetrándome, pero no muero, y decido escapar sin tener en cuenta el intenso dolor de ser agujereado, para ello las esposas ceden por la fuerza de mis movimientos. Ceden fácilmente. Son esposas de atrezzo. Estoy de pie. Expulsando puñetazos a las sombras que me rodean. Mis puñetazos impactan a un par de mujeres, -las más débiles que observé, de talle pequeño y brazos flacos-. Y corro hacia las puertas que comunican otras estancias, y los hombres y mujeres negros que no he derribado me persiguen.

Abro una de las puertas, y una trampa se activa, unas cuchillas aparecen a la altura de mi cabeza dispuestas a la decapitación, pero esquivo las cuchillas de mi cabeza, sin embargo una vez esquivadas, aparecen otras del mismo tamaño y color plateado a la altura de mis pies. Doy un salto y las evito. Esta escena es un plagio de una película de aventuras. Y me siento como un arqueólogo maduro y atractivo cuya agilidad le hace escapar de los enemigos. He salvado la vida. Ahora estoy en una estancia grande y húmeda. Las paredes están negras, veo cartones mojados, y suciedad de zulo con latas abiertas, y piedras ennegrecidas por el fuego y un hombre que yace acostado. El hombre es un anciano y es blanco. Lo muevo con mis brazos. No está muerto. Le digo que hombres y mujeres negras me persiguen. El hombre se despierta.

Se levanta. No me mira, pero sabe que estoy allí. Y como un resorte enloquecido se acerca a una ventana cerrada con maderas atravesadas y podridas por la humedad. Con sus manos viejas rompe las maderas de la ventana y se asoma una claridad cegadora. Y se observa a otros negros esperando en una calle del Bronx.

Esperando a que salga para también acuchillarme. El hombre me dice que en la estancia estaré protegido. Y me contó la historia. Y su historia es la misma que la mía. Él era también actor y le dijeron que sería el protagonista de una película. Lo acorralaron como a mí, y lo acuchillaron, pero al ser un espectro de los sueños no puede morir, -una gran ventaja a priori-, sin embargo sentía dolor, el mismo dolor que el sentido por mí anteriormente, tan intenso y agudo que hasta la propia muerte es preferible. Por esa razón no se atreve a saltar por la ventana y salir a la calle ya que los otros negros le infringirían más dolor. Y yo le digo que es preferible ser libre a cualquier tipo de dolor, que entre dos hombres podemos sentir menos dolor, y le insisto en que salte conmigo. Y el hombre me dice que es el dolor más intenso que uno puede sentir, que es preferible renunciar a la libertad, antes que al sufrimiento. Yo le digo que no estoy de acuerdo, que saltaré al vacío y que traspasaré la calle de los negros acuchillado pero libre. No insisto más. El hombre es viejo, y a pesar de ser espectro de los sueños nunca será ceniza. Me despido del anciano. Y salto por la ventana libre hacia la calle maldita. Y los negros gritan excitados con sus largos y ensangrentados cuchillos. Y ya estoy en la calle maldita que parece el Bronx pero que solo es un sueño. Y ellos me persiguen al escuchar mi cuerpo impactar contra el suelo, y emiten gruñidos y corren más que el viento, se acercan con gran rapidez, me cuesta ponerme de pie, algunos brazos negros con cuchillos negros me tocan o me rozan, y alguna me impacta, y me acuchillan un par de veces, y creo estar muerto, siento el dolor, y es el dolor más insufrible que he sentido, el viejo tiene razón, es preferible estar encerrado en una estancia seguro y feliz, que arriesgarse a una libertad dolorosa. Y más cuchillos atraviesan mi piel. A pesar del dolor mi cuerpo se niega a rendirse. Y no sé como me levanto olvidando los cuchillos, el dolor, las manos, el sueño y corro a lo largo de esta calle de edificios grises, ventanas

sin cristales y puertas derribadas. Y cada vez hay menos negros que me acuchillan. Y veo al final una luz. Y otros hombres y mujeres que me animan, me gritan que corra más que el viento, que no piense en el dolor, y ya no siento dolor, y veo a esos hombres y mujeres que una vez alcanzada su calle salvadora me abrazan, y me siento bien, y yo los abrazo a ellos, y veo sus rostros, rostros duros y blancos como el granizo.

Y me despierto con la sensación de la resurrección en mis labios, en mi cabeza, en mis brazos que se levantan al cielo, en una boca que se abre en una circunferencia casi perfecta. Debería estar muerto. Y sin embargo, mi tumba está removida porque mis brazos vencieron a la tierra roja. He resucitado para nacer con más fuerza.

Soy El ave fénix, aquel monstruo patético, perdido y vanidoso que necesitaba morir una y otra vez para recordar que no tenía una tumba en la que descansar.

Bajo las escaleras del hostel de dos en dos. Saludo a La Madre – completamente inmóvil y pasiva tras la recepción de la entrada– enseñando la mejor de mis sonrisas. La Madre me pregunta cómo me encuentro. Yo le contesto que acabo de resucitar y que por fin puedo soñar de nuevo. Y ella me mira sin entender bien. Me despido y me voy a la cafetería. Desayunaré como siempre con fuerza. Hoy está El Padre. Le pido café con leche, con unas gotas de orujo, y las magdalenas más rancias que tenga. El Padre me dice que las magdalenas son siempre frescas. Miente o cree que dice la verdad, lo que es peor. Pero no importa. Entonces cambio el significado de mi pregunta y le pido las magdalenas menos frescas que tenga. Él no entiende porqué necesito magdalenas poco frescas teniendo magdalenas

frescas. Pero claro, El Padre nunca tiene magdalenas frescas, vive en una mentira, y quiere hacer partícipe de su mentira a todos sus clientes, ellos piensan que las magdalenas son frescas, porque nunca han probado magdalenas frescas, las únicas magdalenas que han probado en su vida rural son las del Padre y por lo tanto nunca han probado magdalenas frescas, yo en cambio sí he probado otras magdalenas, de otros pueblos, de otros padres, frescas y rancias. Y por lo tanto puedo diferenciarlas, por lo tanto soy el elegido de las magdalenas, por lo tanto soy el único que sabe diferenciar una magdalena rancia de una fresca, por lo tanto soy el único que tiene el poder, no como en el sueño.

Me sirve café con leche, con unas gotas de orujo, y las magdalenas más rancias que he probado en mi vida.

Hoy en la cafetería se encuentran:

-El sindicalista con su luz. Habla de la tractorada o de la Gran Tractorada que tendrá lugar.

-El rechoncho que escucha. Solo piensa en la radicalidad. Y principalmente en usar el fuego y la intimidación física como forma de coacción.

-El que tiene aspecto de extranjero sin serlo que dice que el campo está muerto, que los jóvenes han decidido huir, y que lo mejor es esperar a que los viejos se mueran, que ningún tipo de manifestación servirá para mantener a los jóvenes en los pueblos ya que éstos han perdido la esperanza.

-La mujer del que tiene aspecto de extranjero sin serlo. Para mi, la mujer más enigmática que he observado nunca. Da vueltas con una cuchara metálica el café negro y demasiado caliente sin decir ninguna palabra.

-El Padre, tras la barra preguntándose por qué el Extranjero quiere las magdalenas menos frescas.

-El Policía, con su mano en la porra dispuesta a ser usada en cabezas ajenas y anónimas.

-El Alcalde observando la mujer del extranjero sin serlo. Siente una extraña atracción hacia ella, derivada quizás de esa mirada tan enigmática que le da a ella un atractivo decadente y oscuro.

Pago. Y me siento hipócrita. Le digo Al Padre que las magdalenas son las más ricas y frescas que he probado nunca. Al escuchar mi respuesta El Padre deja de pensar en magdalenas menos frescas.

Y me siento hipócrita con el conductor. Y me siento hipócrita con Helena. Y me siento hipócrita con Martina. Y me siento hipócrita con Maria. Y me siento hipócrita con Dimitri. Y me siento hipócrita con Alphonse. Y me siento hipócrita con Pierre. Y me siento hipócrita con Gica. Y me siento hipócrita con Driss. Aunque Driss sea un hombre de dios. Y me siento hipócrita con Mustapha. Y me siento hipócrita con el mundo porque he salido demasiado pronto de mi tumba y he tenido que sacudir demasiado polvo de mis ropas.

Suena la sirena, ¡todos a trabajar!

Y trabajo cantando una primera canción. Una canción que solo yo escucho. Es una canción de un grupo inglés del siglo pasado, con el cantante desaparecido por culpa del sida. Nadie a mi alrededor se ha dado cuenta de mis canciones. Mi sensación de hipocresía me pedía una canción. Y yo, como buen resucitado obedecí.

Describiré las canciones que he cantado para mí antes de la comida.

-una canción de un grupo inglés de pop cuyo cantante murió de sida.

-una canción de otro grupo inglés cuyos dos hermanos líderes son el colmo de la arrogancia.

-una canción de un grupo norteamericano enemigo de la piratería en internet y del cual tengo un disco en directo copiado ilegalmente, y que me parece genial.

-otra canción del mismo grupo, pero que es menos genial.

-una canción de un grupo que inventó el grunge. Su cantante tenía veintisiete años cuando murió porque sabía que sería un mito y ya se le habían acabado las ideas sintiéndose vacío.

-una canción de un grupo que fusionaba la electrónica con la acústica y crearon un nuevo estilo.

Suena la sirena, ¡todos a comer!

Y mientras comía también cantaba en silencio, con mi mente despierta y hambrienta. Y las canciones eran.

-una canción de un grupo de mi país basada en el sweet home Alabama.

-una pieza de música clásica para tratar de aumentar mi pedantería y esnobismo. Es una petición personalizada.

-una canción de amor basada en la banda sonora de una película sobre el existencialismo de las máquinas que ansían ser humanos.

Suena la sirena, ¡todos a trabajar!

Y mientras trabajaba seguía cantando y presuntamente feliz. Y las canciones eran:

-la canciones de un grupo cuyo único interés es tener un único éxito rotundo que les permita vivir de los royalties para no trabajar en una fábrica o en una cadena de montaje el resto de sus días.

-la canción de un grupo irlandés cuyo líder, -según un periódico sensacionalista-, cree en la guerra preventiva. Yo personalmente creo que no es cierto, y que es una manera de que el periódico venda más ejemplares.

-la canción de un solista que es familiar lejano de Herman Melville. O eso asegura él.

Yo personalmente no le creo.

Suena la sirena, ¡todos a casa!

Y cantaba también, y no describiré las canciones ya que el trabajo ha calmado cierta euforia en mis hipócritas ademanes.

Me he duchado con agua caliente. He cantado una canción que ya repetí cuando trabajaba. Me vestí. Y bajé a la cafetería. Cené. El Hijo atendía tras la barra. Cuando me servía la cena le pregunté.

-¿llevo aquí unas dos semanas y apenas he visto jóvenes, y yo me pregunto, si no hay jóvenes, qué haces tú aquí, nunca has pensado en marcharte?

Y El Hijo me mira, me sirve la comida, y me mira. No sé lo que pasa por su cabeza, no sé que le ha parecido esta pregunta llevada por la curiosidad, no sé que me dicen sus ojos oscuros. Solo sé que me mira y me dice.

-no me he ido por que siempre tiene que quedar alguien que haga balance de lo que quede.

Y al escuchar su respuesta me quedé sorprendido por la elocuencia de su respuesta, y solo pude darme cuenta de que realmente El Hijo tenía razón, siempre tiene que quedar alguien para que quede constancia de los últimos restos de cualquier naufragio.

Decimoséptimo día

La tractorada está cerca. Las causas, consecuencias y preparativos han sido los siguientes.

1/ abandono paulatino de los campos, las casas, y las plazas de los jóvenes que huyen despavoridos a la ciudad ante la carencia de esperanza del campo. Solo quedará uno que hará balance tras la barra de un bar.

2/ los viejos se han dado cuenta de que ya no hay jóvenes que alegren las plazas. Se preguntan qué ocurre, cuál es la razón, son viejos y no entienden las motivaciones de los más jóvenes. Los viejos creen que los jóvenes deben permanecer con ellos para perpetuar la cultura rústica de campos de paja y recogida anual de cosechas.

3/ los viejos leen los periódicos, creen que en las noticias regionales está la solución a todas sus preguntas.

4/ y encuentran las respuestas. Mísero precio unitario por las cosechas pagados por multinacionales e intermediarios sin ningún escrúpulo hacia el pequeño agricultor o ganadero trashumante, grandes costes de producción en las cosechas que apenas dejan margen de beneficio, aumento desorbitado de precio de los piensos sintéticos para mantener los rebaños, abonos naturales mucho menos productivos sustituidos por dichos abonos

sintéticos, subida abusiva de precios del gasóleo, subida de la carestía de la vida de una manera superior al beneficio resultante, y por lo tanto pérdida adquisitiva alarmante por parte del pequeño agricultor y del pequeño ganadero.

5/ y los viejos han decidido moverse. Abandonar esa actitud pasiva que se les presupone. Por primera vez son los viejos los que se rebelan. Y uno de esos viejos se dirige a la Capital a la central del sindicato. Allí conocerá a los posibles líderes de la posible medida negociadora en un principio, coactiva si la negociación fracasa de manera estrepitosa.

6/ ese viejo hablará con los líderes. Expondrá los problemas. Y entre todos intentarán aportar soluciones que contenten a todas las partes. Un hombre del sindicato será el encargado de llevar las negociaciones. Este hombre será un hombre seguro, dogmático, con firmeza y puño de acero que tratará de buscar alguna solución. Este hombre tiene nombre, Sindicalista General.

7/ y El Sindicalista General ha escuchado en boca del viejo los problemas, y los tomará en consideración. En principio usará la negociación, negándose a la coacción hasta que las posturas se separen definitivamente.

8/ y se dirigirá a todos los pueblos de la región. Y allí hablará con los habitantes cara a cara en primer lugar explicándoselo todo con la suficiente claridad, después hablará con las diferentes autoridades gubernamentales, municipales o regionales, donde le expondrá su plan de acción.

9/ y ese plan de acción consistirá en lo siguiente:

-dialogar con los alcaldes y otros sindicatos de la región para llegar a un acuerdo para la adopción de medidas coactivas como la huelga o manifestación en carreteras públicas en caso de no llegar a ningún tipo de solución con las Autoridades pertinentes.

-una vez llegado al acuerdo con la parte municipal, toca hablar con las autoridades regionales y nacionales. Y a las autoridades se les hará saber que de no ceder en sus reivindicaciones, (y las reivindicaciones más importantes serían: 1/ una bajada paulatina de los combustibles especialmente el gasóleo de consumo industrial, si el estado debido a su inutilidad en el mercado del combustible no puede parar la subida se verá obligado a sufragar la diferencia resultante. 2/ una compensación o subsidio de origen europeo que hasta ahora es inexistente que permita sufragar y disminuir sensiblemente los costes de producción de las cosechas. 3/ Y finalmente y como punto esencial de la negociación, la intervención estatal en el mercado, regulando los precios pagados por multinacionales e intermediarios por las cosechas), los sindicatos de ganaderos y agricultores con el apoyo de las Autoridades locales se reservan las medidas de presión que estimen oportunas.

La consigna básica es no ceder ningún punto en absoluto.

-Más tarde, El Sindicalista General hablará con las grandes multinacionales y asociaciones más importantes de intermediarios de la región que pagan precios irrisorios por las cosechas del pequeño agricultor. A éstos se les hará saber que de no subir los precios que pagan a los agricultores por las cosechas, los sindicatos labriegos no descartan medidas hacia esas empresas rebeldes como el boicot a sus productos, y la llegada de las

reivindicaciones a los medios de comunicación de masas, que informarán puntualmente de cada una de sus acciones, con la mala publicidad que conllevará especialmente hacia las multinacionales, ya que sus nombres comerciales serán recitados en alto para que todo el mundo tenga constancia de su falta de escrúpulos.

10/ el Sindicalista General después de meses de duras negociaciones tanto con gobierno, como autoridades regionales, y grandes empresas e intermediarios no ha llegado a ningún tipo de acuerdo. Y ante la falta de dicho acuerdo El Sindicalista General se levanta airado de la mesa y anuncia amenazas y acciones coactivas.

11/ y las amenazas no se hacen esperar. En PRIMER LUGAR El Sindicalista se reunirá con las autoridades locales para informarles de las negociaciones y del fracaso de las mismas. En SEGUNDO LUGAR se crearán comités con representantes de agricultores, ganaderos y de las propias autoridades locales, estos comités estarán liderados por El Sindicalista de la comarca que será nombrado por el sindicalista general que delegará sus funciones comarcales. En las reuniones se decidirán las medidas de presión y de actuación a seguir en los próximos días o semanas. Y las medidas de presión que se acuerdan son las siguientes:

1/ tractorada. Será la primera medida. Consistirá en la salida de los almacenes de los tractores de la región que colapsarán e incomunicarán todas las carreteras que llevan a la Capital y al resto del mundo.

Es efectivo ya que la repercusión en la opinión pública es importante ya que las molestias ocasionadas provocarán controversia entre la gente común que es la que al final decide.

2/ repartición entre los conductores y transeúntes de La Capital de los excedentes resultantes. Es preferible regalar la cosecha a cualquiera antes que cobrar una miseria. Esta medida a diferencia de la anterior puede hacer que la balanza de la opinión pública se incline hacia el lado de los agricultores.

3/ huelga. La huelga es el último recurso. Ya que de las cosechas depende la subsistencia del propio agricultor, y una cesación del trabajo y recogimiento de los frutos puede provocar malestar entre los propios agricultores.

Todas estas medidas se ejecutarán utilizando la menor violencia física y coacción que sean posibles y evitables.

En TERCER LUGAR, y una vez acordado la primera medida que será la tractorada. Los comités se encargarán de informar a la ciudadanía de los pueblos, por medio de pasquines lanzados desde aviones, y de voces de megáfono que recorrerán todo el pueblo avisando de la convocatoria varios días antes del acontecimiento. Los hombres y mujeres del Pueblo saldrán de sus ventanas llevados por la curiosidad y se darán cuenta de que esta será la última oportunidad, los comités buscan la mayor participación posible de la ciudadanía, saben que una gran participación provocará una mayor presión.

Una voz de megáfono me despertó:

"...El día quince todos debemos estar unidos para la lucha final. No permitiremos que el campo muera. Agricultor saca tu tractor a la calle, ganadero no permanezcas en silencio, debemos saber que el campo se desgañita y lucha y que ni las multinacionales ni el gobierno nos hará callar. Ahora en estos momentos y más que nunca debemos estar todos unidos, debemos alzar nuestra voz hasta desgañitarnos.

El día quince a las nueve de la mañana y durante veinticuatro horas bloquearemos las entradas y salidas del pueblo. Agricultor si quieres salvar tu cosecha saca tu tractor, ganadero si quieres que tu ganado no se muera de hambre grita, ciudadano si quieres que tus hijos no se marchen a la ciudad para no volver jamás participa. No os olvidéis, el día quince a las nueve de la mañana en la carretera de la Capital nos veremos. Debemos estar unidos, solo estando unidos venceremos..."

Sé que soñé, pero el despertar brusco truncó mis esperanzas de describir cualquier tipo de sueño o pesadilla.

Posiblemente fuese pesadilla, ya que tengo la boca pastosa y pegada al paladar de gritar en silencio.

Tengo mucha hambre. Me visto con rapidez. Miro los mensajes del móvil. Un mensaje de la telefónica. Me dice que agradecen mi respuesta, y que seguiremos estando en contacto para informar de las novedades y ofertas que vayan apareciendo.

Tengo además dos llamadas perdidas de la misma telefónica (primero las dos llamadas telefónicas, viendo que no reaccionaba, ni cogía el teléfono, mandaron el mensaje como recurso secundario).

He decidido no contestar ni las llamadas ni el mensaje. Desayuno con ansia. En la posada se encuentran:

1/ el rechoncho que habla de la convocatoria de tractorada del día quince.

2/ el Sindicalista que habla de la convocatoria de la tractorada del día quince.

3/ el policía que habla de la convocatoria de la tractorada del día quince con su mano acariciando su porra constantemente.

4/ el Alcalde hablando de la convocatoria de la tractorada del día quince.

5/ el Padre hablando de la convocatoria de la tractorada del día quince.

Todos hablan de la tractorada del día quince, y cuyo anuncio por megafonía los ha despertado.

Yo en cambio solo humedezco las magdalenas en el café y saboreo su esencia. Y en el microbús entro en otro mundo. Nadie parece haber oído hablar de ninguna tractorada, ni de ningún anuncio de megafonía. Viendo a cada uno de nosotros, pobres inmigrantes me doy cuenta de que somos aves de paso, cuyo cerebro ha sido absorbido por la retórica de La Bodega. Para nosotros no existe la tractorada, porque para nosotros esta tierra roja

nos es ajena, para nosotros que no haya jóvenes en los pueblos en los que vivimos en hostales con lavandería incluida, nos parece tan ajeno que ni siquiera tenemos la necesidad de preocuparnos. Para nosotros estos son problemas de otra gente, de otra cultura, de otro mundo. Nosotros ni siquiera entramos en si la tractorada es justa o no, o si La Bodega paga una miseria a los pequeños agricultores que entregan resignados sus cosechas para seguir viviendo en este mundo cruel. A nosotros lo único que nos importa es cerrar los ojos, cerrando los ojos calmamos nuestra melancolía, cerrando nuestros ojos el mundo nos parece diferente, cerrando nuestros ojos no nos tortura el remordimiento, somos seres que carecemos de anhelos, de raíces, de ambiciones, no nos planteamos nada, y no nos hacemos preguntas. No buscamos entrar en la cárcel administrativa del segundo piso, ni tampoco buscamos entrar en la élite del tercer piso, somos indiferentes en un mundo rojo y polvoriento. Sé que no nos manifestaremos, sé que no tomaremos partido, y eso creáis o no, me reconforta y me libera.

Yo cierro los ojos con gran asiduidad. Trabajo. Y cada vez las pequeñas perlas tintadas se van disipando con mayor rapidez en los campos que rodean La Bodega.

Suena la sirena, ¡todos a comer!

He decidido no hablar nunca más de Helena en este relato. Ni de Dimitri. Ni de Pierre. Ni de Alphonse. Ni de Driss. Ni del rumano. Ni de los lugareños. Ni de nadie que comparta sus manos y sus brazos con los míos. A partir de ahora, estos extranjeros serán extranjeros en mi cabeza.

Los ascensores exteriores tampoco se pararán por mucho que La Tractorada tenga lugar. A los hombres y mujeres que suben y bajan en ellos tampoco les importa lo que suceda.

¿Quizás a la élite del tercer piso si les importe la tractorada temerosos de que los campesinos y los hombres del campo digan sus nombres?

Pero, es absurdo, sus ascensores están vacíos.

Suena la sirena, ¡todos a trabajar! Y ahora describiré como una madre sufre cuando mira a su hijo partir en el andén de cualquier estación gris y húmeda.

Y una madre llora porque cree que la marcha del hijo es como si muriese un poco en su memoria. Lloro en la cocina, llora en la habitación del hijo, llora en la sala de estar, llora abrazada a una almohada, llora abrazada a una foto vieja y antigua, llora abrazada a su mejor amiga, y sigue llorando buscando el acomodo fetal, y se abraza a mi padre, que es su marido, y éste trata de sujetarla con sus brazos para que no pierda el equilibrio. Y una madre cuando no llora, se niega a comer, quizás su ayuno egoísta ayude a su hijo lejano, y mi padre, que es su marido le obliga a comer, hasta que se cansa, y prefiere ver como la madre cae en la decadencia de sus huesos, y no hace nada. Pero el tiempo, y el miedo son sabios, y un día una madre deja de llorar. No por falta de amor, sino llevada por el hartazgo, y sigue recordando al hijo lejano de otra manera, rememorando sus mejores momentos como una moviola ante el padre, o haciendo su comida preferida para que el padre la saboree, así el hijo lejano no es consumido por el olvido. Y otro día El Hijo llama, y la Madre recupera los lloros perdidos, y apenas se le entiende palabra alguna al otro hilo telefónico porque sus

palabras entrecortadas no tienen demasiado sentido. Y ahora la madre se siente feliz en su tristeza, porque sabe que su hijo lejano tiene raíces que son difíciles de cortar.

Suena la sirena, ¡todos a casa!

Y la Plaza del Pueblo está llena de pasquines que tiñen de blanco el pavimento. Básicamente tienen el mismo mensaje retórico e inflado de la voz hablada. La gente ya duerme prontamente en sus casas. Solo la posada tiene sus luces encendidas. No tengo mucha hambre. Solo quiero descansar. Y me baño. Y veo la televisión. No hablan de la tractorada. Ni siquiera hablan del eclipse. Solo hablan de tragedias en países lejanos e inhóspitos. Contesto a un amigo por mensajes cortos. Le digo que estaré pronto. Miento. O creo que le miento. No sé porque debo mentir en estas circunstancias. Pero miento. Soy tan indiferente que me niego a hacerme preguntas.

Decimoctavo día

Un gran gigante se ha despertado. Ha levantado sus brazos, ha mirado al cielo. Ha dicho palabras de ira. Tiene ira porque maldice. Una ira que hace estremecer ese mismo cielo azul que traspasa con su mirada maléfica. Alguien lo ha despertado. Ese gigante tiene nombre, se llama Goliath. Tiene una gran cara de luna llena. Con extremadamente redondeados pómulos. Tiene colmillos puntiagudos. Sus ojos son del color de la muerte. Tiene piernas cortas pero robustas. Se despereza y trata de calmar su ira. Y el gran gigante de nombre Goliath solo puede saciar su ira acabando con la vida de aquellos que lo han despertado. Y éstos son seres minúsculos, ridículos, tristes, gritones. Se llaman hombres o se dicen llamar hombres.

Y estos hombres son muchos. Miles quizás millones quizás miles de millones. Y todos gritan porque el gigante se ha despertado con palabras de ira. Y gritan a cubierto. Y los hombres niños y los hombres viejos buscan escondite y protección por parte de los hombres jóvenes que también son guerreros y que no temen ser destrozados por pies peludos y que tienen lanzas puntiagudas que son como pequeñas agujas hipodérmicas que se clavan en la piel gruesa del gigante y que para el titán no significan absolutamente nada.

Y el gigante de nombre Goliath atrapa con sus anchas y rugosas manos a los hombres que gritan y que huyen compulsivamente hacia ningún lugar,

parecen viejos muñecos cuyo destino sea el de acabar desmenuzados por las vírgenes manos del infante. Y se los lleva a la boca. Y después solo sus dientes mastican y se ensucian con la sangre de los débiles que ya no gritan. Y más hombres que corren hacia ningún lugar y que tienen miedo caen en las profundidades. Y el gigante es democrático. No hace distinciones de ningún tipo. Viejos con sus carnes duras de experiencias. Mujeres con su sabor estrógeno. Jóvenes que siempre huyen por ser esclavos de su propia naturaleza. Niños que creen en su ingenuidad.

Tractores que parecen tanques tratan de hacer frente al titán. Tratan de aplastarle las uñas de los pies, pero lo único que consiguen es enfurecerlo todavía más. Y con sus manos coge los tractores y se los lleva a la boca. Y los tractores tienen un sabor diferente. Un sabor mecánico, aceitoso, combustible. Y ese mismo combustible provoca el gran eructo. Y hombres temerosos que se creían a salvo escondidos en cualquier rugosidad, incluso agujero profundo de la tierra salen disparados a miles de kilómetros de distancia, y sus cabezas son aplastadas contra las rocas de las montañas de más allá del norte. Y de sus labios sale sangre seca que los cuervos que vuelan en círculos tratarán de sorber con sus picos negros. Y cuando el gigante finalmente se ha calmado quedan los restos. Y de entre esos restos surge la figura insignificante del Hijo que apunta las bajas causadas. Mueve los cadáveres. Les mira a los ojos. Trata de llorar impregnado de lástima. Y apunta en su libreta el número. Y va recorriendo de norte a sur este mundo lastimero y retorcido y apunta en su libreta uno por uno cada una de las bajas causadas. Y se pierde más allá del horizonte. El gigante que lo ha visto no tratará de devorarlo. Su ira ha cesado. Su saciedad solo provoca sueño. Y ese sueño hace que el titán caiga vencido al suelo. Y provoca que se duerma profundamente.

Me he despertado con sed. He bebido en gran cantidad agua del grifo del baño. Estuve a un paso de deshidratarme.

La Madre me ha llamado tras la puerta. Ha repetido mi nombre tres veces como si estuviera esperando que la negase. Me ha dicho que deje la ropa dispuesta a ser lavada. Obedezco.

Queda una semana para escapar a otro lugar.

En el microbús el rumano por primera vez me ha mirado voluntariamente. Sé que he dicho que no hablaría más de estos extranjeros, pero el hecho me pareció tan extraordinario que no puedo evitar rememorarlo.

El rumano tiene ojos de lluvia.

Los viñedos que rodean la Bodega están completamente desnudos en más de dos terceras partes. Por primera vez me estoy dando cuenta de que somos saqueadores. Y nuestras manos que llevan las tijeras los instrumentos de saqueo. De todas maneras, hace tiempo que me ha abandonado el más mínimo resto de remordimiento.

Un hombre conduce un tractor donde los racimos de uvas son depositadas por los extranjeros. Este hombre es un ser extraño que no logro colocar en ningún lugar. No es lugareño porque los lugareños se saludan fríamente entre sí, y éstos cuando depositan sus cestones plásticos ni siquiera lo observan. No es africano por razones de color de piel. Ni musulmán por

razones de religión. Tampoco es esclavo porque sus cabellos no son del color de la paja.

Permanece un día tras otro sentado en el asiento del tractor. Permanece inmóvil. Tranquilo. Su rostro está acartonado. Sus ojos son de felino herido. Su aliento se mezcla con el aire olvidando su olor. Observa como los otros hombres depositan uno tras otro los diferentes cestones. Suele mirar a Alphonse, y a Driss. No le agrada su presencia. Nunca me percaté de este hombre hasta ahora. Es quizás el único que no he descrito, pero tengo mis razones. Él no es un extranjero, ni siquiera sé si es un hombre al que describir superficialmente. Él no comparte sus brazos con los míos porque su pasividad no la comparte con nadie. No pertenece a los hombres del segundo piso porque su cara se niega a ser afeitada. No pertenece a los hombres del tercer piso porque cree que el destino nunca le ha preparado para ello. No pertenece a los hombres y mujeres que surcan los campos porque sus manos son demasiado blancas. Solo observa. Cuando yo entrego mi cestón procuro no mirarle. Sé que si lo miro lloraré. Lloraré porque ese hombre es una estatua de sal, un esclavo. No puede moverse de ese asiento. Solo puede seguir a los demás con la vista. Y mi idealismo me llevaría al llanto, ese idealismo que me dice que solo debería llorar viendo a un esclavo. Sé que él piensa que por el hecho de no ensuciar sus manos se considera un elegido, pero qué equivocado está. Yo, soy más libre que él, puedo moverme por los campos, puedo observar los pechos bajando a la tierra de Martina, puedo reírme de los chistes tribales que no comprendo de los africanos. Sin embargo, ese hombre permanece quieto, mudo, sordo. ¿Será consciente?, ¿sabrás ser dueño de su pasividad?, ¿será consciente que no todo en el mundo es conducir un tractor y negarse a participar?, ¿viéndolo a él me estoy viendo a mi mismo como un espejo?, ¿acaso es un

hombre castigado de otra vida con la mayor de las condenas? La condena de la falsa arrogancia.

Una vez que el hombre cree que la caja del tractor está suficientemente rebosante, decide penetrar en una gran puerta que abre su boca hacia la segunda sección. La sección encargada del embalaje y preparación del vino. Una sección que nos está prohibida a los vendimiadores. Y poco más tarde, sale de la puerta que conduce a las tinieblas con su inmenso tractor vacío, y se para en el mismo lugar y nos observa. Y yo me pregunto: hombre que no eres de este mundo manifiéstate, hombre que solo respiras dinos tus anhelos, hombre de piedra no nos tortures con tu mirada.

Sin novedad reseñable en la jornada laboral. La misma sirena, la misma comida, la misma intensidad. Ahora Helena no es un amor idealizado para mí. Ahora Helena es un ser humano con sus defectos y ansiedades.

La rutina es más dolorosa que cualquier amor traicionado.

No soy un hombre de palabra. Prometí no hablar más de Helena ni de nadie más que comparta sus manos con las mías. Espero cumplir mi palabra en el tiempo que me resta estar aquí.

A la llegada del Pueblo la Gran Plaza Mayor estaba cubierta de pasquines. Pasquines en los balcones atravesados por las hojas de los geranios. Pasquines en el pavimento sucio y sin regar. Pasquines en los parabrisas de los coches. Pasquines pegados a las paredes de cal. Pasquines en las puertas de los comercios. Pasquines en las grandes ruedas de los tractores. Pasquines que dicen las mismas palabras de ayer, pero ahora en caracteres

más grandes y bien subrayadas y oscurecidas. Todo El Pueblo está preparado. Todo está dispuesto. La Madre me recibe en El Hostal tras la barra de la recepción.

-¿ha sido un día duro? , me dice.

-ha sido un día más. Le digo, subiendo ya las escaleras a ritmo pausado y lento de guerrero recién llegado al hogar.

-¿se irá pronto a su tierra?

-quizás en una semana o menos, depende de como acabemos con los campos. Le digo avanzando un poquito más hacia la meta.

-entonces será testigo de La Tractorada. Me dice tras su mesa color marfil con palabras de orgullo.

-yo solo he venido por el eclipse. Mi ropa ya está dispuesta. Le digo.

Y La Madre cambia su gesto. Ahora su gesto se ha transformado en una piedra granítica y recia. Esperaba que la secundase, yo simplemente le abrí mi corazón cuando debería mentirla.

-su ropa será enviada mañana a su habitación...-una pausa pequeña, casi imperceptible-...La Número 5 ¿verdad?

La Madre sabe de sobra que estoy en la habitación 5. Sé que trata de que su falsa ignorancia calme esa decepción que tiene en el alma.

-¿cenará hoy?, me dice La Madre.

Y yo pienso. Necesito comer. Estoy más delgado que nunca. Creo que si no me alimento podré morir de hambre en cualquier momento. O peor aún mis costillas atravesarán mi fina piel y saldrán disparadas hacia el espacio exterior llevándose lo poco que queda de mi corazón consigo.

-Si. Sobre las diez estaré preparado. Por favor, resérveme una mesa lo más recóndita posible.

Y me despedí de La Madre. Quizás a la única persona que tímidamente le importo algo.

Y cené ansiosamente. Apenas observé la carne sangrienta. Ni las patatas significaban más que simple alimento. Me negaba a masticar. El alimento atravesaba mi sangre y reconstituía mi alma desde los cimientos. Bebí vino. Y el vino me supo a tierra. Otros hombres hablaban. Y hablaban de lo único que importa. La tractorada. Y decían que el día quince todo cambiaría. Y que por fin serían escuchados, y que se les tendría en cuenta a la hora de tomar decisiones. El Padre estaba tras la barra. Y sorprendentemente para mí participaba poco de la conversación. Estaba triste. Y su reserva me confirmaba que quizás por primera vez se daba de cuenta de que nada valdría la pena, y que esos hombres que hablaban con tanto optimismo no eran más que pobres hombres que llevados por la desesperanza más extrema no podían más que ser exageradamente utópicos. Y se compadecía de ellos. Quizás El Padre llevado por mis quejas mañaneras o quizás por su curiosidad haya probado otras magdalenas más buenas que las suyas

propias en cualquier otro lugar fuera de su mundo de tierra y boñigas de oveja. Ahora sabe lo que es la realidad. Y la realidad cuando aparece no pide disculpas. Solo aparece. Sin discusiones. Sin presentimientos.

Y El Padre no habla porque la realidad se le ha aparecido en forma de hombre gris, de vida gris, en un cielo gris, tan plomizo que cualquier intento de colorearlo estará penado con el asesinato inmediato y sin remordimientos. Y se le aparecido también en forma de miedo, con grandes colmillos como de gigantes que aplastan y devoran las utopías para saciar su ira. Y la realidad le ha hablado, la realidad se lo ha hecho saber, que hagan lo que hagan nada tendrá solución. Que hagan lo que hagan los jóvenes seguirán marchando. Que hagan lo que hagan el campo está muerto. Que hagan lo que hagan todo esta preparado. Que hagan lo que hagan la derrota será humillante. Que haga lo que haga hay magdalenas menos rancias que las suyas en cualquier otro lugar. Y la realidad también le ha dicho que ahora solo puede pensar en una cosa, en una única cosa y circunstancia que tendrá lugar pronto, y que le hará olvidar el sabor pegajoso y dulzón del fracaso. Y El Padre observa a esos hombres, se compadece de ellos, se entristece por compadecerse y solo puede pensar en una cosa: el eclipse llegará pronto y llenará su corazón de dicha y falsa oscuridad.

Decimonoveno día

Luces de una ciudad. Una ciudad cualquiera. Podría ser aquella que dejé atrás, pero sus gentes tienen el paso decidido. Podría ser Búfalo. Pero Búfalo está demasiado lejos. Quizás sea aquella que recitaba Huidobro en sus poemas modernistas. Pero no puede ser. Yo nunca leí a Huidobro, y ni siquiera sé si amaba alguna ciudad. Aunque siendo poeta, Huidobro necesitaba amar para recrear. Si un poeta no ama, se niega a vivir, a respirar, a sobrevivir en el mundo de asfalto y cables de cobre.

Podría ser aquella ciudad castigada por sus pecados con la deflagración que tenía su origen en el cielo. Pero no lo es, esta ciudad tiene hombres justos porque sus miradas son recias. Y sus mujeres son bellas mujeres de ojos cansados. Y sus viejos, son gente encanecida y sorprendentemente atraídos por el virus de la rebeldía.

-¿Y por qué son rebeldes?

Son rebeldes por que sus bastones se niegan a rendirse a la tierra, porque sus historias son verdaderas, porque su pasado se convierte en literatura, porque sus arrugas son surcos profundos, tan profundos que ver la base resultaría una labor digna de elogio.

¿Podría ser aquella ciudad que mis ojos observan, esa metrópolis oscura, de pirámides truncadas, de rostros orientales y pálidos de anuncio publicitario que ocupan toda la fachada de los edificios y lluvia crónica? No, no puede ser, esta ciudad carece de hombres que se niegan a morir en la fecha establecida. Entonces qué ciudad puede ser. Quizá destacando algunos de sus rasgos pueda dar con la solución.

Así esta ciudad tiene luces. Luces multicolores. Luces de neón, de freón, de Xenón, de gas, eléctricas, mecánicas, combustibles. Luces que rompen la oscuridad, luces que desafían al tiempo, luces que deslumbran más allá de las montañas nevadas del norte.

Otra característica de esta ciudad son sus edificios. Edificios retorcidos hasta casi tocar el suelo. Efecto junco. Doblar pero sin romper. Ni un terremoto sería capaz de derribarlos. Expresionismo alemán de vampiros enamorados. ¿Será una ciudad alemana? Podría ser. Sin embargo, si fuese una ciudad alemana, ¿no debería estar poblada por canciones tirolesas de falsos falsetes? No, no lo es, me niego a creerlo, en esta ciudad solo los pájaros se atreven a cantar sus melodías.

Otra característica de esta ciudad son sus graffitis. Murales de una sociedad atormentada en paredes que llegan casi hasta el cielo. Una firma que es pseudónimo.

Una fecha perdida. Un slogan. Partamos el mundo a la mitad. Una parte para los hombres, la otra para los fantasmas. Nunca luchéis en la tormenta. Libertad, ¿qué coño nos tratan de decir? Amor, sexo, poesía, teatro, utopía, palabras bonitas dichas a la entrada de la casa de chocolate. Grettel huye.

Hansel huye. Esta ciudad está maldita. La tormenta se abalanzará sobre vosotros con rayos eléctricos que atraviesan la tierra. La vieja bruja os comerá. Saciará su apetito de dientes negruzcos y dispersos.

Deduzco que esta ciudad no es alemana porque sus muros están pintados y ninguna persona ultrajada ha tratado de limpiarlos. Trato de recopilar más indicios que me lleven a una conclusión.

Más características.

Los bulevares de esta ciudad son demasiado angostos para considerarse bulevares. Apenas dos hombres en paralelo pasarían a través de ellos. Y estos bulevares no tienen árboles. Entonces, ¿por qué razón absurda les llaman bulevares en sus letreros indicativos? La respuesta es muy sencilla, las gentes del ayuntamiento que se encarga de poner los carteles indicativos de las calles tienen mucha imaginación. Es una condición sine qua non para entrar en el ayuntamiento de esta ciudad. Los hombres y mujeres que entren en el ayuntamiento de esta ciudad deben tener una gran imaginación, de lo contrario no serán aceptados. Esta es la razón definitiva que me confirma que no se trata de una ciudad alemana. ¿Y cómo estos hombres y mujeres públicos demuestran tener la suficiente imaginación? pues, muy sencillo, rellenando las casillas de un simple test que a modo de oposición se encarga de seleccionar al personal. Estas son algunas de sus preguntas.

1- ¿si ves una nube en el cielo que no es gris, y tiene forma de conejo, qué forma le darías tú?

-un conejo.

-una nube que no es gris.

-un helicóptero del ejército americano.

-ninguna, porque estoy demasiado cansado como para perder el tiempo mirando nubes.

Y la respuesta usada por la mayoría de los aspirantes sería la forma de un conejo. Los escépticos dirían la cuarta respuesta. Y los vacíos dirían la respuesta segunda.

Respuestas todas ellas equivocadas. La respuesta correcta sería la de un helicóptero del ejército americano.

¿por qué se descarta la opción del conejo usada por la mayoría de los evaluados?

Muy sencillo, el enunciado nos dice que la nube tiene forma de conejo, por lo tanto la respuesta lógica sería el conejo, pero estamos hablando de imaginación, no de fría y analítica lógica. Y la imaginación nos dice que a la nube le demos la forma menos lógica, ya que es sabido que lógica e imaginación están eternamente enfrentadas y esa respuesta es la del helicóptero americano, una respuesta digna del ser más rebelde, inconformista y loco que puebla la tierra.

2-Si alguien te regala la mayor cantidad de dinero del mundo sin pedirte nada a cambio, ¿cómo lo invertirías?

-en acciones.

-no lo invertiría, lo pondría bajo el colchón.

-en bienes inmuebles.

-se lo devolvería al hombre ya que no me fío de que alguien me regale algo sin pedirme algo a cambio.

Aquí la respuesta es compleja. Primero la opción lógica. Y la opción lógica nos dice que la respuesta correcta son los bienes inmuebles ya que éstos carecen del problema de la depreciación en condiciones normales y está menos sujeto a problemas mercantiles de tipo coyuntural, circunstancia que si ocurriría si invirtiésemos en acciones. El riesgo por lo tanto es mínimo. Pero, es una respuesta equivocada ya que la lógica es la que habla.

Y ¿qué nos dice la imaginación? . Se podría elegir la opción de no invertir el dinero y guardarlo todo bajo el colchón. Estamos hablando de una cantidad enorme y ningún colchón sería capaz de soportar tal cantidad de liquidez o capital resultante. La vieja cama que aguanta el peso de nuestros cuerpos y de nuestros años mediría por efecto de los billetes miles de metros, -el colchón estaría aprisionado sin posibilidad alguna de escape-, y toda hinchada atravesaría el techo de teja americana y ladrillo de la buhardilla, llegaría a tocar la nube con forma de helicóptero americano y llegaría a atravesar la atmósfera. El hombre que estaría dormido encima del colchón

soñando con mujeres hermosas dibujadas medio desnudas en aviones de combate de la segunda guerra mundial moriría por falta de oxígeno y exceso de frío. Es una opción imaginativa y utópica. Y claro está, la respuesta que buscamos y por lo tanto la correcta.

Una parte mínima de los evaluantes.

Diría la cuarta opción, que sería la devolución al hombre de esa cantidad de dinero. Esta es una opción utópica pero carente por completo de imaginación. Solo los hipócritas dirían esta respuesta. Y éstos serían rápidamente eliminados, ya que todo el mundo sabe que los hipócritas y desconfiados son los mayores enemigos de los soñadores.

3-Si alguien te dice que un ejército temible viene hacia tu pueblo a arrasarlo con todo, ¿cuál sería tu reacción?

-escapar.

-luchar.

-rezar para que un rayo divino desde el cielo acabe con dicho ejército.

-avisar a Rauss el gigante para que defienda el pueblo abriendo su gran boca y expulsando el aliento hediondo que mató al dragón que secuestró a la princesa de trenzas doradas.

La respuesta lógica sería: la primera respuesta para los cobardes.

La segunda respuesta para los valientes.

La tercera respuesta para los piadosos.

Mientras que la cuarta respuesta y por lo tanto la correcta para los soñadores y buscadores de leyendas, carentes por completo del más insignificante sentido de la lógica.

Y ya no diré más preguntas porque estoy cansado, y el viento se ha llevado los papeles con las preguntas restantes con sus respuestas y se los ha llevado bien lejos, incluso más allá de las montañas nevadas.

Sigo sin saber en qué ciudad me encuentro. Los indicios han sido válidos y a mi entender poco clarificadores. Quizás nunca sepa el nombre. Quizás estaré buscando eternamente. Quizás una noche, la menos esperada alguien me dirá su nombre, y seguro que me daré de cabezazos contra las paredes de cristal hasta romperlas ya que es un nombre muy conocido y yo estaba seguro de saberlo.

Ahora las luces parece que han cesado poco a poco. Todo es más tenue. Es hora de despertar. Es hora del amanecer. De ese amanecer que llaman realidad.

El sonido del megáfono me ha despertado. Tengo los labios pastosos. Sed. Mucha sed.

Es como si estuviera caminando por el desierto con los pies descalzos. Bebo agua del grifo del baño. El hombre del megáfono habla más alto que

nunca. Habla de prepararse para el gran día. De la gran oportunidad. Ahora la voz se pierde por el este llevada a rastras por el efecto Doppler. El mismo efecto que nos dice que todo se aleja de nosotros.

La Madre ha llevado mi ropa sucia. No hago la cama. Cada vez siento que soy más perezoso. Es como si al acercarse el eclipse mis pies y mis manos solo actuaran para cortar los racimos de las uvas.

Desayuno. Me atiende El Hijo. Café con leche, cruasán, gotas de orujo. Los hombres que se encuentran en el bar están cada día más excitados. Gritan. Bracean tratando de afirmar posturas. Tractorada. Tractorada. Solo se dice esa palabra que libera. Esa palabra que solucionará todos los problemas del mundo. Esa palabra que hace que adustas personas sonrían levemente. Esa palabra que transmite esperanza.

Incluso la tierra parece menos roja, ahora tiene un color más ocre. Es como si alguien la regase para prepararla para el gran acontecimiento. La tierra tiene que estar guapa –piensan los más viejos–.

Nadie ha retirado los pasquines de los días anteriores. Y nuevos pasquines acompañan a los viejos. El pavimento de la Plaza es de un gris ceniza acompañado de tropezones blancos. Le das una patada al pavimento ya que te sientes como un niño juguetón y los pasquines vuelan hasta más allá del campanario de la iglesia, para bajar suavemente llevado por una ligera brisa interior y posarse de nuevo en el pavimento.

Nada pasa en La Bodega. Estoy seguro que si el mundo se estuviese desintegrando nadie nos avisaría. Mis manos cada día están más cortadas y

macilentas. Mis pies más pesados. Mis ojos se niegan a mirar al sol. Mi sudor baja en cascadas por mi frente.

¿Estaré enfermo? No, no creo que lo esté. Yo ya he enfermado en esta tierra rojiza. Y sabido es que los enfermos vagabundos solo enfermamos una vez en nuestras vidas. Si enfermamos de nuevo será en otra vida diferente.

Hoy no he comido por primera vez. Los cocineros y camareros no se han sorprendido porque cada día que pasa los camareros son diferentes a los del día anterior.

No estoy enfermo. Yo les he dicho con mi mirada a esos camareros desconocidos que no estoy enfermo, ni debería estarlo más en esta vida. Solo los enfermos sienten que nada vale la pena por eso están enfermos. Y los camareros con sus miradas de niños arrancados del útero materno no me creen en absoluto. Aseguran que no soy normal. Dicen que me ha poseído el mal de la tierra roja. Ellos no saben nada.

No saben que el eclipse está cerca. No saben que sus perros aullarán. No saben que los pájaros dejarán de cantar. No saben que los campanarios tocarán a difunto. No saben que en el valle reinará el silencio. No saben que los hombres lloraremos al ver el sol oscurecido por la insignificante luna. No saben que los árboles dejarán escapar sus secretos de enamorados por primera y única vez. Ellos no saben nada. Y quizás su ignorancia los hace ser más libres.

Suena la sirena, ¡todos a trabajar!

Y mis manos sangran. Y mi sangre se mezcla con el zumo de uva explotado por mis dedos. Y mirándolos bien no logro diferenciados. La tierra forma parte de mí. Me penetra. Me viola. Y mi sangre va a la tierra. Quizás la enfermedad de la tierra me haga suyo y no me esté dando cuenta. Y siento dolor. Pero no debo parar. Ahora no debo parar. El sol muere.

Suena la sirena, ¡todos a casa!

Y en la Plaza cientos de vecinos arremolinados. Escuchan a sus líderes que están apostados en el balcón del ayuntamiento. Éstos dicen con monótona insistencia la palabra libertad, y la palabra lucha. Los vecinos aplauden. No son efusivos. Ni apasionados. Apenas se escuchan gritos entre esta multitud. Yo solo quiero dormir. Y paso entre la gente. Ellos me miran. Saben que soy un extranjero. Un intruso. Un presunto enemigo, o una posible amenaza. Ya me han visto anteriormente escapar.

Saben que me negaré a participar. Saben que mi paso por su mundo será fugaz. Por eso rehuirán el enfrentamiento.

El Padre me mira. No me dice nada. No hace falta. Él está derrotado. Él espera el eclipse como yo. Ahora sabe mi secreto. Ahora somos cómplices. Me despido con una simple mirada. Y me marcho atravesando la puerta del hostel mientras esa multitud sin forma, ni color, ni sustancia corea el nombre del Sindicalista General que los librára del abandono.

Vigésimo día

Dos hombres en una habitación sin ventanas. Uno está sentado tras una mesa de madera agujereada por termitas y que está a punto de caerse. Es el Gerente de La Bodega. Otro hombre está enfrente suya. Está aprisionado de pies y manos aunque tiene la boca libre. Es el Extranjero. Aparte de estos dos hombres, las sillas en las que se sientan, la vieja mesa a punto de ser definitivamente devorada por las termitas, y las cuerdas que aprisionan al extranjero nada hay. La austeridad es en ocasiones terrible. Las paredes de la habitación son color tierra. Una puerta metálica anuncia la salida o la entrada a alguna parte. El extranjero está perdido, no sabe muy bien porque razón está aprisionado, ni porque este interrogatorio, ni porque la observancia de unos ojos grises y hostiles.

-¿quisiera saber el motivo de su marcha?, dice El Gerente.

-necesitaba el dinero, y en mi país no había oportunidades. Así que decidí marcharme a otro lugar.

-repito, cuál es el motivo de su marcha.

-ya se la he dicho, el motivo de mi marcha es eminentemente económico.

El Gerente mueve unos papeles que están encima de su mesa. Los ojea, con un rotulador fluorescente señala algunas frases y sonrío.

-bien, -dice El Gerente-, usted dice que se marchó por motivos económicos, pero no le creemos, estos papeles que ojeo dan otras razones.

-qué razones.

-aquí dice que usted se marchó por que había parasitado totalmente el entorno.

-¿parasitado el entorno?

-sí, amigo extranjero, lo hemos descubierto, nos ha costado descubrirlo, hemos empleado los medios más modernos, las técnicas más agresivas, pero hemos dado con la solución, usted es un parásito del entorno, y no debe negarlo.

-la ley me protege.

-pobre iluso, esa ley solo tiene valor en el mundo real, pero en el mundo de los sueños la única ley que vale es la de la habitación cerrada.

-usted no es nadie, quién se cree que es, me llevan a un lugar indeterminado, de un país indeterminado aprisionado de pies y manos, sin darme ni siquiera una oportunidad de lucha, ni de movimiento, acusándome de hechos absurdos, basadas en pruebas absurdas. Suélteme se lo ordeno.

-podrá protestar lo que quiera, podrá gritar, podrá desgañitarse, pero nunca podrá salir, usted es un parásito del entorno y deberá ser purificado. Y para ser purificado tendré que interrogarle hasta que sus fuerzas cedan.

-déjeme marchar, no he hecho nada, soy inocente.

-esto no es un juicio, ya que no hay abogados, ni jueces, ni un jurado que determine el grado de su culpabilidad o inocencia. Todo eso nos lo hemos saltado. Usted amigo extranjero se encuentra en un grado superior.

-porque tengo que soportar esto. Yo solo soy un emigrante.

-no amigo, un parásito del entorno que no es lo mismo. Un parásito que solo puede curarse con la purificación.

-yo no estoy enfermo, solo quiero que me liberen.

-pues para ser liberado necesita ser purificado. Y para ser purificado necesito su permiso.

Y El Extranjero rompe a reír.

-mi permiso, será una broma, ustedes me llevan prisionero, me acusan, me repudian, me humillan, pero necesitan mi permiso porque sin ese permiso sus vidas carecerán de sentido.

-es el procedimiento, todo aquel que es purificado tiene que dar su conformidad por escrito mediante rúbrica.

-¿y qué ocurriría si me niego?

-pues que no sería liberado y sus pies y sus manos acabarían ennegrecidas por culpa de las cuerdas.

-me quiere decir, que si no firmo no sería liberado, y si firmo sería purificado hasta hacerme desfallecer de cansancio.

-exacto.

-entonces no tengo elección.

-tiene la elección de no firmar.

-pero, entonces no sería libre.

-tiene la elección de firmar.

-pero, entonces sería cruelmente interrogado.

-de usted depende.

Y El Gerente le acerca uno de esos papeles blancos. Y le acerca un bolígrafo. El extranjero tiene dificultades para moverse por razones obvias. El Gerente prefiere no ayudarlo, dejar que El Extranjero luche contra su minusvalía, que acerque su mano lentamente y con dificultad máxima al papel tratando de luchar contra el ímpetu de las cuerdas, que sus dedos

toquen el bolígrafo y que su recorrido tome la forma adecuada, ahí se tiene en cuenta la premisa del Gerente que no es otra que no dar ningún tipo de concesión a aquel hombre. Y El Extranjero firma bajo la atenta mirada del Gerente. Y finalmente, éste retira de las manos del Extranjero el papel conformado y rubricado.

-bien, comenzaremos el interrogatorio de purificación. Antes de empezar voy a decirle unas cuantas condiciones.

La primera, debe contestar la verdad, solamente la verdad, si tengo la sensación de que miente empezaré de nuevo el cuestionario.

El Extranjero asiente.

Segunda, debe entender la pregunta a la primera vez, si no la ha entendido la primera vez el cuestionario empezaría de cero, es decir desde el principio.

El Extranjero asiente.

Tercera, nunca sonría al dar una respuesta, esto denotaría que usted se burla de mí y de la Institución a la que represento, si usted se ríe empezariamos desde el principio.

El Extranjero asiente.

Cuarto, sus respuestas deben ser rápidas y contundentes, si duda, o noto que duda quiere decir que miente y por lo tanto empezáramos desde el principio.

El Extranjero asiente.

Quinto, la purificación es un acto irreversible, una vez que se inicia no puede pararse hasta que yo considere que deba pararse. Si usted quiere pararla, o intenta paralizarla utilizando artimañas rastreras y sucias inmediatamente empezáramos desde el principio, aunque quedase una última pregunta, empezáramos desde el principio. Está preparado.

El Extranjero asiente.

-nombre.

-tengo varios nombres.

-dígame uno.

-Hormonal.

-Anhelo.

-¿anhelo?

-le he dicho que tiene que entender la pregunta la primera vez. Ahora empezaremos de nuevo.

-nombre.

-Hormonal.

-lo siento, otra condición que no le he dicho es que las respuestas deben ser las mismas en cada una de las repeticiones. Empezaremos desde el principio y no se olvide de contestar las mismas respuestas.

Nombre.

-tengo varios nombres.

-dígame uno.

-Hormonal.

-Anheló.

-No sentir ahogo y poder respirar a todas horas.

-nombre de su madre.

-E...

-pulsaciones de su corazón por minuto.

-noventa en reposo por minuto.

-tamaño de su aparato genital.

Y El Extranjero sonríe.

-le he dicho que no debería sonreír. Empezaremos desde el principio. A partir de ahora no le avisaré cuando no cumpla las condiciones del interrogatorio, simplemente empezaré sin previo aviso por la primera pregunta.

-nombre.

-tengo varios nombres.

-dígame uno.

-Hormonal.

-anhelo.

-no sentir ahogo y poder respirar a todas horas.

-nombre de su madre.

-E...

-pulsaciones de su corazón por minuto.

-noventa en reposo por minuto.

-tamaño de su aparato genital.

-tamaño normal.

-¿qué prefiere playa o montaña?

-montaña.

-¿por qué?

-por el aire, supongo.

-nombre.

-pero, qué dice, ahora cuál es el problema.

En la cara del Extranjero se muestra la frustración más cruda. La frustración del esclavo. Cada vez que empiezan de nuevo las preguntas su alma víctima de la tortura.

Se resquebraja.

-nombre.

-tengo varios nombres.

-dígame uno.

-Hormonal.

-anhelo.

-no sentir ahogo y poder respirar a todas horas.

-nombre de su madre.

-E...

-pulsaciones de su corazón por minuto.

-noventa en reposo por minuto.

-tamaño de su aparato genital.

-tamaño normal.

-¿qué prefiere playa o montaña?

-montaña.

-¿por qué?

-por el aire.

-¿salvaría a alguien que se estuviese abrasando?

-no.

-¿qué significa para usted la palabra afar?

-una palabra que no entiendo.

-Cree en los símbolos materiales.

-no.

-¿y en los físicos?

-sí.

-¿cómo cuáles?

-un hombre que da la vida por una causa.

-¿usted daría su vida por una causa?

-no.

-¿le gusta la forma curvilínea de un plátano?

Y El Extranjero comete el fatal error de sonreír.

-nombre.

-por favor, no sigamos con este juego. Acabemos ya. Seré lo que usted quiera, pero por favor quíteme estas cuerdas.

-nombre.

Y El Extranjero intenta que las lágrimas salten de sus ojos. Y casi lo consigue. Es solo teatro. El extranjero intenta que la piedad asome en los ojos del torturador. Odia al hombre que tiene en frente. Lo mataría y echaría sus restos a los perros. Escupiría en su tumba. Mancillaría a su madre. Lo besaría si soltase las cuerdas que le tienen aprisionado.

-tengo varios.

-nombre.

-tengo varios nombres.

-dígame uno.

-Hormonal.

-anhelo.

-no sentir ahogo, poder respirar a todas horas.

-nombre de su madre.

-E...

-pulsaciones de su corazón por minuto.

-noventa pulsaciones en reposo.

-tamaño de su aparato genital.

-tamaño normal.

-qué prefiere playa o montaña.

-montaña.

-¿por qué?

-por el aire.

-salvaría a alguien que se estuviese abrasando.

-no.

-¿qué significa para usted la palabra afar?

-una palabra que no entiendo.

-cree en los símbolos materiales.

-no.

-Y en los físicos.

-sí.

-¿cómo cuál?

-un hombre que da la vida por una causa.

-¿usted daría la vida por una causa?

-no.

-¿le gusta la forma curvilínea de un plátano?

-sí.

-¿si tuviese una esposa, y ésta fuese muy hermosa, haría todo lo posible por no perderla?

-no.

-¿teme a la muerte?

-sí.

-¿y a los osos?

Y El Extranjero casi sonríe. Pero esta vez sus ganas de expresar su sentimiento cesaron fulminantemente.

-sí.

-¿teme ser atacado?

-sí.

-un nombre de mujer.

-Esperanza.

-un nombre para un hijo.

-El mejor de todos.

-nombre de su padre.

-F...

-nombre de su perro.

-no tengo perro.

-Y si tuviera perro, ¿qué nombre le pondría?

-Sultán.

-¿cuál es su lugar de salida?

-el que me vio nacer.

-y su lugar de destino

-un lugar de transición.

-¿ama la tierra roja?

-no.

-¿por qué?

-porque la tierra no debería ser roja.

-¿sabe lo que es un parásito del contorno?

-no.

-¿no sabe la razón por la que se encuentra aquí?

-no.

-¿le gustaría saber lo que es un parásito del contorno?

-sí.

-¿es usted, un parásito del contorno?

-sí.

Y El Gerente durante unos instantes deja de articular palabra. Parece que las preguntas no salen de su boca. Parece como si todo hubiese terminado definitivamente y El Extranjero fuese finalmente purificado. El Gerente mueve unos papeles blancos, los ojea de nuevo. Son folios. DIN A-4. Guiones de obediencia ciega. Y mira directamente al Extranjero. Éste tiene los ojos cansados. Las manos ya entumecidas. El aire es escaso. Ambos sudan.

-nombre

Dice El Gerente apoyando sus codos en la mesa destruida por centenares, miles, millones de termitas.

Vigésimo primer día

Ayer cuando terminé de soñar mi frente sudorosa había sido lastimada. Un pequeño bulto me indicaba que mi lucha había sido apasionada. Estaba exhausto. Respiré con hondura. El aire expulsado se mezclaba con el aire viciado y las primeras moscas de la mañana. Vi por la ventana y supe que el día sería caluroso. Observo mi teléfono móvil. Algún mensaje y llamadas perdidas de la compañía telefónica (me informan de que por un precio irrisorio me venden un móvil de tercera generación con los últimos adelantos). Yo también estoy perdido. No recuerdo el sueño que ha provocado mi herida. Tuvo que ser un sueño aberrante. Y el sudor que bajaba por mi frente era el sudor del culpable. Tuve miedo. Y este miedo me impedía escribir.

Y decidí no escribir una palabra más. Y el día de ayer pasó de largo, invisible, de puntillas. Y no escribí nada en este diario. Nada salía de mi alma, ni de mis ojos, juraría que seguía todavía dormido en un sueño donde la tierra no parecía de este planeta y donde los hombres trabajaban con los labios sellados esperando el eclipse que los libere. Pero seguía teniendo miedo. Mi alma se despertaba y me pedía explicaciones. Me decía que gritase, que llorase, que expulsase por mis dedos la melancolía encerrada. Y yo no podía más. Y esperé el momento de acostarme para escribir esto. De lo contrario estoy seguro que no resistiría más los gritos de mi alma y acabaría pereciendo en la noche más tétrica.

El Vigésimo primer día soñé con robots y amores perdidos.

La Madre me dio la ropa limpia. Sería la última vez que me lavaría la ropa. La próxima ocasión en que aparezca en la habitación número cinco posiblemente me habré marchado lejos. Y por lo tanto ella no me vería más, esta situación provocó que La Madre intentase entablar una conversación. Y se quedaba en la entrada de la habitación esperando, ¡esperando qué! Y sus ojos me enternecían hipócritamente.

-desea algo más, le dije al otro lado de la puerta todavía sin dejarla entrar.

Y ella me miraba, y se enternecía de mí. ¿Por qué? no lo sé, quizás las despedidas son demasiado duras y hay gente que no las tolera bien, pero La Madre me miraba y se enternecía. Y yo no sabía que hacer.

-¿dónde irá después? me dijo ella sin entrar y sin apartar sus ojos insignificantes de mí.

-no lo sé, lejos, muy lejos.

-no ha pensado en quedarse.

Y la situación me pareció cómica. Siempre era considerado como El Extranjero, aquél que no tiene nombre ni raíces. La Madre se encargaba de recordármelo siempre. Y ahora me dice que me quede. Que su vida quedaría vacía si mis pies eligen otro lugar. Es ridículo. Nada tiene sentido. Necesitaba contestarle con crudeza.

-lo siento, este no es mi lugar, le dije.

Y ella seguía mirándome y hablándome en el pasillo con la puerta de mi habitación Semiabierta. Ella seguramente no quiere entrar, yo no la dejaría entrar.

-seguramente le sorprende mi reacción, sé que nuestra relación ha sido demasiado correcta. Yo soy la dueña del hostel y usted un cliente y nuestra relación debería ser fría. Y yo me encargaba de que nuestra relación fuese fría. Pero, el tiempo pasa. El lavarle la ropa me ha hecho conocerle. Cada vez que iba a su habitación me fijaba en cosas. Espero que no se enfade. Es una mala costumbre. No iba con mala intención.

Y yo empezaba a sentirme incómodo. ¿A qué viene esta confesión? Yo no se la he pedido. Su misión debería ser lavar mi ropa. Coger la bolsa plástica con mi nombre y el número de mi habitación y largarse sin hacer más preguntas. Ahora me dice que me ha estado espionando. ¡Qué se habrá creído! La misma persona que me ha maltratado con su indiferencia. Y ahora me dice que todo ha sido una pantomima, un personaje en una mala obra de teatro, y qué espíandome ha aprendido a conocerme.

Ridículo.

-y qué ha visto que le ha hecho cambiar de opinión.

Le dije, para saciar mi curiosidad pensando que quizás esa curiosidad mitigaría mi enojo.

-más bien que no he visto, me dice la vieja.

-y qué no ha visto, le digo.

-fotos.

-¿fotos?

-Cuando alguien se marcha lejos siempre lleva las fotos de aquellas personas a las que uno quiere para tratar de que el tiempo y la distancia no las olviden, y llevar mejor así la nostalgia. Pero, usted no lleva fotografías con usted. Y pienso: si no lleva fotos de seres queridos, significa que no tiene seres queridos, o aquellos a los que quiere le han decepcionado y prefiere olvidarlos. Y me enternecí de usted. Y supe que había sido cruel, demasiado cruel con una persona que se tiene solo a ella misma. Y empecé a tomarle cariño. Y quiero que sepa que si quiere una familia, nosotros podemos ser una familia, nosotros podemos quererlo. Aquí, aunque no se lo crea hay trabajo. La posada está hasta los topes, y al hostel siempre viene gente -fantasmas sin lugar ni destino que les molestan los ronquidos de otros fantasmas, pienso yo-.

Nuestro hijo acabará marchándose como hicieron otros y quedaremos solos, y mi marido y yo estaremos tristes.

Yo no sabía que hacer. Era una broma. El destino se vengaba de mí con la más indigna de las bromas. Esta señora que no conozco de nada que desea con todas sus fuerzas ser mi madre y recogerme como un perrito de la

calle. Con sus garrapatas y sus peleas callejeras incluidas. No me sentía para nada halagado. Me sentía más indignado, y más insultado. Antes era considerado un extranjero, pero ahora estoy mucho peor. Ahora soy el abandonado, el hijo pródigo y vagabundo, aquél que solo es merecedor de lástima. Deseo vomitar. Deseo expulsar mi frustración. Y debo decirle a esta señora que me lava la ropa que no deseo ser su hijo, ni deseo ver esta tierra roja abofetearme las pupilas, ni convertirme en aquél que se quede porque alguien necesita hacer balance, nada de eso, me niego con las pocas fuerzas que me quedan, mi única intención es marcharme y no volver nunca más a este lugar indigno, ni tocar su comida, ni ver su cielo azul, ni sus casas blancas, ni sus puentes sin río, ni estas calles estrechas que te aplastan con solo acercarte. Y la miro y ahora mi mirada es furiosa. Y La Madre lo sabe por la experiencia de los años.

-le agradezco la proposición, pero mi lugar, se lo repito, no está aquí. Y le agradecería que no fisgonee en mis cosas. Resulta demasiado incómodo. Por favor, no quiero que vuelva más por aquí. Y si necesitan algo de mí por favor que venga su marido o su hijo. Gracias y hasta siempre.

Y cerré la puerta. No esperé a su réplica. Sé que estaba tras la puerta. Escuchaba su respiración y ella escuchaba la mía. Pero la puerta nos separaba. La vida nos separaba. Pasaron unos minutos que parecían eternos. Y escuchaba sus pasos alejarse. Y respiré profundamente. Esperaba no verla más. Y una vez abandonados estos pensamientos toque el bulto que salía de mi frente, y me di cuenta de que había crecido y que me dolía con insistencia.

No pasé por la posada a desayunar. Temía que estuviese La Madre atendiendo en la barra.

En el microbús ya no está Helena. Ni Martina. Ni Dimitri. Ni Sergei. Ni Maria. Ni Nadia la enamorada. Ni Mijail que ha venido solo a trabajar. Ni Vladimir al que solo el color de cabello le permitía ser alguien en el mundo. ¿Qué ha ocurrido? Sus asientos están vacíos. Voy hacia la parte trasera. Todo es silencio. El rumano me mira. Driss me mira. Mustapha me mira. Alphonse me mira. Pero mientras avanzaba por el pasillo pensé: Hoy quiero cambiar. Volví sobre mis pasos y me senté donde se sentaba Helena. E intentaba que mi nariz distinguiese su fragancia. Pero era imposible. Su perfume se había desvanecido como ella. Y miraba al frente y trataba de no recordarla.

Nadie debería recordar nunca a los fantasmas.

Y supe la razón de la desaparición de los eslavos. Ahorrar costes, esa es la respuesta.

La vendimia estaba muy avanzada. Queda muy poco racimo que cortar. Y somos demasiados operarios para tan poco trabajo. Así que los mandos del segundo piso ejecutaron las órdenes rubricadas de los hombres del tercer piso. Esas órdenes eran: por medio de un sorteo efectuado por mandos intermedios del segundo piso decidir que colectivos serían despedidos unos días antes de tiempo. Y fuimos divididos en grupos: la letra A eran los eslavos, la B los musulmanes, la C los lugareños, la D los africanos, y la letra E serían otros. Y ahí, en la supuesta e impersonal letra E nos incluimos yo, el rumano y el hombre que conduce el tractor (aunque este último sería

rápido descartado en el sorteo debido a que su trabajo era esencial y más especializado. En resumen que no era prescindible como los demás).

Las letras estaban impresas en un gran papel doblado donde no se distinguían los diferentes colectivos y clanes a fin de evitar los posibles fraudes y nepotismos que incomodaran. Y estos papeles doblados eran iguales en color y tamaño y eran lanzados hacia una bolsa oscura. El despacho de un Gerente cualquiera sería el lugar elegido para el sorteo. Y éste con sus manos inocentes extraería el papel elegido no sin antes mover los papeles anárquicamente hacia arriba y hacia abajo para que el azar con sus suertes y desgracias actuase con mayor eficiencia. Otros hombres del segundo piso harían las funciones de notarios y testigos. Y así fue. Y los elegidos fueron los esclavos. Serían despedidos antes de tiempo. El Gerente bajaría en un ascensor blanco al primer piso y allí les daría la noticia, con sus finiquitos correspondientes. Y los esclavos estarían sorprendidos. Y se preguntarían por que no podían ser dueños de su destino, y uno de ellos, posiblemente Helena, o quizás Sergei, o seguramente María, les contestaría porque son extranjeros.

He comido viendo otros camareros diferentes. He trabajado imaginándome que unas manos que ya no estaban me acariciaban y después me abrazaban. He visto los ascensores blancos ir hasta el cielo y bajar hasta la tierra. Y he notado como los ascensores negros estaban parados en la tierra esperando su destino. Por fin alguien ha parado el absurdo diario que suponían unos ascensores que se mueven hacia arriba y hacia abajo sin nadie que los llame. El sol se ha marchado para empezar de nuevo. Y me he sentado en la primera fila del microbús.

En El Pueblo calma tensa. La Tractorada está a punto de comenzar. Ya me he acostumbrado a sus diatribas megafónicas y mañaneras que provocan mis pesadillas.

Los pasquines han sido retirados de la Plaza Mayor o Gran Plaza. Nadie pensaría que se prepara una batalla. Antes de cenar, decido dar un paseo. Voy entre las calles desiertas. La tierra roja rodea por completo el pueblo. Tengo la sensación que cada día que pasa los árboles escasean más, es posible, que también se marchen como los jóvenes a climas mejores. En El Pueblo no hay ríos. Y si casas blancas de tejados en uve, que me resultan incomprensibles en climas tan secos. Antes he dicho que voy entre calles, pero mentía, no son calles, son callejones, tan angostos que apenas caben dos personas en paralelo. La sensación de claustrofobia se acrecienta. Es la primera vez que hago turismo sobrio por el pueblo y tengo la sensación de que perderse es más fácil, es como si el pueblo propio provocase el desasosiego entre los extranjeros a modo de autodefensa. Y esta sensación de desasosiego aumenta al pasar por la estrechez de sus calles, la cal blanca de las paredes que indigna a tus ojos, la tierra roja que te observa en las afueras amenazándote con abalanzarse sobre ti a la mínima oportunidad de escape. Solo la plaza y la carretera general que proviene de la Capital y que también lleva hasta La Bodega dan cierto descanso al espíritu.

He entrado en La Posada. Estaba El Padre. Me sirvió con la misma frialdad de siempre. La Madre no le ha dicho nada de nuestro encuentro matinal. Apenas saboreé la comida. Estaba demasiado insípida y triste. En la barra estaban El Alcalde, El Sindicalista, El Rechoncho, Y el que parece extranjero sin serlo, y todos hablan de un solo tema. La Tractorada que en unos pocos días trastocará sus vidas para siempre.

Me voy a dormir. Y antes de acostarme tengo la tentación real de contestar a algún mensaje de los que me mandan desde la telefónica. Contesto a uno. Y en el mensaje les digo que ya se utilizar la lavadora. Mentí, posiblemente no debería decir estas cosas a la compañía telefónica. Pero necesitaba imperiosamente decírselo a alguien.

Vigésimo segundo día

Un animal yace semienterrado. Tiene la cabeza y parte de las pezuñas delanteras abiertas al sol. Parece una cabra. Me acerco más. Es una cabra. ¿por qué yace un animal semienterrado? ¿cuál es mi misión aquí? Ya no podré salvar al animal. Éste está completamente inmóvil, muerto, con los ojos y la boca abierta. Se ven sus dientes grisáceos y moscas que huelen la muerte. Y la tierra ha cubierto la mayor parte de su cuerpo. Debería enterrarlo definitivamente. Debería cubrir al animal y que nadie se dé cuenta de que allí yace el cadáver. La tierra fresca les daría una prueba, pero no indagarían. Son demasiado estúpidos. ¿Debería llorar? ¿o quizás la dureza de mi corazón es tan evidente? Finalmente mis lloros no llegan. ¿Diré algunas palabras por el alma del animal? No. No las diré, solo es una cabra. Una mísera e insignificante cabra. Tan insignificante que su alma ya hace tiempo se ha perdido.

Con mis manos intento cubrir lo visible. Y los ojos del animal son negros. Y mis manos son demasiado pequeñas. Tardo demasiado tiempo. El sol ha desaparecido. Ahora es de noche. Las estrellas aumentan su brillo. La luna es invisible. Algunos pájaros de la noche me atormentan con sus llamadas de caza. Tengo miedo. Y más miedo cuando la tierra recién nacida se despereza. Y la cabeza del animal sale del hoyo. Y después sus patas delanteras salen del hoyo con dificultad ya que el demonio de las

profundidades no es muy propenso a que sus hijos se escapen. Y me mira. Y sus ojos son negros y espantosos. Solo puedo arrodillarme y pedirle perdón.

Y los lloros que antes no hacían acto de presencia ahora son constantes. Clamo por mi vida. Respétame oh gran cabra que ha vencido a la muerte. Oh gran cabra resucitada no tengas en cuenta mis rencores. Y la cabra que me mira solo puede decirme una cosa: Beeeeeeee. Y se marcha sin tener en cuenta la mayor hazaña alcanzada por un ser vivo.

Lo primero que hago al despertarme es encender el televisor. Hablan del eclipse que se acerca ya definitivamente. Algunos hombres rezan por la salvación de todas las almas, la cámara los enfocan directamente. Éstos lloran, se estremecen, se mueven compulsivamente, señalan con el dedo, y sus dedos tienen las uñas negras. Y me señalan a mí directamente. Ellos saben de mi existencia. Saben que ocupo tierras extrañas. Tierras enrojecidas por el sol y la sangre. Apago el televisor. Hoy no he sido despertado por el metálico sonido del megáfono. Eso me hace pensar en lo inminente de la batalla. Y en La Posada los hombres sacan sus espadas. Y las mujeres lloran por el futuro incierto. Los tractores están esperando a la entrada de los garajes a que se dé la gran orden. Policía venida de la Capital intentará que los agricultores no hagan actos violentos usando todo los medios de los que disponen. La mujer del maestro sigue tan atormentada dando vueltas con una cuchara el café frío. Creo que me estoy enamorando de ella. ¿Y por qué? Acaso mi amor por las mujeres desgraciadas se puede considerar de patológico. Yo creo que si la amo no es por su tormento, no quiero pensar que la puedo amar por esa razón, quizás la ame porque está tan lejos que jamás podré tocarla, quizás la ame por sentir que debería amar a alguien aunque fuera por un simple deporte, quizás la ame para sentir que

sé amar y no pensar que soy un simple ente que respira débilmente a duras penas un oxígeno cargado de remordimientos, de una culpa gestada en el pasado.

¿Y alguien podría decirme que coño significa el pasado cuando intentas abrir los ojos de nuevo?

Hoy no están ni Mustapha, ni Driss, ni Mohamed. Los musulmanes han sido los elegidos. Otro sorteo. Otro Gerente. O quizás el mismo. Otra mano inocente ha decidido. Tiene el destino de todos (menos del hombre que yace en el tractor esperando eternamente que la caja rebose para adentrarse en las tinieblas) en sus manos. Ahora ellos estarán lejos. Y no veremos sus genuflexiones de las que apenas nos fijábamos. Sus lugares están vacíos. No han sido ocupados por nadie. Prefiero sentarme en la parte delantera del microbús. Cada vez quedamos menos.

Y La Bodega-cetáceo nos recibe con su monstruoso aspecto. Con sus colores metálicos de padre devorador de hijos. Las parras retorcidas están desnudas. Los racimos son cada vez menores. La cosecha ha sido abundante, será abundante. El vino nos premiará con su sabor. Y los enólogos alargaran sus narices y destacarán cada matiz diferenciador. Y darán su veredicto. "El mejor vino de la historia del vino". Y yo reiré de alegría por saberlo, por ser partícipe de ese logro. Y los enólogos tratarán de dar con su secreto. Y el secreto es claro. Los ingredientes son claros. Fruta. Nueces. Hombres con el torso desnudo. Hombres despedidos por hombres invisibles. Eclipse que engaña a la mañana. Ahí está el secreto. Una mentira. Una burda mentira. Hasta la naturaleza engaña. Y en mi fuero interno, ya no creo que sea tan sabia.

¿Quiénes serán los próximos en ser devorados? ¿quiénes serán los próximos en desaparecer sin dejar rastro? ¿quiénes dejarán de calentar sus asientos en el microbús que nos lleva al matadero? ¿quién será la mano amenazante de pisos superiores que decidirá nuestros futuros y que tiene forma de gerente con guiones preestablecidos en su cabeza?

No tengo mucha hambre. Los camareros son cada día diferentes. Nunca repiten dos días seguidos. Yo creo que son esbirros de la Bodega dispuestos a observar nuestras flaquezas. O simplemente jóvenes de otros pueblos con contratos basura que tienen un sorteo cada día en alguna oficina del segundo piso, con algún gerente que se encargue de los camareros que con su mano inocente decide su futuro.

¿Seré el próximo en ser despedido? ¿quién ocupará mi asiento en el autobús cuando me marche bien lejos? Yo creo que serán los africanos los próximos. La mano inocente no es tan inocente ya que elige a los extranjeros de países muy diferentes.

Aquellos que no tienen similitudes. Yo soy otro tipo de extranjero. Soy el extranjero que tiene similitudes. Y si tengo similitudes tengo más posibilidades de sobrevivir. Aunque yo creo que mis similitudes con esta gente son difícilmente cuantificables. Yo creo que mi única diferencia con los otros hombres, además de una diferencia racial y cultural se reduce a una simple cuestión de hambre. Ellos tienen más hambre, están ávidos de sueños, de experiencias que los alejen de la mediocridad, tienen demasiada hambre. Yo en cambio carezco de hambre porque mis sueños son prisioneros. ¿De quién? Posiblemente de mí mismo.

Al final de la jornada nadie se abraza, y nadie habla. Sabemos que los que quedamos nos podemos considerar supervivientes. Y la alegría y la algarabía del principio de la cosecha ha dado lugar a la desconfianza y al temor ante la premura del desenlace. Y sigo teniendo los mismos pensamientos, ¿Seré yo el próximo en abandonar la Bodega? ¿El gerente o Gerentes se apiadarán de mí? ¿sus mano serán clementes o seguirán siendo amenazantes desde las alturas?

Sin embargo, nada puede cambiar el hecho de que me queda el eclipse. Los demás despedidos no tienen nada.

El Padre me ha hablado. Pero yo no lo he escuchado. Yo solo quiero sentir el eclipse y huir una vez más. El Hijo me toma nota. El Hijo hace balance y sus conclusiones no pueden ser más claras. Nuestro mundo rural se hunde. Nuestras cosechas son ocupadas por hombres sin similitudes. Nuestros jóvenes se marchan condenándome a la más ruin de las soledades. Nuestra tierra es roja y por eso nadie quiere quedarse. Le recuerda demasiado a la sangre de los antepasados, además las calles son demasiado estrechas para llevar nuestras sacas llenas. Y sus conclusiones son muy claras: habría que pintar la tierra de otro color, de un verde esperanza casi con seguridad.

Es estúpido. El Hijo es completamente estúpido, debería morirse en la barra del hostel y olvidarse de experimentos.

Y mientras cenaba El Padre se apareció para hablarme. Tenía ganas de hablarme. Ahora, cuando la marcha es inminente es necesario recuperar el

tiempo perdido. La cena está demasiado seca. Y siento el aliento del Padre impregnándolo todo con un ligero aroma a ajos tiernos.

-Mi mujer me ha hablado de vuestra conversación de esta mañana, y me ha dicho que no ha percibido que haya sido bien tratada.

-ella quería que fuese su hijo.

-mi mujer tiene miedo a perderlo todo. Esta insegura. Y necesita saber que algo queda al final.

-siempre les quedará la tractorada.

Y El Padre me mira y piensa, piensa en como romperle la nariz a aquel ser que sorbe la sopa.

-usted no ha tratado muy bien a mi mujer, la ha ofendido, a usted lo hemos tratado con corrección.

-ella quería que me quedase. Y yo no tengo la más mínima intención de quedarme en este lugar.

-y qué tiene de malo que le diga tal cosa, usted no tiene raíces, debería tener raíces.

Un hombre sin raíces no es nada. Y ahora soy yo el que lo miro. Me gustaría romperle la nariz a aquel hombre viejo.

-no quiero tener raíces. No las necesito.

-¿y qué hará cuando acabe la cosecha?

-irme lejos.

-ni siquiera sabe donde irá. Acabará perdido. Siente odio por todo. Morirá solo. Y nadie llorará por usted. Y se lo tendrá bien merecido.

-los hombres sin raíces estamos condenados a estar perdidos ya que ningún lugar sirve para encontrarnos a gusto. No tengo angustia por el hecho de que nadie me eche de menos, no quiero que nadie llore más por mí. Estaré solo, moriré solo, y solo tendré esperanza en el eclipse.

-¿y su país? Acaso ya no significa nada.

-¿mi país?, qué lejos queda ya, apenas lo recuerdo Quizás ya no vuelva. Ya no me encuentro a gusto en él. Y esa es la peor de las sensaciones. Echo de menos algunas cosas. Como los árboles. La lluvia. Las nubes grises. Pero estoy demasiado lejos y estoy demasiado decepcionado.

Y El Padre siguió hablándome. Y yo no quería escuchar. Y al final conseguí que su palabras no existiesen. Solo deseaba dormir. Dormir tan profundamente que mis sueños no fuesen recordados.

Vigésimo tercer día

Pero no dormí. Y lo intenté con todas mis fuerzas. Primero cerrando los ojos con insistencia. Nada traspasaría mi córnea. Pero la sangre me obligaba a abrirlos. Y solo abriendo los ojos provocaría que la sangre escapase y me dejase libre. Más tarde intenté soñar despierto. Pero estoy demasiado triste, y solo los ilusos sueñan despiertos producto de su enfermedad. Intenté poner mi cabeza bajo el agua fría. Y sentía como el líquido bajaba por mi cogote. Y solo sentía dolor. Aparte mi cabeza mojada del chorro gélido. Me sequé la cabeza. Mis entradas van a más. Ahora se adentran bajo mi cráneo. Siento como todo se pudre. Mi cabello. Mi cerebro. Mis ojos. Mis costillas. Mi sombra.

Decido -no sin pensármelo mucho- dar un nuevo paseo alrededor del Pueblo viendo que mi insomnio no cesaba. Me visto. Y bajo las escaleras del hostel parsimoniosamente intentando no ser escuchado. Me siento como un hombre del tercer piso tratando de pasar desapercibido entre la élite y el mundo. La Gran Plaza Mayor está desierta. Algún perro aislado que mueve su cola cuando me mira. Papeles que hablan de *lucha* vuelan al amparo de una ligera brisa de interior. Me alejo de la Plaza. Ahora me adentro en las calles angostas. Tan angostas que tengo que cederle el paso a mi alma para que pase ella primero. Y las callejuelas me dicen la verdad. Están sucias. Las paredes de cal están sucias de estiércol, del mismo abono que la

tecnología y las buenas costumbres desprecian. Y el asfalto es tierra roja que lo invade todo como un virus. Las callejuelas han sucumbido.

Pronto lo hará la Plaza Mayor. Cuando eso ocurra ya no estaré aquí. Ni los jóvenes incluido El Hijo podrán hacer balance. Y los viejos se morirán uno a uno asfixiados por la tierra-sangre que viaja por el aire y que se incrusta en tus pulmones como el más dañino de los bacilos, y que baila por medio de un acuerdo tácito con el viento la increíble danza del abandono. Y cuando los callejones quedan atrás sientes los campos estériles. Y solo las vides y parras se atreven a desafiar a lo yermo. Y surgen apuñalando a esta maldita tierra. Y el rojo es posible que sea la sangre que viene del interior de la tierra, de la Madre Tierra, herida por sus hijos y por su pena. Y tengo tentaciones de impregnarme de ese color. De ese dolor. De un dolor más intenso que el de mi cogote y el de mi alma juntos porque mi masoquismo es contradictorio, hipócrita y al mismo tiempo visceral. Y decido acostarme. Y dejarme llevar. Y la tierra roja me rodea. Y mis vestimentas son rojas. Y extendiendo mi cuerpo más allá de donde brilla la luna reflejada por el sol fantasma y cobarde, escondido tras las montañas. Y ahora mi cabello enfermo es rojo. Y mis pestañas son rojas. Y mi boca agrietada es roja. Y mi cuello es rojo. Y todo en mí es rojo. Ya no tengo conciencia de mi pasado humano. Ahora ya no haré ni provocaré daño. Ahora soy una simple mota de polvo. Una mota de polvo gigante pero una mota de polvo al fin y al cabo.

Una mota de polvo infinita en su pequeñez. Ahora viajaré lejos llevado por el viento. Y mis pies son arrastrados al cielo. Dejaré que el viento actúe. Volaré por encima de las casas. Veré como la vida cotidiana de los hombres pasa paralela a mí sin tocarme.

Y estaré por encima del amor. Y de la lujuria. Y del deseo. Y del dolor. Ahora soy una simple e inexistente mota de polvo que vuela y viaja por el espacio exterior.

Los primero rayos de la mañana tiñen mi cara de un amarillo violento. Estoy acostado en un viñedo que es posible que pertenezca a alguien que desconozco. Me he quedado dormido en un viñedo desconocido con la tierra roja invadiendo mi cuerpo. Necesito llegar al Hostal. Me sacudo la tierra. Y me dirijo al Pueblo. Y huyo porque temo que me descubra la mañana.

Y abro la puerta del Hostal. No veo a nadie en la entrada. Nadie se ha dado cuenta de mi excursión nocturna. Y subo las escaleras con prontitud ante la proximidad de mi partida. Debo saber la hora que es. Temprano. Muy temprano. La gente de este pueblo es propensa al madrugar y no encontré a nadie en las callejuelas, ni en la Gran Plaza. Es la incertidumbre que se confunde con la calma y que precede a la tempestad.

Entro en mi habitación. Cierro la puerta tras de mí. Veo los campos a través de la ventana. Respiro con dificultad. Veo la hora que es. Las seis de la mañana. Y una vez asegurada mi posición tras la puerta y en la vida no puedo evitar llorar. Y lloré como nunca antes había llorado. Y me acosté con la cama caótica de mantas y sábanas distraídas y lanzadas al vacío y que estaban en esa posición desde el día anterior. Y me coloqué en posición fetal. Y seguía llorando. Lloraría hasta la hora de marchar con mi cuerpo tiznado del dolor de la madre tierra.

Y los lloros eran lloros de aquellos que no lloran y que niegan el dolor aunque se quemen por dentro.

Pero cesé de llorar. Tenía miedo de que La Madre me viese y me obligase a ser hijo suyo para siempre y sin posibilidad de escapar. Me quité la ropa todavía semiocarnada. La tierra se desprendía de los tejidos como los frutos maduros que abandonan el árbol madre para formar parte de la tierra de la que habían salido. Y ya desnudo me limpié. Y me limpié por dentro. Y por fuera. El agua arrancaba la tierra de mi cuerpo con soberana violencia y dejando fruto de la batalla en forma de un enrojecimiento natural de la piel. Y el sonido del agua fría tocando el gres blanquecino y puro me recordaba que el podría ser mi último día en este lugar. Y me vestí. Y desayuné. Y desayuné lo de siempre, tal vez magdalenas rancias o cruasanes duros. Pero con doble ración de gotas de orujo. Lo necesitaba. El Padre lo sabía. Y me las suministró sin decirle yo nada.

He observado a los mismos hombres de todos los días pasados discutiendo a las horas previas de lanzar su primer ataque. Como en todo ataque que se precie empiezan a aparecer los primeros miedos y las primeras inseguridades. El Sindicalista como buen líder explica a los más temerosos las ventajas de lanzarse contra los cañones.

El Sindicalista parece un maldito general arengando a las masas a perecer en la colina mientras él está tranquilamente sentado observando el cielo. Maldito embustero manipulador.

Ya no están los africanos. Solo quedamos el rumano y yo. Y necesito ponerme a su lado. Y él no entiende porque teniendo todo el microbús libre me tengo que sentar a su lado. Ni entiende porque tiene que sentir mi aliento fétido que abrasa su nariz, ni entiende porque los demás han

desaparecido sin dejar rastro. Yo se lo diría, le diría la razón de todo, de la mano que todo lo mueve y decide, de una mano invisible de un piso superior, de un piso que jamás pisaremos, de unos hombres que jamás escucharemos pero que tienen el poder de decidir el destino de los hombres sencillos de raíces invisibles y lejanas. Quizás el rumano no crea en el destino. Pero no me atrevo a decírselo, no me atrevo explicarle la verdad. Tengo la sensación de que si le dirijo la palabra me saltaré alguna norma no escrita y no me lo perdonaría en el que podía ser el último día en que nuestras miradas se crucen.

En la recolección nos encontramos yo, el rumano, y algunos lugareños. El hombre del tractor sigue imperturbable sentado enseñándonos su mirada gastada y dura de hombre recién enterrado. Los vides prácticamente han sido esquilmadas. Nuestras manos están cansadas y macilentas. Nuestros ojos miran el horizonte con mayor inquietud. Observan árboles que no existen, y otros hombres, con otras historias, y otros tormentos que vagan por la llanura. El sol está a lo alto aburrido del mismo trayecto.

Y veo también la silueta de La Bodega. Tan sobria. Con ese brillo tan metálico. Mirándonos. Escrutando cada punto de nuestra flaqueza humana. Ese edificio sin escaleras. La metáfora del silencio. Arrogancias de arquitecto inglés. Con sus pisos superiores de hombres superiores e invisibles. De sus pisos intermedios con las luces siempre encendidas como las casas encantadas imaginándotela poblada por fantasmas de gruesas cadenas que llevarán a cuestas su tormento por toda la eternidad. De unos ascensores que no paran de subir y bajar y que no necesitan que nadie los ocupa. Y mientras piensas todo esto, la sirena, esa maldita sirena, que ante la ausencia de los otros hombres suena ahora con mayor claridad y

crueldad. Y la comida con otros camareros diferentes a los de ayer sabe a tedio y a frialdad antártica. Y solo el rumano me acompaña. Y lo observo.

¿Quién será el siguiente?

Y pienso mirando sus ojos de un azul oceánico: Yo soy más fuerte que tú, yo tengo más similitudes, soy un extranjero con similitudes y tú no eres más que un hombre a mitad de camino. A mí aún me queda el eclipse porque mis ruegos han llegado con mayor nitidez a oídos de los dioses. Sin embargo, al rumano no le queda nada.

Desconoce el eclipse y su pago será el abandono y la desaparición. Y él me mira a mí. ¿Pensará lo mismo que yo? ¿y si él también conoce el eclipse y me equivoco? ¿Por qué razón nuestros silencios no hacen sino aumentar la sensación de ahogo? ¿y por qué nuestras palabras tienen que ser tan perniciosas?

Es posible que hablemos telepáticamente. Y es muy probable que él piense lo mismo que yo pienso de él. Por que la soledad tiene esas cosas, hace muy extraños compañeros de viaje.

Ha sonado la sirena. Reanudar el trabajo. Queda tan poco. Espero que alguien me avise de que he sido despedido. ¿Quién lo hará? El Gerente, o los miles de gerentes con sus guiones preestablecidos supongo. Y unos brazos largos me tocarán. Brazos del hombre que extrae el papel de la bolsa oscura. Se acercará a mí y me dirá.

Hormonal, le ha tocado a usted, el destino ha hablado. Ha dicho que usted no puede extraer más la uva, que debe abandonar La Bodega para no volver jamás. Y yo le diré que todavía me queda el eclipse, y que él no tiene nada. Y El Gerente o gerentes como buenos hombres de oficina no tendrá en cuenta mis palabras y mis reproches porque ellos solo cumplen en guión escrito. Y el guión les dice que hoy deben despedir al hombre de nombre Hormonal trabajador número 222. Y en sus gestos solo habrá indiferencia. Y yo me despediré de la tierra y le daré las gracias. Gracias por permitir expulsar a tus hijos de tu útero. Gracias por sentirte. Gracias por amarte.

Gracias por teñirme de rojo los cabellos enfermos. Gracias por permitir que posea el eclipse. Gracias por darme tu poesía. Pero la tierra no me contestaría. Y su silencio me haría estremecer.

Cuando la tarde va avanzando la inquietud de mi alma va cediendo. Y veo las luces del segundo piso apagarse. Y algunos hombres y mujeres hermosas de largas piernas salen de La Bodega y ni siquiera me miran. Buena señal. Muy buena señal. Por primera vez me alegro de ser extranjero. Y sonrío. Y me lleno de una felicidad irracional, casi dogmática. Soy feliz y la razón es la victoria. Soy feliz y mi felicidad se irradia por todos los campos. No he sido despedido. Y mañana, después de ansiedades diversas por fin veré el eclipse. Por fin mis ojos verán los rayos que traspasan las almas de los viejos. Por fin formaré parte de la tierra. Me gustaría alzar los brazos para dar énfasis a mi victoria. Pero prefiero respetar al contrario. No hacer alarde. Solo los que perderán pronto hacen alarde de sus victorias. Y yo no quiero ser así.

La jornada anterior al eclipse ha terminado. Cumpliré mi contrato. Veré el eclipse. Mi objetivo será cumplido. Mi tormento será liberado. Mi tristeza será aniquilada. Mi viaje comenzará de nuevo. Y soy feliz. Me siento feliz. Tengo varias llamadas en el móvil de la compañía telefónica, y un par de mensajes y yo les he contestado. Les he dicho a esas personas de la compañía telefónica que me han llamado que era feliz, la persona más feliz del mundo. Esas personas me contestaron con otros mensajes. Y se alegraban de mi felicidad y me ofrecían un móvil mejor que el anterior pero un poco más caro pero que por ser yo me harían una rebaja al firmar su nuevo contrato. Y me decían cuando volvería para firmar. Y yo no podía contestarles, porque ni yo mismo, y después de lo que va a ocurrir mañana sabré lo que hacer. Ni lo que ocurrirá.

Y cené. Y hombres que jugaban al dominó. Hombres conocidos. Viejos con gangrena en sus recuerdos. Y El Padre atendía tras la barra y estaba aburrido. Y jugaba también porqué estaba aburrido. Y perdía. Y yo miraba por última vez aquella estampa. Mañana es el día del eclipse y estos hombres no se daban cuenta de nada.

Eran pulgas. Pequeñas pulgas cuyos saltos parecían inmensos en comparación con sus menudos cuerpos pero que no llegaban a ningún lugar. Yo en cambio era como el viento. Parecía imperceptible pero llegaba a miles de kilómetros. Y me apiadé de ellos. Yo, el ser más extranjero apiadándome de aquellos hombres quemados por la experiencia. Y me dirigí a ellos y me despedí. Les dije que era feliz y ellos parecían no entender que trataba de decirles con eso. Y El Padre me miraba y no decía nada porque sabía porque era feliz. Él era el único que no ignoraba que el mundo iba a cambiar. Pero sin embargo en su fuero interno se negaba. Y se negaba porque el cambio

de las circunstancias no está bien aceptado entre los hombres viejos. No entra en su instinto aceptar los cambios con facilidad y se aferran a su fingida ignorancia como una manera de darse cuenta de que la vida siempre les dará la razón.

Vigésimo cuarto día

Hoy es el día. El sol ha salido como siempre rutinario y majestuoso ignorando su suerte de oscurecimiento. He desayunado y El Hijo sabe que algo me ocurre. Nota que mis ojos están más brillantes que nunca. Nota que mis pies se alzan por encima del suelo. Nota que mi piel está más blanca. Nota que las entradas de mi sien hoy han dejado de penetrarme. Y quiere saber la razón de ese cambio y me investiga.

-te encuentro diferente, me pregunta sacando su sonrisa más infantil.

-hoy es el día del eclipse, hoy por fin mis pecados serán perdonados. Seré otro hombre completamente diferente.

-hoy no hay ningún eclipse, estás equivocado.

Y yo lo observaba y al igual que ayer me apiadaba de los viejos hoy me apiado de este joven solitario, absurdo e ignorante.

-hoy es el día del eclipse, deberías saberlo. El sol será devorado por la luna y todo se oscurecerá. Y todo cambiará porque esa es la esencia del eclipse. Cambiar las cosas de sitio y ponerlas en otro lugar diferente.

-pero, hoy no hay ningún eclipse, los eclipses hace tiempo dejaron de aparecer y de asustarnos.

-¿te asustan los eclipses por eso los niegas?

-no, ya no tengo miedo a los eclipses. Si los niego es porque ya no existen, se fueron como los jóvenes.

-Y qué harás cuando todo se oscurezca, huirás, sentirás miedo, te esconderás en lo más profundo.

-Nada de eso ocurrirá, pero en el difícil caso de que eso que tú digas se cumpla simplemente y como todos los días seguiré sirviendo cafés a los hombres que me lo pidan.

Y sigo apiadándome. La piedad que cruel sentimiento. Y observaba cada vez con más nitidez a ese niño que se cree hombre, a ese hombre que ya no crecerá más, a ese hombre que niega lo obvio, a ese ignorante que vive feliz en su pequeño mundo rural.

Y me sentí de nuevo privilegiado por ser partícipe de un secreto. Un secreto que solo yo conocía. El eclipse y yo. Yo y El eclipse. Somos amantes y los amantes deben ser partícipes de su clandestinidad. Y me despedí del Hijo con un beso. Un beso paternal de aquel que se apiada. Y le dije que jamás volvería. Y que no pensase en mí porque estaría lejos. Y El Hijo seguía sin entender nada y lo único que hacía era tocarse las mejillas para tratar de borrar la mancha de mis labios. La húmeda mancha de mis labios.

Y otros hombres preparan la Gran Tractorada que tendrá lugar. Así el Sindicalista ha dispuesto la marcha de la siguiente manera. Tractores y agricultores se reunirán en La Gran Plaza del Pueblo a las ocho de la mañana del día siguiente. La comitiva será encabezada por el Sindicalista que dará la orden de partida con un movimiento oscilante de su brazo y siendo enérgico en sus órdenes. Cuando dicha orden sea dicha se encenderán los tractores, y los agricultores que no tengan tractores iniciarán la caminata hasta la carretera general donde darán una sentada tratando de interrumpir el tráfico que lleva a La Capital no solo del Pueblo sino de otros pueblos Circundantes. Allí El Sindicalista megáfono en mano gritará las consignas, y proclamas pertinentes hasta que se hace la calma tensa y todos los hombres y mujeres reunidos en la calzada estarán con una actitud de pasividad absoluta y silencio molesto de miradas cruzadas y ceños fruncidos hasta que las Autoridades tomen en consideración sus reivindicaciones. El Sindicalista ha dicho que deberán suprimirse en lo posible las actitudes violentas, tanto por parte de los agricultores, como por parte de las fuerzas policiales que los vigilarán esperando al otro lado de la calzada acontecimientos y órdenes desde los estamentos superiores y gélidos.

Y el microbús estaba vacío. Ya no había africanos, ni rumanos inadaptados, ni musulmanes absortos en su fe, ni eslavos de mujeres bellas y líderes infectos, ni risas de tribus de barro. Era el único que quedaba. Ahora sabía que el rumano había sido despedido. Crónica de una muerte anunciada.

Ocupo el asiento del rumano. Y veo lo mismo que él veía. A los hombres y mujeres sencillos dirigiéndose a los campos para escarbar la tierra como lombrices. A los pájaros volando en círculos oliendo la putrefacción de la

que se alimentan. A los páramos desnudos y tristes donde no hay flores ni árboles y que gritan pidiendo ayuda para que les liberen de sus vergüenzas. A los tractores, máquinas sin sentimientos que aplastan el asfalto con crueldad inyectados en diesel y ruido.

Solo puede quedar uno como decían en aquella película. Y ese único era yo. El último hombre. El último testigo. Tengo las manos llagadas. Noto los surcos de la piel adentrándose en la carne. Noto como esos surcos me cuentan historias. Y veo el firmamento. Y el sol que ya está subiendo por la ladera. Y veo la silueta de La Bodega, amenazante, solitaria, metálica. Y el microbús se para por última vez en la cuneta. Y observo con detenimiento por ser mi último día en la tierra al conductor que sabe que todo terminará. Y me despido de él. Y él se despide de mí con acento lugareño. Es la primera vez que hablamos, y también será la última. Y ficho. Y me adentro. Y me cambio. Y observo que en mi taquilla alguien ha puesto algo. Parece un sobre. Lo abro. Veo un cheque bancario a mi nombre y a cargo de La Bodega y una carta. La carta dice lo siguiente:

Distinguido Señor:

Nos dirigimos a usted para comunicarle que sus servicios en nuestra empresa han llegado a su fin. Para tal medida le hemos preparado un finiquito acorde con lo dispuesto en la ley y que adjuntamos aparte, señalando las correspondientes partidas con sus correspondientes devengos y prorratas que esperamos sea de su conformidad.

Le agradecemos los servicios prestados encomendándonos para futuras relaciones, y esperando que la estancia con nosotros haya sido venturosa para usted,

nos despedimos atentamente,

La Bodega

Nadie firmaba la carta. Es como si fuese hecha por fantasmas. Seres invisibles que invadían por las noches las estancias de los hombres para atormentarlos. La carta estaba acompañada por una nómina con los correspondientes pluses, devengos y prorratas que obliga la ley. También había un cheque con mi nombre a cargo de una cuenta numerada de La Bodega. La cantidad era mayor de la que me correspondería, supongo que habrá un plus de silencio que no sale en las nóminas, ni lo dicta la ley de ningún país.

Y me dirijo a los pocos viñedos que quedan por esquilmar. Estoy solo. Los lugareños que quedaban también han sido despedidos. Estoy solo recolectando y el hombre del tractor que observa sentado en su tractor como mis manos bajan hacia los racimos.

Solo quedamos los inclasificables. Aquellos que no caben en ninguna lista. Y suena la sirena para empezar a trabajar y a esquilmar. Y cuanto más la escucho mayor es la sensación de desolación que atenaza mis entrañas. Y mi soledad es absoluta. Las dos únicas manos que quedan. Los últimos cestones. Y observo el cielo. Estoy nervioso. Impaciente. El sol llega a su cenit. Y la luna se acerca por la espalda. Sin avisar. Los eclipses son temidos porque son parecidos a las traiciones de los hombres. Y la corona solar está empezando a ser succionada o tal vez devorada. Y empieza el cono de sombra. Y la temperatura baja varios grados. Escucho los aullidos de los perros del Pueblo. Escucho el eco de las montañas. Escucho los lamentos de los árboles muertos. Mis manos siguen desgajando los racimos de las parras y llevándolos al cestón plástico. Todavía no noto los efectos en mi cuerpo.

El eclipse está empezando. Mis manos se entumescen cada vez más. Mi cuerpo empieza a sentir el frío. La luna ya ha ocupado la parte inferior izquierda del astro. Mi cuerpo empieza a temblar. Es el frío de la noche del mediodía. Las tijeras se caen al suelo varias veces. Y mientras noto que mis manos tocan la tierra mis ojos se dirigen al hombre del tractor que me observa pasivo. Y me inquieta. ¿Y si ese hombre trata de robarme la esencia en el cenit del eclipse? ¿acaso, me mira porque lo sabe todo de mí, incluido mi pasado de hombre cruel y cobarde y está dispuesto a hacerlo público? ¿o será quizás un espía del segundo piso que tomará nota del fin de la cosecha? ¿o será otro testigo del eclipse, otro hombre sin raíces que trata de calmar su culpa temblando de frío?

Y ahora la noche es más noche y las tinieblas se hacen presentes. La luna empieza a ocuparlo todo. Dios mío, ahora lo noto. Y noto calor cuando antes notaba frío. ¡Por qué está paradójica sensación! Y ese calor viene de mi estómago. Y abrasa.

Dios, el dolor ahora es intenso. Y ahora ese calor atraviesa mi costado como una lanza. No puedo seguir trabajando. La luna ya ha ocupado su lugar. Es un eclipse anular. El anillo del cielo nos une en un vínculo sagrado de imposible incumplimiento. Ahora mi calor se convierte en amargura. Y lloro.

Y lloro apoyándome en la tierra. Y con mis brazos agarro mi vientre grueso. Y mis entrañas luchan por salir una vez más. Y ahora mis brazos ya no agarran mi vientre porque éste ha decidido luchar por su libertad. Ahora mis manos tiemblan formando formas en la tierra. Y el sudor baja por mi frente

como ríos malditos que solo sueñan con morir en el mar helado de nuestra culpa. El llanto purgará nuestros miedos. Y las entrañas salen disparadas del abdomen. No he podido evitarlo. Y con la bilis y los intestinos se crea una coraza grisácea alrededor de mi cuerpo que yace completamente inmóvil y con los lloros ya desaparecidos.

Me he convertido en una crisálida. La gran crisálida biliar. La gran crisálida biliar circunda mi cuerpo rápidamente sin posibilidad de reacción. La crisálida es dura y debería salir. Y quiero salir. El eclipse está en su cenit. Noto su oscuridad helada. Y yo estoy solo encerrado. Y mis llantos retornan con más fuerza y que no me impiden escapar de mi encierro de insecto.

El hombre del tractor no me ayuda. Noto su desprecio. Me observa y me enseña sus colmillos que tratan de asustarme para que cese en mis llantos. Pero dentro de la crisálida no tengo miedo. Y la culpa ha desaparecido con una facilidad que me asusta. Y me siento seguro tras los muros que me aprisionan. Pero debo ser libre porque el mundo me lo ha pedido con ruegos de niño.

Y me muevo para tratar de escapar de esta crisálida de cemento. ¿El eclipse es esto? La muerte, el llanto, la desesperación, el frío, el calor, la crisálida, éxtasis, catarsis.

Todo uno, en consonancia con la oscuridad del mediodía. Y me cuesta respirar porque mis llantos lo llenan todo de lágrimas. Y deseo escapar. Y sé que solo dejando de llorar podré respirar con mayor facilidad y tendré más fuerzas para romper la coraza que me rodea. Y ahora noto como los rayos del sol se desesperan por salir de su encierro obligado y me

atraviesan los ojos. Y noto como mi cuerpo nuevo es más fuerte, y veo como mis manos ya no están macilentas, y noto como tengo cabello donde antes no lo tenía, y mis piernas son más esbeltas, y la curva de mi espalda se ha enderezado y el enorme agujero de mi abdomen se ha cerrado sin dejar cicatriz y nueva savia sustituye a la vieja e inservible.

Ahora soy más fuerte, y tengo más confianza y respiro y mis manos agarran las paredes de esta crisálida y de un golpe seco las paredes ceden. Y mis manos escapan al cielo. Y tocan el sol siendo liberado. Y ahora la otra mano. Y el agujero de la crisálida es mayor y mi cabeza escapa y mis cabellos llegan hasta las nubes blancas.

Es de día. Veo que es de día. Y que la noche del mediodía ha cesado. Y veo mi nuevo cuerpo producto del llanto. Me he liberado. La catarsis ha tenido lugar. Y soy un hombre nuevo. Mejorado. Rejuvenecido. Listo para recorrer el mundo con mis pies.

Y observo el cielo. La luna ha desaparecido. El sol está en lo alto, el hombre del tractor espera el último cestón, del último racimo, de la última cosecha que se ha unido al eclipse y a la tierra.

Vigésimo quinto día

Y he cogido un libro de Henry Miller, un libro que no he acabado porque mis ensoñaciones no me lo permitían. Y he cogido los geles y jabones que servían para limpiarme. Y he cogido las camisas recién lavadas por mi madre fracasada. Y he cogido los pantalones que ahora me quedarán grandes. Y he cogido la ropa interior, alguna limpia, la mayoría sucias, ya que no me atrevía a que La Madre me las viese.

Y he cogido mis dos pares de zapatos. Los de felicidad y los de tristeza. Y he cogido otros aperos de limpieza como la máquina de afeitar inglesa de un amarillo reluciente y que servía básicamente para acicalar la barba y hacerla más presentable al mundo.

Y he cogido mis pensamientos de lobo feroz. Y he cogido mi atormentada esencia que se aparecía algunas veces en mis sueños. Y he cogido mi reloj que ya no marca las horas porque ha envejecido demasiado pronto y se niega a cambiar. Y he cogido mis huesos doloridos y los he amontonado en la maleta para después quemarlos. Y he cogido algunos racimos de uva últimos que robé de La Bodega para ser más real. Y he cogido la boca de Helena y la he hecho mía. Y he cogido mi recuerdo francés y lo he retorcido al máximo. Y he cogido los recuerdos de mi país y los he vomitado en el baño. Y he cogido una escobilla para limpiar los últimos restos que el eclipse no ha conseguido eliminar. Y he cogido el aullido de un perro y lo he

guardado en un bote de cristal. Y he cogido el teléfono móvil con una llamada perdida. Y he cogido el dentífrico que dejaba mi dentadura más blanca que una patena. Y he cogido dos toallas, suministradas gratuitamente por el hostel. Y he cogido algunas raíces de plantas carnívoras, así no se atreverán a decirme que soy un hombre sin raíces de ningún tipo. Y he cogido la risa de Alphonse y la he puesto al lado del dentífrico. Y he cogido las llagas de mis manos en papel de aluminio para conservarlas mejor a la hora de devorarlas. Y he cogido los cabellos perdidos y los he puesto en otro bote de cristal al lado del aullido de perro. Y he cogido un cinturón que nunca usé porque mi obesidad vencía a la débil gravedad. Y he cogido la luna depredadora de soles y traicionera. Y he cogido la firma de mi capitulación rubricada por los hombres elitistas del tercer piso. Y he cogido la imagen del Gerente y intento que permanezca congelada. Y he cogido más ropa desperdigada. Y he cogido los últimos restos de mi pasado. Y todo esto está bien ordenado en mi maleta de ruedas de marca americana y comodidad suprema.

Debería pagar el hostel, pero no tengo ningún tipo de efectivo así que me dirijo al banco. Espero que no esté cerrado de lo contrario estaré obligado a quedarme un día más. Y si estoy obligado a quedar un día más no sé si podré soportarlo. Abandono el hostel y la calle está tan desierta. Tan desierta que parece un cementerio. Al final tengo suerte. El banco está abierto. Entro sin llamar. Y allí está la mujer con la mirada más atormentada que he visto jamás. Es la esposa del hombre que parece extranjero sin serlo. Es cajera tras una mampara de cristal que la protege de los hombres malos que la acosan en sueños.

Solo estamos yo y la esposa atormentada en la sucursal bancaria. Me acerco a la mujer y deposito el cheque en un recipiente metálico que en un movimiento circular transporta el cheque al otro lado del cristal como el barquero ayuda a traspasar el río profundo a los muertos que buscan un último hogar donde las manos de la mujer atormentada esperan ansiosas tocar el papel rubricado y conformado por los seres invisibles que viven en las alturas como los chimpancés.

Y ella toca el papel- amante. Lo acaricia. Lo hace suyo. Lo olfatea. Lo observa. Observa la cantidad. La firma secreta de un gerente imaginario.

Yo la miro. Me gustaría decirle tantas cosas. Ella no me reconoce. Por culpa del eclipse soy otro. Ahora debería enamorarse de mí. Pero ya es tarde. Hoy me iré y no volveré a ver esos ojos tan bicolores como los míos.

-¿cómo no va con los otros? le digo.

-lo que a ellos les ocurre a mí no afecta. Dice ella, mirándome fijamente sin darse cuenta de quién soy. Debería decirle que soy el tipo aquel tan alejado de la tierra como ella que conseguía ser extranjero. Debería decirle que soy el tipo al que todos odian. Debería decirle que huyese conmigo al otro lado del mar agarrados de la mano como dos amantes. Debería decirle que después la abandonaría a su suerte en un país oscuro. Debería decirle tantas cosas que solo con el silencio se contestan.

Ella cuenta el dinero y me lo ofrece por debajo de la mirilla en el mismo recipiente metálico que hace el mismo movimiento circular apareciendo ante

mis ojos los billetes ordenados de mayor a menor, además de un papel dispuesto a ser rubricado.

-piensas que soy un hombre del tercer piso. Le digo apoyando mis manos en el papel dispuesto a ser rubricado.

Ella no parece entender la broma que solo en mi mundo helado podía ser entendida.

-por favor firme en la casilla que pone el receptor. Contesta fríamente.

Y yo firmo. Y me gustaría hablarle, saber la circunstancia que ha provocado que su tormento se refleje como en un espejo. E indagar más hasta hacer sangre en mis uñas.

Pero no puedo. No debo. Me prometí no profundizar con nadie. Y describir solo por fuera, tan superficialmente como me sea posible, evitar que me toquen, que sientan mi miedo, y yo sentir el de ellos. Todo esto lo haría antes del eclipse sin dudar un instante.

Sin embargo, el eclipse me ha cambiado. Ahora soy otra persona diferente. He sentido la catarsis. Ahora el acercamiento sería posible. Mis ganas son diferentes, y mis motivaciones son otras pero ya no queda tiempo. Ahora debo partir bien lejos. Y observo sus ojos por última vez e intento ayudarla. Decirle algo que la haga sonreír de nuevo.

-a mi el eclipse me ha cambiado, deberías probar tú.

Y ella sigue sin entender. Mis palabras son confusas, y yo trato de dar las menores pistas posibles. Debería hablar con claridad, el eclipse me ha abierto los ojos. Pero ya no queda tiempo. Cojo el dinero y me marcho. E igual que hice con Helena la olvidaré rápido.

En el recibidor del hostel no hay nadie. Ni El Padre. Ni La Madre. Ni El Hijo. Se han ido todos a La Tractorada, (todos menos la cajera de ojos bicolors y mirada atormentada). Me dirijo a la posada. Y la puerta está cerrada. Hay una nota.

"cerrado por tractorada, no esperen, repito no esperen, no sabemos el tiempo que puede llevarnos esta situación."

¿Y ahora qué hago? Me vuelvo a dirigir al recibidor del hostel. Alguien tiene que quedarse para saber que me he ido. Y veo al lado del teléfono una caja de latón. La vi antes pero no le di tanta importancia, ya que dejarme llevar por la curiosidad no me parecía oportuno. Pero ahora las circunstancias han cambiado. Estoy solo. Y nadie se ha percatado de mi marcha. Las leyes hay que infringirlas. Y acerco la caja de latón.

Tiene una leyenda de papel pegada con pegamento de colegio infantil. Dice algo.

"El Extranjero, habitación número cinco"

Esa caja era para mí. La abrí y allí se encontraban la factura con todos mis gastos detallados. Comidas. Alojamiento. Lavandería. Hijos intentados. Y una carta. La carta estaba firmada por El Padre, y en ella se decía que

dejase el dinero en la caja de latón, que ellos estaban en la tractorada y que no podían despedirse de mí. Me ofrece sus disculpas y sus perdones que prefiero no tomar en consideración. También me dice que procuró que la cuenta del hostel fuese el número más redondo posible (redondeo al alta si se quiere resaltar) a fin de evitar las vueltas que podrían complicar la transacción. Le doy el dinero y me quedo con mi copia de la factura que tiraré a la basura en cuanto me sea posible. Cierro la caja de latón y arranco la insignia con mi nombre y me la meto en el bolsillo. Y me dirijo a mi habitación, allí cojo mi maleta y la llevo escaleras abajo. En el recibidor dejo las llaves de la habitación número cinco que será ocupada por otro extranjero. Y finalmente me marcho sin mirar atrás.

Por culpa de La Tractorada no hay nadie en la Gran Plaza. Ni mujeres. Ni hombres. Ni niños. Ni viejos en los bancos. Ni cagarrutas de ovejas. Ni tractores que aplastan el asfalto. Y el silencio se hace asfixiante. Me dirijo maleta en mano al Banco, hacia el único ser humano que queda. El sonido de las ruedas de mi maleta hace eco en las paredes de las casas vacías. La mujer atormentada está tras el cristal del banco que la protege del mundo. Somnolienta. Soñadora. Atractiva. Oscura.

Con los ojos vacíos y bicolores.

-hola, soy yo otra vez. Sabes si hay algún medio de transporte que me lleve a La Capital.

Y ella al escuchar mis palabras despierta de su sopor. Me mira. Se enamora de mí y me dice que por culpa de La Tractorada no hay forma de salir mecánicamente del Pueblo.

-pero, yo quiero irme, necesito marcharme. Me esperan en otro lugar.

Necesitaba mentirla. Realmente no me esperan en ningún lugar.

-lo siento, pero como no vaya andando.

No cabía otra solución. Habría que caminar.

Y me dirigí a la Carretera que comunica El Pueblo con La Capital. Y la masa reunida parecía difusa en un principio. Y mientras me acercaba ya tomaba forma. Y allí había cabezas. Y hombres que llevaban esas cabezas. Y mujeres que acompañaban a esas cabezas masculinas. Y niños que lloraban porque querían ser amamantados por esas mujeres de pechos enormes.

Algunos de los hombres estaban sentados a lo largo y ancho de todo el pavimento. Otros estaban de pie desafiantes. Había tractores enormes con enormes ruedas que bloqueaban la carretera y que impedían que los coches pasasen. Y sábanas agarradas a palos con la palabra justicia, y la palabra rendición, y la palabra lucha, y la palabra hijos, y la palabra futuro, y la palabra oscuridad y la palabra vencer en muchas frases grandilocuentes escritas con pintura acrílica y tóxica y cuyas pinceladas eran irregulares. También había pancartas con insultos hacia la autoridad competente escritas con la misma pintura y la misma irregularidad en el trazo. Y mientras me acercaba a esas cabezas impasibles, inmóviles reconocía sus contornos. Y allí estaban el rechoncho al lado del sindicalista con un palo en la mano. Y el que tiene aspecto de extranjero sin serlo sentado mirando fijamente al otro lado de la calzada, desconocedor de que su mujer se había enamorado del

extranjero que carece de raíces que lo sujeten al suelo. Y allí estaba El Padre abrazado a La Madre ambos de pie. Y El Hijo como uno de los pocos jóvenes tomando nota para hacer al final balance. Y El Alcalde al lado del Sindicalista con un aspecto más inseguro que aquel. Y allí estaban otros que no conocía, y que tampoco me apetecía conocer. Y allí estaba yo, con las ruedas de mi maleta impactando en el asfalto. Y ese maldito silencio. Nadie decía nada. Solo miraban al frente. Al enemigo. A aquél que les impedirá conseguir sus objetivos de supervivencia. A aquél que asesinará sus sueños. Y yo un extraño me acerco a ellos. Y escuchan mis pasos. Y escuchan las ruedas de la maleta. Algunos hombres y mujeres vuelven sus cabezas hacia mi. Me miran. Y no entienden muy bien que hace aquél hombre con una maleta a cuestas. ¿A dónde tiene pensado ir?, ¿acaso no le importa lo que nosotros hacemos?¿ por lo que nosotros luchamos? Y mientras me adentraba entre la gente que estaba de pie, éstos se apartaban para que yo pasase, y las mujeres hermosas, esposas de otros hombres adyacentes, me miraban deseando enamorarse de mí porque sabían que el eclipse me había poseído, y sus maridos celosos me miraban desconfiados porque sabían que el eclipse me había poseído y se apartaban, y otros hombres celosos, desconfiados y sentados en la calzada con otras mujeres sentadas en la calzada y no tan hermosas pero igual de enamoradas de mí movían sus traseros para que yo pasase a través de ellas. Y sentir el roce de mi perfume inexistente por última vez.

Y vi como La Madre abrazada al Padre me miraba y deseaba más que nunca que fuese hijo suyo, y El Padre que se negaba a cambiar también me miraba, y El Hijo no me miraba porque estaba demasiado ocupado haciendo balance. Y yo abandonaba la carne, y ahora rozaba el metal, la chatarra, a las decenas de tractores que apenas dejaban pasar a una persona, y vi a los

hombres que conducían esos tractores que me miraban entre estupefactos y desconfiados desde su atalaya de observación y me recordaron al hombre del tractor de La Bodega. Hombres inclasificables que no cabían en ningún tipo de listas.

Y por fin vi quienes eran los enemigos, los que estaban al otro lado. Quienes eran los que acabarían con todo aquello. Y eran la policía. Decenas de agentes con máscaras de protección. Con caras duras como el granito. Dispuestos a partir cráneos. A partir ilusiones. A quebrar quijotes. Así se lo enseñan en la academia. Y ellos me miran acercarme a ellos. Y apenas se dan cuenta de mi presencia extranjera. Nadie me preguntará, no me consideran una amenaza ya que saben que el eclipse me ha poseído. Me adentraré hacia ellos. Ellos no se apartarán. Son la ley. Y paso con dificultad entre sus músculos. Y sus furgonetas oscuras con barrotes. Y los atravieso. La batalla está a punto de comenzar. Prefiero correr porque soy un cobarde, y aunque el eclipse me ha limpiado por dentro todavía no estoy preparado para luchar. Y veo algunos hombres en sus coches esperando a que la batalla comience. Esperando a que asesinen quijotes. Y ya estoy lejos. No me atrevo a mirar atrás. Solo quiero irme. Ocupar otro lugar. Y después otro. Y purificarme. Una. Dos. Cien veces si hace falta. Y esperar esos eclipses que ericen los pelos de mis brazos, y me hagan estremecer, y olvidar esos infortunios de nuestro pasado que se nos aparecen una y otra vez en nuestros sueños y que no pararán hasta vernos enloquecer entre el sudor de nuestras sábanas.

Y la carretera está desierta. Observo los páramos desnudos. Y algún pájaro que me asusta con su chirrío impertinente. Solo las ruedas de mi maleta se atreven a desafiar al silencio.

Apenas pasan automóviles, saben de la tractorada y prefieren tomar otros trayectos. Ha pasado una grillera más de la policía. La batalla ha comenzado y por radio han pedido refuerzos. Yo ya no pienso en El Pueblo. Pienso en llegar a La Capital al mismo andén número uno del que partí. Llegar a otra ciudad diferente, quizás una que esté cerca del mar, si puede ser el mar más salado que encuentre y con las aguas más azules, con los hombres descargando las redes de bajura en sus barcos carcomidos al atardecer, y las gaviotas volando en círculos porque necesitan alimentarse, y escuchar sus chirríos de pie en la lejanía, y describir superficialmente todo aquello que asome por mi cabeza, y así, y una vez descrito todo aquello que me estimule, me sentaré en la arena, miraré el horizonte anaranjado del atardecer, y cuando nadie me observe leeré por fin a Huidobro.

Alguna ciudad del norte, noviembre 2005-agosto
2006.

©Autor Roi Sava. roisava@yahoo.es

© De la presente edición CasaEscritura.com. Diciembre 2008.

© Ilustración portada: Juan Astianax Hernández Téllez.

© Diseño y maquetación: Carmen Javaloyes.

Prohibida la publicación total o parcial de este documento sin el consentimiento del autor aun hacer expresa mención de su procedencia y URL <http://www.casaescritura.com>.